

Nivaria Tejera

El Barranco

Nivaria Tejera

BIBLIOTECA BASICA CANARIA

52

EL BARRANCO

Edición de Claude Couffon



Biblioteca Básica Canaria

Director

Juan Manuel García Ramos

Consejo asesor

María Rosa Alonso

Juan Jesús Armas Marcelo

Joaquín Artiles

Luis León Barreto

Sebastián de la Nuez

Pablo Quintana

Jorge Rodríguez Padrón

Lázaro Santana

Maximiano Trapero

Comisión técnica

Coordinación:

Maximiano Trapero

Corrección:

Juan Antonio Martínez de la Fe

Diseño:

Juan Francisco Alamo

Producción:

Carlos Gaviño de Franchy

Secretaría:

Bernardo Chevilly

Mireya Jiménez Jaén

Nivaria Tejera

EL BARRANCO

Islas Canarias
1989

© Para la introducción **Claude Couffon**

© Para el texto **Nivaria Tejera**

©  Viceconsejería de Cultura y Deportes.
Gobierno de Canarias

ISBN: 84-87137-05-9.

Depósito Legal: M. 7.568-1989

Fotomecánica e impresión:

MARIAR, S. A. - Tomás Bretón, 51 - 28045 Madrid

INDICE

	<u>Págs.</u>
INTRODUCCION	9
 PRIMERA PARTE	
I	19
II	31
III	43
 SEGUNDA PARTE	
IV	57
V	65
VI	75
VII	81
VIII	91
IX	97
X	101
XI	109
 TERCERA PARTE	
XII	115

INTRODUCCION

Me parece que fue en 1955. Yo trabajaba en mi despacho del Instituto de Estudios Hispánicos, en París, cuando ella entró, seguida de su compañero de entonces, el poeta cubano Fayad Jamís. Era extrañamente bella: los ojos de terciopelo negro, la cabellera rizada, negra también, la piel blanca y mate, suave como un delicado fruto. Yo creí ver presente a Colette, la hermosa novelista francesa, o más bien imaginé a Colette a esa edad. Pero ella se llamaba Nivaria, Nivaria Tejera. Llevaba bajo el brazo un manuscrito que me tendió pidiéndome que lo leyera. Y salió; pero su voz —una voz insólita, a la vez satinada y áspera— se negaba a abandonar mi oído.

El manuscrito llevaba un título sencillo e inquietante: *El barranco*. Lo abrí y comencé a leer: "Hoy empezó la guerra. Tal vez hace muchos días. Yo no entiendo bien cuándo empiezan a suceder las cosas. De pronto se mueven a mi alrededor y parecen personas que conocía desde hace tiempo. Para mí que no sé pensar, la guerra empezó hoy frente a casa de abuelo".

De entrada, el tono estaba ahí. Un tono inimitable que creaba el embrujo. Una niña hablaba. Ella hablaba de la guerra que en una pequeña ciudad de Canarias —La Laguna— agredía de repente a una niña en su universo de seguridad y ternura. Cuando los soldados aparecían y volcaban a patadas las macetas de helechos, el mundo frágil que rodeaba a una chica de cinco o seis años de edad se derrum-

baba: el de una familia modesta, unida, viviendo bajo el mismo techo y constituida por una tía costurera, una madre que consagra la mayor parte de su tiempo a vigilar la salud de un hijo enfermizo, un abuelo alabardero siempre dispuesto a contarle la historia de los pájaros o a cantar acompañadas con la guitarra sus canciones preferidas; y el padre, un padre con quien una gusta pasearse y del cual se admira la fuerza física e intelectual, y también el ser admirada por él. Pero este padre ideal es un periodista republicano, y cuando la rebelión franquista estalla es perseguido y al final encarcelado, obligado a vivir, según las propias palabras del abuelo, "en una isla que se llama prisión". Para la niña surge entonces un horrible vocablo de adulto, del que se ignora el sentido, pero que rompe la inocencia de la infancia: la angustia. "Sin papá estoy siempre sola". Desgarradora confesión, mientras que otros vocablos no menos nuevos, amenazadores, se transforman en realidad concreta: proceso, tribunal, veredicto, liberación, y pronto, otra vez: arresto, reclusión, campo de concentración, presidio. A cada palabra corresponde una experiencia, varias repetidas experiencias como los interminables viajes en autobús hasta la cárcel, el padre apenas entrevisto tras las rejas, la espera de las mujeres, cargadas de fiambresas, en las puertas de la prisión. Y por la noche, cuando una está sola y llena de temores en la cama, la tremenda visión de un padre que acaso está ya tendido, muerto, fusilado, en el barranco, como esos hombres que pasaron en los camiones conducidos por soldados. Y cuando el lacónico telegrama llega: "Exiliado —Isla del Hierro—. Cuarenta años. Stop", se sabe que el golpe de gracia ha sido asestado. No, nunca más, nunca más esta niña volverá a ser una niña.

La guerra de España no era ya aquí el heroísmo colectivo hecho mito, al que nos habían acostumbrado *La esperanza*, de André Malraux o *Por quién doblan las campanas*, de Ernesto Hemingway.

Anohecía cuando cerré el manuscrito de este libro bello como un diamante negro. Sus palabras delicadas y dolorosas

siguieron caminando durante varios días en mi memoria con una fuerza obsesiva. En aquella época yo tenía la responsabilidad de una crónica dedicada a los libros españoles y latinoamericanos en la revista *Les Lettres Nouvelles*, dirigida por Maurice Nadeau. Este descubridor de jóvenes talentos había fundado, paralelamente a la revista, una colección literaria del mismo nombre en la cual se editaban los libros que nos parecían "poco comunes". "Tradúzcalo, me dijo Nadeau. Lo publicaré." Lo que yo hice.

El barranco vio la luz en el otoño de 1958 en su primera edición. El libro fue una revelación que los más eminentes críticos —como Max-Pol Fouchet— saludaron con entusiasmo. Robert Sabatier, para quien lo maravilloso infantil constituía ya un tema novelesco privilegiado, escribió en la revista *Le Temps des Hommes*: "Ignoro cuál será la suerte en Francia de este maravilloso relato. Considero que es el libro más sutil, más delicado, más verdadero que he leído desde hace mucho tiempo. Él me trae la más terrible de las acusaciones contra la guerra: la de una niña sola entre las ruinas. Inseparable del año 1936, documento más real que tal o cual historia que pretenda contarla, yo sé que este libro no abandonará ya mi biblioteca".

Habría que reproducir aquí las innumerables líneas fervientes del voluminoso archivo de prensa que saludó el nacimiento de *El barranco*. Las de Elena de la Souchère en *Les Temps Modernes*, de Jean-Paul Sartre y en *France-Observateur*, quien proclamaba "la revelación al público francés de un autor de la más rara especie en nuestra época: una novelista de estilo o más bien un poeta de la novela". En *El barranco*, proseguía, la soledad, la angustia, el miedo, la fatiga precoz de un alma cansada de la esperanza, de la rebelión y la espera, esos sentimientos, esos matices que forman toda la materia del relato, son transcritos en signos visibles: gestos, impresiones visuales, colores, detalles de atmósferas seleccionadas con una segura intuición del hecho "significante" y de la concordancia entre el paisaje

interior y el paisaje exterior. *Desde que la guerra ha empezado los niños no existen más*. Esta frase de Nivaria Tejera encierra una acusación terrible contra los responsables de la guerra, ese escándalo del que comenzamos a comprender los efectos gracias a testimonios como los de Juan Goytisolo, Michel del Castillo y Nivaria Tejera". André Wurmser en *Lettres Françaises* afirmaba: "Es un libro admirable y desgarrador, que no se debe leer si a la luz se prefiere la paz de la conciencia ahogada, si el lector se amedrenta ante el ojo muy abierto en las tinieblas y que lo mira fijamente desde la sombra. Mientras leía con el corazón crispado, *El barranco*, me acordaba de este niño de Badajoz a quien los falangistas y los curas adoctrinaban después de la muerte de su padre, fusilado por los franquistas, y que murmuraba en voz baja a un extranjero: "Dicen que él era malo, pero a mí me quería mucho".

Y, para concluir estas citas, ¿cómo no reproducir la rotunda acogida de Geneviève Bonnefoy en la propia revista *Les Lettres Nouvelles*? Su análisis anuncia ya el singular estilo de Nivaria Tejera en sus futuros libros, la originalidad presentida de su escritura: "Nivaria Tejera nos cuenta en poeta, sin retórica ni énfasis, esta dolorosa experiencia infantil, logrando ese milagro de restituírnos los seres y las cosas tal como pueden ser percibidos por una sensibilidad de niño: atmósfera más que descripción; breves diálogos, pequeños cuadros netamente perfilados; personajes fragmentarios o episódicos cuyos rasgos se afirman mientras otros permanecen ocultos en la sombra. Su prosa densa está salpicada de imágenes asombrosas, nunca gratuitas, evocando una Colette ibérica: es la máquina de coser de la tía que, durante la noche, le recuerda "una locomotora deteniéndose en cada pueblo"; es el perro que "desplaza el miedo" rascando el suelo; es la tortuga, "ese pequeño animal tan duro que tiene uno ganas de sembrarlo como un grano", o los gatos, que "se precipitan al fondo de la noche". Este pequeño libro está en la línea de los grandes libros".

Una amistad delicada, apasionada —tempestuosa a veces— me unió entonces a Nivaria. Supe poco a poco datos de su vida. Ella había nacido en la vieja ciudad cubana de Cienfuegos, en septiembre de 1933. No había conocido la vida cubana porque al año siguiente su padre, periodista, se trasladó con su familia a Tenerife donde les sorprendió la guerra civil. El padre, español de origen y de opinión republicana, fue encarcelado y empezó para la niña el calvario novelizado en *El barranco*. En 1944, liberaron al padre y los Tejera regresaron a La Habana. La cruel experiencia española había acrecentado en Nivaria una tendencia natural al ensimismamiento e instintivamente se internó en el laberinto de la soledad creadora. Así nacieron los primeros poemas reunidos en 1948, a los quince años, en *Luces y piedras*. En 1952 apareció otro poemario, o mejor dicho un largo poema de veinticinco páginas: *La gruta*. Años fértiles, de gran actividad poética y de fervorosas amistades, como la de José Lezama Lima, quien publicó en su revista *Orígenes* textos de Nivaria y el capítulo inicial de la novela que estaba escribiendo: *El barranco*.

La publicación en París de *El barranco* empalma con un extraordinario acontecimiento en la Historia de Cuba: el derrumbamiento de la sangrienta dictadura de Fulgencio Batista y el triunfo de la Revolución llevada a buen término por los barbudos de Fidel Castro y el Che Guevara. Nivaria se fue a Cuba a integrarse a la Revolución. Hasta 1965, supe poco de ella salvo que se entregaba en la Isla al largo trabajo de renovación cultural y había pasado una temporada en Roma como agregado cultural.

En 1965, estaba ella de nuevo en París. Algo desilusionada pero sin amargura. Quería quedarse en Francia y escribir. Y pintar. Vivía sin holgura, más bien con dificultades, criando a su hija Rauda, nacida en 1956. Había conocido al pintor español Hantón, quien iba a ser su compañero de creación, compartiendo las horas felices o ensombrecidas de vicisitudes.

En el otoño de 1970, Maurice Nadeau publicó en su colección *Les Lettres Nouvelles* su segunda novela: *Sonámbulo del sol*, traducida por Adelaïde Blasquez. En ella, Nivaria contaba las aventuras de Sidelfiro, un mulato de treinta y tres años, deambulando sin trabajo por las calles de La Habana en el ambiente de la dictadura de Batista, destruido por la falta de comunicación y también por el sol, ese dios castrador "que transforma el mundo en cloaca y el hombre en sonámbulo". Cuando trabaja, Sidelfiro, el héroe (o mejor dicho, el anti-héroe) es agente de una Compañía de Seguros de Vida o funcionario en un ministerio. En este mundo inútilmente activo, entre el parloteo de las mecánografas, se siente despersonalizado y paralizado. El día en que se junta al torbellino clamoroso de una huelga general, se deja llevar por la muchedumbre y pierde toda conciencia, abandonándose a una angustia ciega y sin salida. Un poco como los personajes de *El barranco* se embrutecían cada día más ante una realidad superior y absurda que les sobrepasaba y transformaba su vida en pesadilla.

Tal es el tema, pero conviene hablar de lo que da a *Sonámbulo del sol* su carácter excepcional: la escritura. La novela constituye una tentativa —acertada— de escritura total. Lo escribí entonces: "Vasto poema de la no-comunicación y de lo absurdo del mundo, la obra se impone por la sola munificencia de su escritura, por su densidad, su libertad, la creatividad constante del lenguaje al cual recurre Nivaria Tejera para traducir la impotencia de la palabra humana y la del hombre preso de la angustia del no-ser".

Con este libro brillante, Nivaria obtuvo en 1971 el Premio "Biblioteca Breve", otorgado por Seix Barral en Barcelona, quien lo editó con una categórica publicidad de contraportada: "La audacia y originalidad de Nivaria Tejera sitúan a *Sonámbulo del sol* entre las muestras más logradamente renovadoras de la actual novela en lengua española".

Acaba de salir en Francia la tercera novela de Nivaria: *Huir la espiral*. "No, no es una novela, ni un poema o una

epopeya, y tampoco un relato, afirma su editor, el escritor Hubert Nyssen. Es una obra difícil, hermética, enigmática. Y horrorosa para los que no soportan la insurrección del lenguaje. Pero, para los demás, ¡qué repentino deslumbramiento! Tras las desmoronadas apariencias, más allá de los hechos cotidianos y las brutalidades de la historia, acompañarán a Claudio Tiresias Blecher en su último viaje y sus visiones alucinadas. Y así aprenderán que para el desterrado no hay más flagrante mentira que la ilusión del regreso al país natal...”.

Y Nivaria, con su fina letra recta y como dibujada, me escribe: “Todo este libro es la historia de un errar sin fin, el de Claudio Tiresias Blecher, un personaje a la búsqueda de su identidad. El propone un pensamiento fresco, aunque de apariencia laberíntica, que lleve a meditar desde otros ángulos y con otra perspectiva el destino del hombre dentro de una sociedad que sólo tiende a excluirlo racialmente”. Y añade: “No siempre ha de ser la literatura con ojos de cubitos de madera, que asienta únicamente la consabida y fina estética de los ciegos dando vueltas al mismo ovillo enredado, la que ponga en evidencia nuestra realidad”.

¿Cómo definir mejor la continuidad literaria de Nivaria Tejera?

CLAUDE COUFFON
París, febrero de 1989

PRIMERA PARTE

I

Hoy empezó la guerra. Tal vez hace muchos días. Yo no entiendo bien cuándo empiezan a suceder las cosas. De pronto se mueven a mi alrededor y parecen personas que conocía desde antes. Para mí, que no sé pensar, la guerra empezó hoy frente a la casa del abuelo.

Han pasado las horas. Siento que he cumplido entre ellas muchos años a la vez. Miro las cosas como quien las extraña. Parecen no estar. «Este patio es de una casa. En este patio hay un árbol de nísperos, una tinaja de agua, aquélla es una cabra negra. Casa, tinaja, patio, cabra negra, árbol. Si me cubren los ojos puedo indicar sin equivocarme: árbol, cabra negra, patio, tinaja, casa.» Pero igual que si me borrasen la memoria y me extraviaran lejos, muy lejos. Oigo seguido: «guerraguerraguerra» como si esta palabra tuviera martillo. (Las otras se aflojan detrás, no son más.) No tiene sitio, pero siento que vigila desde todos lados, como otro cuerpo que se mudara en mí. La guerra. De pronto es algo que me conoce hace mucho tiempo. Un pasillo largo y oscuro donde papá va dejando de sonreír.

Estábamos preparándonos para la fiesta del Cristo de La Laguna. La Laguna es la ciudad donde residimos. Terminaba tía de ponerme el vestido de lino que iba a estrenarme. Se trabó en el lazo. «Tía, estás nerviosa», dije volviéndome, y ella dijo no con la cabeza. Miré por el pequeño postigo de cristales. «Hoy algo se mueve de más», pensé viendo su

rostro entre el postigo. Tía es algo vieja. La quiero tanto que creo que ella debiera ser mi madre. Es buena y no tiene hijos. Trabaja en hacer calzoncillos para una tienda de ropa. No le pagan mucho pero ayuda a abuelito que es albadero. Cuando cobra extra, recibo juguetes además de los vestidos de siempre. (Pienso que no será más esto. No sé. Estoy triste y me confundo.) Por las noches, mientras todos duermen, llega hasta mi casa, que está enfrente, el ruido de su máquina como una locomotora que se detuviera en muchos poblados. A veces no cierro los ojos hasta que su cuarto se apaga. (Pienso que los hilos blancos que asoman ahora en su pelo caen de la luz durante la noche).

«Tía, ése es tu sueño», dije como recordando en voz alta. Ella contestó asombrada: «¿cuál?» yo dije: «coser», y ella respondió: «sí» y me miró largo rato. Se puso húmeda y bonita. La abracé: «gracias, pues no tendría vestidos si no soñaras». Entonces tembló y caí en cuenta. Acaso oyó la guerra antes que yo, porque es mayor y pensar es como presentir los sucesos. Claro que yo tenía prisa por mirarme en el espejo. Pronto llegaría papá y estaba ansiosa porque me viera. El se pone contento cuando estreno un vestido. Abre los brazos con cuidado, se agacha y sonríe diciendo: «¿dónde está mi feílla?». Corro a pararme en sus muslos y me aprieto a él hasta que ya no respiro. Entonces se aparta y me hace girar para que la falda se aglobe. Yo veo entre las vueltas cómo prepara un beso y se pone brillante. Mamá dice que soy su novia, pero ella lo dice porque siente celos. No sabría entender que yo tengo una ciudad deliciosa en papá. Cuando regrese hoy... «Tía, si no te andas, papá...»

Fue entonces cuando el lazo por anudar se aplastó contra el grito de tía. Desde el fondo del grito vi aparecer a mamá con Chicho y detrás abuelito. Gritaba «la guerra, es la guerra». Era un ruido que acercaba la calle a nosotros. Pasaron los pestillos. Cruzaban camiones, tiros, voces. Golpes terribles en las puertas hicieron sonar los cristales de la

ventana, del postigo donde tía se había reflejado. Se notaba que era gente revuelta. Parecían tener aquellas hachas con que abuelito ablanda la tierra en El Barbado para arrancar las patatas. Todos se movían aflojando los rincones. La madera de las paredes crujía y tropezaba con la del piso. Todos éramos parte de un mismo temblor. Dije: «quieren entrar» y toqué el brazo de mamá. «Mamá». Ella no me dio importancia. Se apretaba a mi hermano, como siempre. «Tía, abuelito, quieren entrar.» No oyeron. Yo tenía miedo. «Quiero esconderme», dije. Tuve envidia de Chicho y alcé los brazos hacia abuelito. Pero ellos se ocupaban de poner trastes para que no entrara aquella gente. Los oídos empezaron a dolerme. Busqué a Ñeca sobre el estante, la apreté como papá hace conmigo y me metí debajo de la cama. Quise pensar: «la guerra se compone de mucha bulla; si los tiros siguen, mis oídos se romperán». Pero no sabía sino que me sentía sola. Empujaba a Ñeca contra el pecho para que no oyera y ella decía: «Aaaaaaaa» como si le doliera aquello.

Aunque lloraba y el desorden era mucho, oí que abuelito me llamó para esconderme en el cuarto que está al final del patio, antes de llegar al de las cabras y al gallinero. La casa quedaba detrás de nosotros queriéndose caer con los golpes. Desde la calle hasta el patio la gritería rodaba por los tejados. La calle nos tragaría pronto, cuando aquellas gentes se movieran. Y tuve pánico de esa garganta inmensa que hacía aquel ruido. Mamá dijo: «aquí el peligro será menos». Y sus ojos verdes se habían puesto rojos. Tía habló deprisa, como para ella sola. «Esto iba a pasar. Saben que Santiago es republicano. Nos matarán. Si lo llegamos a saber. ¿Por qué nadie avisó? Cómo lo íbamos a saber. Mira tú que no estar Santiago. Ustedes no dicen nada. Si hubiera alguien aquí, quiero decir, un hombre. ¡Juan, Juan!». Llamaba al lado, a casa de tío. «Ay, Dios, qué cosas, mira que no haberlo sabido», decía, y estaba nerviosa y fea. Tuve pena por ella y dije «tía» con cariño. Desde el otro patio tío contestó. «Esténse quietos. Todo pasará, no hablen más.»

Mamá temblaba todavía. «Acabarán con nosotros.» Las cabras rumiaban muy cerca. Era otro el ruido de ellas y podíamos distinguirlo. Chicho repetía «ma-ma-ma» sin cansarse. Es casi una palabra y él quiere que lo entiendan. Abuelito me cargó en sus rodillas. Estuvo callado hasta que pregunté: «¿Y papá?» Sin él siempre estoy sola.

Pensé en la calle. La vi como un largo cuchillo. Al final de ella un bulto confuso que se gastaba. Siempre imagino, cuando salgo a jugar y me prohíben pasar de la esquina, que al final de la calle se acaba el mundo; que la última curva, el último árbol, son la entrada del cielo. ¿El mundo es hasta donde yo puedo ver? Sí, ha dicho papá. ¿Y la guerra no viene desde allá atrás, de fuera del mundo? Sí. Pero cuando papá maneja y la carretera sigue, si nos detenemos a ver el mar o subimos a merendar a la montaña, el mundo sigue. Entonces es siempre una carretera que no se termina. Ahora veía a papá lejos, al final de ella, al final del mundo, gastándose.

Tuve tanto miedo de nunca llegar a tiempo y salvarlo que todo el cuerpo me dolió. Pensé en los pájaros y quise ser uno para alcanzar a papá. Busqué los ojos de abuelito para volver a preguntarle. «Está en el periódico, niña», dijo. «Pero esos vienen a buscarlo, ¿verdad?» Y sentí marcarse sus rodillas bajo mis nalgas.

De nuevo imaginé la calle. Ahora se volvía un hueco oscuro que avanzaba hasta apagarse. Después, desde el fondo de mí que ya era el fondo del hueco, salía papá con cuerpo de lino. Quise correr a él y abrazarlo para avisarle que no viniera. Pero sentí que apretaba mi traje de lino. Y papá de lino era yo mismo abrazándome porque tenía miedo. Toqué el vestido y ya no tenía forma, era un vestido muerto. Mamá y Chicho parecían uno mientras temblaban. Las rodillas de abuelo se afilaron como dos espinas. Acaricié

más el traje. Imaginé tocar el cuerpo de papá adonde él estuviera. Tía torció mis bucles. A través de ellos sentí su miedo, y tuve emoción porque entre abuelo y ella cuidaban de mí. Pero «¿y papá?». Abuelo tuvo un escalofrío, y luego me meció como cuando va a dormirme. Dijo: «cállate, niña, que viene pronto». Su voz se hizo más seca: «verás que viene». Yo pensé que era mentira. «Está preocupado porque sospecha que no le creo», y sonreí para engañarlo. Sus ojos se nublaron y pegó los labios a mi cabeza. Sentí calor en el cráneo porque él respiraba allí. Así estuvo mucho rato.

De la calle llegaban palabras atropelladas: «arriba las manos, las armas, abran que tumbamos, vivan las derechas y mueran las izquierdas, mueran, que mueran». Así muchas veces como si no supieran decir nada más. Noté que mi corazón se volvía pequeño o que lo cerraban con muchas llaves. «Duérmete, niña», apuraba abuelito estrechándome contra el pecho.

«Niña, niña, niña, niñaaaaaaa.» Era otra voz conocida. Dentro de ella caí como en un vacío. Lloré. Debajo, papá sonriente brillaba como si fuera al amanecer. Ya no supe de dónde venía el ruido. Las paredes agitándose, las punzadas en los oídos, un frío que enfriaba mi frente, las arrugas del cuello de abuelo saltándome por la cara como hormigas. Lloré más. Quise soltarme. «Papá, páaaa», grité. Se me olvidó el gentío, la calle. Necesité encontrarlo, porque algo que siempre es blando adentro, lo que sueltan las manos de abuelo cuando se clava las agujas de coser albardas, eso transparente que raspa la carne cuando papá me besa, se estaba poniendo duro. Me caí y gateando alcancé el patio. Pero de pronto un estruendo empujó la casa hasta nosotros, como alguien que se cae de espaldas. Me detuve. ¿Qué era? ¿La guerra? Mientras se acercaban aquellos hombres la madera de la casa gemía como si la lastimasen. Tuve pena

de la casa que no podía huir; de Chicho que decía: «ma-ma-ma-ma», de abuelo que estaba viejo.

Todos hablaban a la vez. Yo escuché palabras sueltas: «las armas, derechas, el general, izquierdas, vivan, mueran, malditos, viva, mueran, el granuja, el muy zorro, hijo de mala, perros, bandera, estupro, moral, carretera, toda la calle, suban, patria, bajen, tiros, registren, registren, registren, levantamiento nacional, viva el general, no hay luz, prisión, donde están registren registren». Aparecieron algunos. Tenían gorras oscuras y uniformes grises. De los hombros les colgaban fusiles. Yo miré a mamá que me tiraba de los bucles. Con una mano apreté la manga de abuelo que dijo al verlos: «son los arribistas», y con la otra pellizcaba el brazo gordo de tía que contestó: «son los arribistas». Hablaron cosas que no pude oír o entender. Uno de ellos chilló: «¿dónde está escondido?». Abuelo preguntó: «¿quién?», otro dijo: «el nene» (yo miré a Chicho que mamaba en la chupeta y tenía los ojos crecidos); abuelo los miró fijamente. «¿Hablan de mi hijo?» Uno que tenía escudos con banderas pintados al frente y galones en las mangas respondió que no era broma y llamó a otros que dijeron: «pedazo de pellejo, ¿dónde está el hombre de la casa?», y lo sacudieron y volcaron dos plantas de helechos a patadas mientras tanto. Abuelo contestó: «yo soy». Lo miré. Dije: «él es abuelo», y todos se rieron. Uno mandó que registrasen la tienda de paja y el tinglado. Entre ellos reconocí algunos que visitaban a papá los domingos y desde el centro del patio vi cómo revolvían la tienda. (Allí abuelo se sienta desde que amanece a fabricar albardas a los magos, que son todos gentes muy pobre y tienen burros o caballos o carretas porque son campesinos y viven lejos, cerca de El Barbado, donde ya las montañas no dejan ver el cielo. En toda La Laguna nadie sabe como abuelo medir el lomo a los mulos. Hay que ver cuando le sonríen luego; corcovean como si fueran a comérselo y de este modo muestran su agradecimiento porque él los entiende. Abuelo tira de sus orejones, de su hocico, de su pelambre y hasta alguna vez

lo he visto quitarles las garrapatas y después curarlos; y cuando «chó» Pedro el Tuerto o «señá» Encarnación Perejila echan a andar vereda arriba, montados en sus mulos, él se frota las manos feliz, como aliviado de un peso. Luego entra y sigue trabajando en la albarda que hacía antes. A veces yo me escondo en ella para asustarlo. Abuelo es bueno y habla poco. Algunos días dice cosas que me hacen reír, pero nunca levanta los ojos del trabajo. Tiene una paleta con la que me golpea las nalgas si estoy majadera, pero durante las noches, mientras toma avena en el tazón, hace un hueco entre sus piernas y me deja estar allí soplando para enfriársela. Entonces, para dormirme, toca una tonada de arrorró en la guitarra, mientras recita coplas en voz baja y me mece. Pero yo no me duermo pronto, y entonces él cuenta algo muy viejo que le sucedió una vez. Tía dice que a menudo nos quedamos dormidos juntos, y comenta: «tienen la misma edad, dos niños». Sí, él es igual que un amigo. Pero nunca deja de ser abuelo para mí).

Todo eso recordé mirándolo, mientras le registraban su tienda. Los hombres volvían por el tinglado. Traían a Yolí en el aire cogido por la lana. Yo grité «Yolí» y él quiso zafarse. Dije de nuevo «Yolí» y corrió a lamerme. Nos abrazamos. Pensé en papá. «¿Dónde está?», pregunté al más alto. Ya no tenía miedo. Buscaban detrás de los armarios, bajo las camas, registraban los baúles de abuelo, hacían ruido. Afuera, camiones y tiros parecían romper la calle. «¿Quién?», preguntaron. Entre aquel grupo de gente gris no sé por qué la figura de papá empezó a tomar presencia, como si fuera uno entre ellos. «¿Dónde está papá?», murmuré cruzando las patas de Yolí por mi cuello y mirando a mamá y a Chicho que aún temblaban. Me acerqué al hombre alto. «Oye, ¿dónde está?». Me echó a un lado, y otra vez vi la calle oscura. Tía y mamá lloraban. Una decía «mi esposo» y la otra «mi hermano querido». El hombre gritó junto a abuelo: «Por fin, ¿dónde está tu hijo, viejo

bruto? Hay una orden expresa de detenerlo». Lo sacudió. «Responde». Pero él bajó la vista. Lució más encorvado desde donde lo miraba, parecía estar más lejos. Vi que aquel hombre lo sacudía y tuve deseos de abrazarlo. Sentí que lo amaba más que a papá porque estaba allí y se había nublado. Me coloqué entre los dos: «él no sabe», dije soltando a Yolí, «yo sí. Está al final de la calle». Miré a los demás. «La calle no existe hoy, niña», explicó alguno. Seguía la bulla. De pronto odié a papá por no estar con nosotros, por no estar cargándome, defendiendo al pobre abuelo. Llegaron otros, dijeron algo en secreto y salieron juntos. Uno tiró de mis rizos. Tía se puso nerviosa: «ya saben dónde está, ¿qué van a hacerle?», y corrió detrás de ellos; mamá la siguió, quejándose en silencio, para escuchar qué contestaban.

Abuelo caminó hacia el oscuro tinglado. Allí no hay lámpara que encender. En un rincón se ata a Yolí al pie del destiladero y en otro hay ruedas de autobús que tío colecciona; en unas tablas, cerca del techo húmedo, hay albardas de cuero podrido que abuelo reparará para venderlas como nuevas. Le oí decir mientras caminaba: «la vida» y sentí que ella, lo que fuera sin yo saber, tomaba la dirección de abuelo: del tinglado, de la humedad, del destiladero, de Yolí atado a su pata, de aquellas gomas desinfladas («la calle no existe hoy»; ya siempre será hoy, no olvidaré este día), de las albardas podridas «muertas para los caminos, listas para la jeringa», como canta abuelo.

Miré allá abajo al fondo del tinglado donde la paja, de amarillo limpio, parece el movimiento de la claridad. La figura de abuelo estaba como otro rincón del tinglado en medio de la tienda de paja. Busqué el árbol de nísperos. Hubiera querido alcanzar uno y abrirlo. Tienen el color de la paja, son blandos. «Abuelo». Lo escuché sollozar. A lo mejor se moría. Aquella gente decía: «mueran, mueran».

«Niña», sentí que llamaba abuelo. Crucé el tlinglado sin darme cuenta. «Oye», comenzó, «papá estará un tiempo en otra isla». «¿Por qué?», pregunté. «Son cosas de política», dijo. Trató de explicarme aprisa: «mira, imagina dos aceras y en cada una un bando. Como están separados, ya sabes: son contrarios. Papá estaba en la acera de acá y perdió». Yo no entendí mucho pero busqué sus ojos. «¿Qué perdió?» Abuelo meditó un momento. «Pues la libertad. A ti, a mí. Dejará de vernos.» Pensé a dónde iría entonces. Podríamos ir sabiendo el lugar, podría ir yo aunque mamá ni abuelo ni tía quisieran. Recordaba las palabras de los uniformes: «moral patria estupro». «¿Cuál de ellas sería el lugar?» Abuelo acercó sus ojos a mis bucles, como si buscara un pañuelo. «Va a llorar.» Su mano dura pesó mucho al rozar mi frente, más que cuando me dormía. «Abuelo, dije, qué tienes en la mano?» «Un pensamiento fijo», contestó, y yo no entendí. La voz estaba seca otra vez. Como cuando abuelo tiene acedía. Yo, entre sus rodillas, miraba en el suelo cómo las pajillas se cruzan y juegan. Dijo: «papá irá a una isla que se llama cárcel». Allá atrás la calle seguía: voces, tiros, distancia. Pensé: cárcel, cárcel, y dije: «¿Eso qué es?», levantando mi cabeza, «abuelo, ¿qué es?». Levanté su cara por la barbilla hasta mirarlo en los ojos: «¿qué es?». «Después lo aprenderemos», contestó duramente.

Tía y mamá llegaron. Lloraban aún y parecían cómicas por eso. Mi hermanito ya no repetía «ma-ma-ma», lloraba también recostado al hombro de mamá y parecía entender el peligro. Había mordido la chupa, que tenía un agujero.

Ya no quiero oír más. A mi espalda muchas frases rompen en dos a tía fea y buena; ella que dijo: «hermano querido», refiriéndose a papá. Pero huyo al patio. Tía es algo muy atrás, la calle. Como una pared que se derrumba con fuerza. Mamá también se apaga. Es como un mudo que cargara a otro mudo. Su manera de sufrir no grita y se vuelve más

pesada por eso. Ahora ella y tía se entienden, aunque nunca se llevaron bien. Abuelo, más solo, es una siembra cargada de sequías, como él llama a sus huertas. «Las sequías no tienen cuerpo, pero pesan un mundo», dice. Aún tía, de vez en cuando, suena, pero menos, menos. Me parece que el piso también se cae. Necesito pensar. Pero algo me empuja y estoy débil. Una mano invisible hace que gire. Todavía el vestido da vueltas, se agloba. Voy mirando: el árbol, la tinaja de agua, el depósito de paja, la cabra negra. Todo da vueltas, como cuando papá...

Preso viene de isla de prisión. Buscaré en el diccionario: «está preso». Prisión de de... No sé. «Ya aprenderemos, la cárcel, ya lo aprenderemos, un pensamiento fijo, ya lo aprenderemos.» Abuelo. Eso quiso decir: «la cárcel es un pensamiento fijo». Me vuelvo a la tienda. «Oye, abuelo, la cárcel es...»

No preguntaré más. Allá están los cuatro, mirando al suelo. No se ven bien ahora que anochece. Parecen sombritas jugando entre ellas. Recogeré los helechos, se les ha caído la tierra. Ellos les dieron de patadas. Corro hasta la cocina. Les gritaré: «mulos», abuelo les hará unas albardas, «mulos». Pero no, ya se fueron, todo está quieto. Parece que la casa se ha quedado sin ella. Mis helechos, se han roto, están cubiertos de un agua verde y amarga. «Mulos, mulos». Pobre papá. Pienso que un día lo golpearán como a los helechos; el corazón de papá será así verde y soltará este jugo ácido cuando lo lastimen, y no habrá unas manos que lo recojan.

Pero, ¿qué ha hecho papá? Hoy era la fiesta. Debíó venir temprano. Le gusta de caminar bajo las velas encendidas cuando en la medianoche la procesión sale de la torre y se forman dos hileras hasta la plaza grande, al pie de la

montaña. Entonces la ciudad es de nosotros como nunca. Pero ya es de noche. Y además ya no hay fiesta.

La voz de tía me llega. «Se ha declarado la guerra. Se derramará la sangre entre unos y otros, unos y otros hijos de la misma patria...» (moral patria estupro). Me tapo los oídos, no quiero escuchar más.

Guerraguerraguerra. Esta palabra va a romperme. Tengo miedo y es ella que vigila; tengo frío y es ella que vigila. Y papá detrás, perdiéndose. «¿Dónde estará?» Lo extraño a esta hora. Regresaba del periódico sonriente. No, hoy no lo veré, está escondido en la guerra. En la casa, abuelo y todos lo llaman en secreto, pero él no oye. Anda debajo de ese escándalo, en la calle.

Y ahora, no creceré. Me siento como si fuera mayor. Una guerra puede detener a los niños. Aunque los niños no luchan, no tienen prisión y duran más.

Los niños pueden esperar.

II

Cuando me desperté esta mañana era domingo.

Lo supe porque abuelo entró al cuarto de tía y llevaba el traje de chaleco. Yo duermo aquí desde «el golpe» porque fue donde vinieron a buscar a papá y así creo estar cerca de él. Oí que abuelito sacudió a tía en la cama. Ella se quejó arrastrando una palabra con sueño y él dijo, como alguien que pide permiso: «jija, oye, voy al Ayuntamiento para pedir consejo a don Pancho». Tuve un escalofrío. La otra tarde mamá, hablando con tío, le explicaba: «Creo que don Pancho es del «movimiento». Levanté una punta de la sábana. Tía se puso un dedo en la boca imponiendo silencio y me miró de reojo. Sabe que lo escucho todo. Abuelo se acercó más. El se vuelve obediente con tía, como si ella fuera su madre. «Jija, el pelotón sigue y estoy nervioso. El reuma en las articulaciones no me deja trabajar». Y añadió: «tú comprendes, estoy viejo». Tía le sacudió las solapas con cariño. «Bueno, pá, levante esta cabeza» y luego que lo ayudó a pararse, dijo: «y cuídese mucho eh». Se marchó y pude ver que su traje está mareado y que él se mueve con cansancio hacia los lados. Sí, está más viejo. Me recordó alguna de sus albardas gastadas. Con el ojo medio abierto vi que tía se aproximó a la puerta del cuarto, en puntillas, y envuelta en una manta. «Oiga pá, dígale que la niña llora todos los días, que haga lo posible», y se volvió a la cama despacio. Los pasos bajaron a la calle y aún el sombrero sólo pasó a través de la ventana de cristales como si fuera

abuelo. Tía, que miraba hacia el muro de enfrente, suspiró. «Si don Pancho...» Y se arrojó de nuevo. Di una vuelta en la cama y me apreté a la almohada haciendo que roncaba.

Don Pancho es padrino de Chicho y siempre le da dinero que le guardan en una alcancía de lata para cuando sea grande. Además es alcalde de La Laguna y resulta importante tratarlo. Usa muletas y cuando mi hermano va de visita lo sienta en una de ellas y lo balancea. Me fastidia porque indaga mucho. Que si Chicho va a hablar, que si es bueno, que si sus ojos verdes han crecido, que si yo soy estudiosa, que si vamos al cine (pues para eso él nos da dinero), que si el perro es nuestro amigo... Esto le divierte. Vive en una casa que me gusta, grande y oscura, donde es fácil extraviarse. Si yo la habitara nunca se notaría que estoy y esto me haría feliz (es molesto que todos sepan lo que uno hace). A veces camino por ella y me hace imaginar un país mágico dentro de las macetas, con plantas gigantes que dan sombra a la fuente, o por el corredor que rodea al patio. Tantas enredaderas juntas hacen ruido pues llegan hasta el pasillo alto que tiene baranda de madera y crujen en coro si hace viento. Las paredes (o algo detrás de ellas) parecen moverse, como si respiraran o tuvieran frío. La casa está al fondo de la iglesia. Hasta allí llegan la música del órgano y el silencio, de modo que uno cree estar en el tejado del templo. Pienso que en aquel lugar el tiempo no pasa de hora en hora como en todos los relojes. Además, cuando repican las campanas muchos pajaritos se despiertan a la vez y giran como giraba mi vestido de lino. Y después sus cantos imitan las campanadas mucho rato sobre el patio, posándose en las barandas, en la noche que empieza. Y la casa, que ya no puede con tanta sombra, se borra. El último día que estuvimos allí, tía, que es beata, me llevó a la iglesia. Esta semana hemos ido cuatro veces. «Reza y luego pide que papá regrese», me dice ella. Pero yo miro aquellas figuras de piedra o de cartón clavadas en la pared y no veo a Dios. Me distraigo

y ella repite: «búscalo, búscalo», como si fuera una pelota perdida detrás de alguna puerta. Entonces pienso que como él es grande y poderoso se dejará ver si de verdad está allí, y me quedo quieta a ver si llega. No puedo imaginar a Dios como allí lo pintan, con un cuerpo igual que el de abuelo, yendo al retrete, sonándose la nariz o teniendo sueño. Creo que él no tiene tamaño, que él es el aire, una tarde en la montaña cuando íbamos de jira y el mundo se quedaba abajo o los ojos de Yolí que sonrían y no piden nada, y también las palomas cuando se pierden en el cielo. Pero en los bancos de la iglesia, rotos y sucios, donde mis rodillas se lastiman, si tía me pellizca («reza, que te oiga») junto las manos y empiezo a decir: «bisebisebisebise», que suene alto, como si rezara. Y refunfuño, nada más pienso en salir de allí.

Hace tres semanas que buscamos a papá sin saber nada todavía. Anduvimos por edificios enormes que parecen palacios y se llaman «de hacer justicia». En unas vidrieras pequeñas, a la entrada, colocan listas llenas de nombres para indicar quiénes formaron el último pelotón. Con eso quieren decir que ya no viven. Nadie habla delante de mí, y cuando me llevan en esas caminatas angustiosas (pues lloro para que me dejen ir) en las que uno se cansa porque no hay una dirección fija, me sientan en uno de esos bancos largos donde el público espera sus noticias. Algún guardia me entretiene, o bien tía me señala otros niños que pasan y cómo el sol dora las plazuelas. Pero yo escucho los comentarios al regreso a casa detrás de las puertas. Ahora ya sé que llaman pelotón a un grupo de hombres que llevan a matar al Tanqueabajo, un barranco enorme y hundido por la vegetación, donde echan los animales muertos y la basura de toda la ciudad. Luego los abandonan allí y dejan que se pudran sin que la familia se entere, pues la engañan diciendo que están presos. Y cuando tratan de saber más se les contesta que siguen detenidos. Y así meses y meses. Es

horrible que aprenda esto que luego no se me olvida. Quisiera tener a quien contárselo para que también sufriera y tampoco se le olvidara. Pero esto a nadie le interesa.

El Tanqueabajo está cerca de la calle Consistorio, donde vivíamos cuando yo estaba en el colegio de monjas y usaba el uniforme blanco y negro y era tan agradable correr y caerme para que ellas me acariciaran prefiriéndome entre las demás. Pensar que viví cerca de donde papá podía estar pudriéndose ahora me da escalofrío. Pero esto nunca será. Su nombre no está en ninguna lista.

Después de desayunar fui a casa, enfrente, a ver a mamá. Quería contarle el temor de abuelito y hacerle preguntas. Entré al zaguán. Me acordé de las devastaciones realizadas allí, de los registros. El zaguán me pareció más oscuro. Cada día hace más frío allí. Me gusta acurrucarme en un rincón de aquéllos. Es tranquilo y el corazón da unos golpes que suenan en todo el cuerpo. Es ahí donde extraño lo que falta y donde me quedo muda. Me acuerdo de la máquina de tía por la noche.

Cuando llegué mamá hablaba con Petra. Quise escuchar y me senté en la escalera. «Tienes que irte.» Comprendí en seguida que algo pasaba. Petra está con nosotros desde que nací. Me ayuda a dormir leyendo cuentos y al peinar los tirabuzones no me tira del pelo. Cuando todos van a las fiestas del Orfeón ella se queda velando sentada en un sillón. Para orinar no necesito sino moverme, alargar un brazo y colgarme a su cuello. Sin que yo abra los ojos me coloca en el orinal y oigo entre sueños que dice: «nenita, nenita», algo muy tranquilo que no perturba y luego me abraza. No puedo creer que ya no estará más con nosotros. Seguí oyendo y Petra dijo: «lo siento, señora, pues usted sabe cómo quiero a los niños» (esto es verdad, esto es verdad); pero mamá explicó que la entendía y que sin embargo habrá que dejar la casa, pues no sabiendo nada de

Santiago ella está desorientada debido a que no hay dinero. Se callaron las dos un rato. Petra preguntó apenada: «¿entonces?», y de nuevo estuvieron en silencio. «Venderé los muebles. Nos mudaremos con su familia y pondremos la cama grande (donde dormían ella y papá y yo los escuchaba) en la sala y allí dormiremos los tres.» Se interrumpió y oí que lloraba; pero no dijo más. Noté que Petra se lamentaba limpiando las cucharas. Se le cayeron y me asusté porque fue un ruido como cuando un coche frena. Chicho venía hacia la baranda y bajé la escalera.

Toda la humedad del mundo subió de aquel gran hoyo cuadrado del zaguán y me tiró del rostro. La voz de Petra brotaba de entre las cucharas y se metía hondo en mi cabeza. Sonaba lo mismo que el viento de semana santa, que dicen «sale de los cuernos del diablo» para que me porte bien. «Miusté que las cosas cambian en un puñao de días.» Abrí la puerta del fondo del zagúan, que da a la huerta de Juan Sisí. Tanta claridad me encandiló. El sol desprendía una luz extraña. Era más de día que otras veces. Volví a entrar. Hubiese querido que el zaguán fuera mi lugar siempre. A esta hora no hay sombra oscura en ninguna parte. En el zaguán es distinto. Parece de noche. Trabé el hierro largo de un lado a otro de la puerta y me senté detrás. Así nadie entraría.

Temblorosa la voz de Petra sonó cerca y yo avivé los oídos. Parece que barría, y la escoba arrastrada por el piso de madera sobre mí sonó tan fuerte. Igual que mucha gente caminando. De pronto tuve mucha prisa, mucho miedo, y salí. Anhelaba tener un pasillo estrecho y largo donde perderme o andar entre ortigas para lastimarme o ser un potro sin albarda ni rienda para escaparme. Tomé una varilla para ir trazando una raya por donde pasara. Y empecé a caminar.

Todo resultaba alegre cuando papá estaba. Alrededor ladraban los perros. Seguramente extrañaban el tiempo en que él y yo paseábamos juntos, hasta cansarnos, entre las plantaciones de calabazas y los yerbajos. A veces nos entreteníamos leyendo los diseños de las calabaceras hasta llegar a una calle, al otro lado del huerto, que da al Camino Largo, donde se pasea y se juega. Por ahí se va a la Plaza del Cristo, donde era la fiesta el día del «golpe». Hoy no había juego, nadie paseaba. Solamente algunos guardias con los que tropecé y algún chiquillo descalzo que pasaba corriendo. Yo sentía miedo por el camino y también él parecía sentirlo porque estaba vacío. A la entrada hay puesta una cadena grande para que los coches no pasen. A la izquierda de la cadena nace otro camino llamado del Tiburón, con árboles a los lados y montes al fondo. Geira mi prima y yo preferimos éste. Cerca del punto en que termina hay un convento de niñas huérfanas que llaman «hospicio» y a nosotras nos gusta visitarlas en las portadas de hierro. Desprendemos frutas tirando piedras, durante el paseo, para dárselas. Nos da pena que estén encerradas y me parece que viéndonos a nosotros afuera deben ellas sentirse un poco libres. Son niñas de piel verde. No tanto como una hoja de árbol, pero es como si la cara fuera de papel fino y pusieran una hoja detrás. El verde viene de adentro. Se ve un poco de lejos. Más bien creo que es la sangre. Maruca dijo: «es porque no se alimentan bien», y añadió que son muchas para darles comida a la vez. Además, saben que no tienen padre o que los tienen y no pueden criarlas. Pero lo que me apena más es la obligación de estar ahí siempre. Sin moverse debajo de su piel verde. Un domingo sí y otro no las sacan «a que suelten las piernas», como dijo una. Pero las monjas se colocan a los extremos de donde pasean como si el camino fuera de ellas y les prestaran un pedazo a las niñas. (Y el camino no es de nadie, de nadie.) Algunas se han escapado, pero no tienen quien las recoja en su casa y las críe por lo que regresan a los dos o tres días con hambre. En ese caso las castigan a no darles paseos en muchos domingos, y a que miren desde adentro cómo las otras pasean. Cuando

nos marchamos, a veces, asoman tanto la cara entre las tiras de hierro que se les traba. Entonces yo quisiera que los portones fuesen de humo para soplarlos. Pero los portones siguen siendo duros, duros.

Hasta el convento llegué sola esta mañana. Pero no había ninguna niña en los jardines. Sería muy temprano y estaban en misa o no era domingo de salida. Me paré junto al muro. Hacía sol pero también frío. Tuve que empinarme porque el muro es alto. Oí las pisadas de uno de los perros. Después de saludarme escarbó mi sombra en la tierra. Sentí como si él respirara dentro de la frente haciendo un ruido de pequeños latigazos. Algo allí se abría y se aflojaba. Otra vez tuve prisa, pero de ir hacia los montes donde merendábamos antes escondidos en la yerba. Quise salir corriendo pero escuché muchas voces que corrían al mismo tiempo en dirección al vallado, como si fuera por mí. Me detuve alzando más la cabeza. Eran las niñas, mis amigas. Varias se acercaron al descubrirme y dijeron «hola». No les contesté en seguida. No me daba mucha cuenta de estar allí ni entendía tampoco que ellas estuvieran. (Pensaba en un caballo al galope, en un puente, en una forma borrosa.) «No nos dejan salir hoy por la guerra; oye, acércate, qué te parece la guerra, qué te pasa, por qué viniste sola; ¿y tu prima? ¿crees que debes venir sola?, ¿no tienes miedo?, ¿no quieres hablar?» Todas decían sus cosas a la vez y después de un silencio repitieron: «¿no quieres hablar?»

Me estregué los ojos porque no veía, mientras me arri-maba a la puerta. Entonces noté que eran muchas y mayores que yo. (Antes no era así, eran más pequeñas.) Dije: «¿ustedes están bien?» por decir algo y una preguntó si la dejaba besarme. Murmuré: «claro». Y las otras remedaron el beso en el aire. Me puse torpe porque era eso lo que necesitaba y dije: «gracias» y empecé a llorar, pues sentí que las quería. Todas se callaron y la mayor preguntó:

«¿qué te pasa, tienes miedo por la guerra; pero y cómo viniste sola?», y que si por eso lloraba. Dije: «sí, vine sola pero no fue mi intención venir», y les conté que se llevaron a papá y que no sabemos de él hace tres semanas. Preguntaron todas por qué, y yo respondí que no sabía. (Pues fue por «el golpe», por «el movimiento», por «la República», porque sucedió.) Me consolaron y no seguí llorando. Me di cuenta de que todas deseaban hacer algo por salvarlo y también de que no se podía hacer nada. Contaron que los soldados entraban a registrar pero que no hicieron daños porque el Jefe del «Movimiento» es católico y además porque se trataba de muchas niñas juntas y eso sería un crimen. Yo pensé que a una sola niña le pueden hacer el daño de todas, pero no dije nada. También me hablaron de que todos esos días habían pasado gentes uniformadas por el camino del Tiburón, debido a que tenían fortalezas en las montañas y desde allá arriba vigilaban. Por las ventanitas de sus alcobas ellas los veían subir; eran una fila enorme. «Hace dos domingos que no salimos y tú no deberías andar sola.» Quisieron saber dónde vivía. «No vivo lejos, allí, al doblar», contesté, y todas asomaron la cara y dijeron a la vez: «pero allí es lejos». Pensé que para ellas cualquier esquina es lejos y me callé. Explicaron todavía cómo iban los soldados y que llevaban un fusil en cada hombro. Tuve ganas de contarles todo lo que nos pasó en casa y que si ellas no hubiesen tenido puerta de hierro también ellos destruirían todo al pasar. Pero me despedí sin decir nada. No importaba eso para ellas. Una, que era la más fea y se movía mucho hablando, gritó: «Siento lo de tu padre». Otras dijeron: «yo también, y yo». Volví la cara y les dije adiós. Todas alzaron la mano despacio como queriendo agarrarme. Y ya no miré más. Oí una palabra suelta: «pobrecita», que me dio tristeza pero también rabia.

(Es razonable que haya rejas, ellas están detrás y yo soy libre, camino y puedo estar sola). Ojalá que los soldados entren y se las traguen.

Ya no tenía prisa y empecé a arrastrar una piedra con el pie. Entonces estuve menos sola y no pensé más en mis amigas. Yendo de un lado a otro a recogerla me tranquilizaba. Creía ir o regresar a lugares invisibles que la piedra encontraba.

Mientras andaba recordé muchas cosas. Por ejemplo, el día en que nació Chicho. Otra vez fue entonces y yo misma más pequeña me salí al encuentro desde la cadena del camino y me acurruqué debajo de mi falda. Me pareció que hasta ese día en que nació Chicho no tuve pies ni manos ni cara. Como si yo hubiese nacido con él. Todavía sentí el olor a medicina que salió del cuarto de mamá. Luego un llanto débil que llegó hasta detrás del paraván donde me escondí. Tenía rabia por el bulto que desde allí se divisaba y volvía redonda la sabana de mamá. Cuando abrieron más la puerta vi por el espejo que ella acariciaba una manta azul y sonreía. Y era desconocida así. Hubiera querido avisarle que yo vigilaba, que no hiciera eso que yo sufría, pero me imaginé que acaso cuando fui ese bultito también ella estuvo desconocida y sonrió en el mismo espejo. Toda la familia comentaba: tía, tía Carmen la de tío, Maruca, las vecinas, «que si tiene los ojos más lindos que la niña, que si lo podría cuidar bien porque yo era ya mayorcita, que las madres para los varones y los padres para las hembras, que si el ombliguito, que el buen parto», y Petra hablaba que habría que lavar mucho y una y otra vez hablaba de eso. Yo no entendía bien porque mi cabeza estaba llena de agua sucia, como una esponja. Me desaparecí hasta por la tarde no sé dónde. Muchas veces delante de la cuna, cuando nadie miraba, lo arrullé duramente para que él llorara igual que yo o le apretaba el cuello y cuando él tenía tres años lo arrastraba por el medio de la calle desde mi acera hasta la de abuelo. Quería romperlo, que se borrara. Después me encerraron muchas horas en la despensa porque se raspó las rodillas y echó sangre. Ya no hago esto ni comprendo por qué sucedía, pero era necesario, no sé, me aliviaba de un peso. Y luego hasta lo curaba poniéndole yodo. No

podía olvidar que desde que él nació una sombra se había mudado dentro de mí a quitarme fuerza y a ponerme triste. Papá sí comprendió y cuando yo molestaba a Chicho él me prometía un juguete y el juguete era una luz dentro de mí. Pero ahora tenía ganas de verlo, de arreglar sus mamelucos. Me sentí mejor por esto.

Corrí a casa de abuelo. Mamá había ido a buscarme con Chicho. Ya era el mediodía. Dije que yo estaba en casa de Nito, que tiene mi edad y vive en la misma acera. Abuelo acababa de llegar, tenía el sombrero puesto. Su chaleco ya no lucía tan gastado. Me abrazó y dijo que saludara a aquellos señores. Eran dos guardias, parecidos a los que habían cruzado el camino largo, con uniformes verdes. No los vi antes porque al entrar quedaron a mi espalda y además entré aprisa, pues tenía ganas de estar cerca de todos. Tía preguntó que «a quién más se abraza», y sentí que todos estaban contentos. Me acerqué a ellos con cariño. No comprendí por qué sonreían satisfechos y pensé en papá. Dije fijándome en todos: «ya apareció papá». Tuve ese presentimiento y abuelo me dijo: «sí, estos hombres traen la noticia». Tuve miedo de reír por si fuera broma, pero los ojos de abuelo me dieron confianza.

Entonces supe que papá huyó el día del «movimiento» a otra isla, pero que había regresado esta mañana con esos guardias y esperaba que fuésemos pronto a verlo, pues estaba en la capital. Pensé que él ya no vendría, pero que estaríamos cerca de él de todos modos y que acaso conservaríamos nuestra casa. Luego, imaginé el momento de encontrarnos.

Toda la sangre me empezó a correr como si yo flotara sobre la paja. Recordé el vuelo de las palomas. Hubiera querido abrir la puerta del hospicio con el pensamiento, volver atrás y decirles adiós a las niñas con más alegría,

dejarlas libres. Tantas manos alargadas sobre mí cogieron forma de alas y como alas se zafaron desde allá con fuerza y huyeron por el trayecto que yo había recorrido y se pegaron a mi espalda.

Allí estaban los guardias. Pensé que papá seguía escondiéndose en la guerra, pero estaba alegre de que hubiera aparecido. Dije: «saldremos pronto, ¿verdad?», como si yo mandase, y escuché: «sí» como si los relojes dieran una hora que no tienen costumbre dar. Mamá y Chicho llegaron en ese momento y él dijo palmeando «chi bi ta» señalándome con un dedito. Era una palabra entera y dijo tía que era su única palabra. Yo me sentí contenta porque me conocía. Le dije que lo repitiese, pero se quedó mirándome sin pestañear, ajeno como siempre. Ya no era mudo, pensé, y por primera vez comprendí que él era más pequeño. Lo besé, su carita blanca me dio frío. Lo besé más y dije: «Hermanito».

III

Estoy de regreso. Me parece volver de un sitio remoto. Eso es. Estoy de regreso de un sitio remoto. El autobús corre despacio, deprisa, huye que huye. Está cansado como yo y quiere tropezar con todos los árboles. Los árboles parecen barrotes con rostros ceñudos y caminan cogidos de las raíces. Cierro los ojos cada vez que llegan al centro de la carretera. **Tropezarán**, nos caeremos. Siempre, siempre así.

La cárcel está lejos. Tengo fiebre. Papá está muy lejos, en los dos guardias, en la cárcel lejos, en aquellos hombres como ratones, «raque-raque, raque-raque»; como búhos, «buuuuuuuuuuuuu». El cielo parece una torre vacía, sin repique ni pájaros, porque a la cárcel nunca llegan los pájaros, ni la lluvia. El vestido de mamá es de listas negras (mamá de listas negras), de serpentinatas que cuelgan y cuelgan, como en los carnavales, sobre la niebla. Los animales entre la yerba que cubre el campo, a los lados de la carretera, no son ya más zonas de colores sino rejos de labranza, (yerbadura, yerbadura, campo de yerbadura). Las arrugas de abuelo son tiras de hierro elástico (abuelo de hierro elástico). Y también la frente de tía. Tía que era suave, de vestidos de lino, de locomotoras por la noche, tía eléctrica en la máquina de coser, tía canosa de luz. Nada más pienso en forma de un cuchillo, en forma de una llave muy grande. Llave y cuchillo

que quisiera tener para liberar a papá. Piensa, requetepiensa. No importa, sí importa, no importa, sí importa. «La cárcel es un pensamiento fijo.» La cárcel, la cárcel es el único pensamiento. Abuelo, chófer, tía, mamá, Chicho. Allí está dormido, chupándose el dedo. Es el mismo sonido de hacer huequitos en el agua de la tinaja para que el barquito de papel se hunda. Las piernas de abuelo me sujetan. Este último asiento, incómodo, ¡caramba! Bah, él cree que voy dormida. Y estos brincos, estos brincos. Tonto, abuelo tonto. Me toca a cada rato alrededor de la cara y dice que tengo fiebre, ajusta la mano con fuerza como si de ese modo enterase a los otros de que yo tengo fiebre y esto fuera importante. «Seis meses, muchos meses, un año con muchos ojos.» ¿Y yo, y yo? Después el tiempo pasa y todo será menos, menos. «Abuelo, la ventanilla; ¿no sientes calor, la ventanilla?» Fiebre, dices mirando a todos lados. Nadie sabe, mamá y tía enfrente, nadie sabe. Son muchos dedos formando persiana sobre los ojos, muchas columnas, como en las casas de hacer justicia. Entonces «ras-ras». Alguien invisible enciende un fósforo, otro y otro fósforo. Y yo me vuelvo un incendio. Hasta adentro, hasta adentro. ¡Zas! Abuelo, tía, ya es distinto. Ahora sé que pienso. Ustedes no, no. Aunque es necesario hacer esfuerzos y tener memoria para decir: «las cosas son así, así y así». «¿Las cosas se han quedado atrás porque no pienso en ellas?» «Si no quiero imaginar a papá en la cárcel, ¿deja él de estar en la cárcel?».

Por la ventanilla se ve la cárcel entre un poste y otro. («Abuelo, abuelo, papá está allí; abuelo, allí. ¿Lo ves?»). Los cuento. Uno, diez y veinte. Ya. Empiezo de nuevo: uno y uno y uno y uno. Ya otra vez. Hago esto para entretenerme. O para creer que así dejo detrás la carretera. Hace rato que ni ella ni el autobús llegan a ninguna parte. Vienen de lejos, no salen de ellos. Los árboles, la carretera, las gentes, los postes, los rejos de labranza, el vestido de mamá, las

arrugas de abuelo, la frente de tía. Chicho chupándose, chupándose. Todo tiene aquella forma, hacia abajo, hacia arriba, hacia ningún lugar. Por eso la gente cabe allí, por eso la cárcel sirve. («Abuelo, dime que la cárcel es también ningún lugar, un cuento tuyo, un día de inocentes.») Todo es igual. Me aburriré. A lo mejor ellos también cuentan los postes y piensan, pero esto no se puede saber. Hay tantas cosas que no se pueden saber. No hay claridad, el frío se ha vuelto oscuro como allá y entra por las rendijas del autobús. Por ellas veo la carretera. El niño del primer asiento dibuja un monstruo con tiza en el espaldar del chófer. Son rayas y rayas enredándose. En el vaivén crecen y ya son columnas que rompen el techo, donde se han encendido las luces, y chocan con los árboles que bailan alzando las raíces, y allá se cruzan con la carretera que otra vez es grande y con todas las cabezas que van delante, sin moverse, pensando en «qué bueno, conozco bien el camino», y la carretera se levanta también y es como una gran calabaza, y las hojas se caen con el viento a envolver los árboles y son astillas de hierro volando, y mi cabeza anda en cuatro ruedas y hace un ruido «uuuuuuuuuu» hasta el fondo de no sé qué, hasta enronquecer, y se hunde, se hunde en la cabeza del niño que dibuja un monstruo de tantos colores, mientras los rieles del tranvía se alzan a los lados, en forma de compás y hacen circular barrotes que caen sobre nosotros; y nosotros, nosotros, y yo, y...

Debí dar un grito fuerte porque vi un bulto inmenso estallar; el chófer bajó, trajo agua con una pastillita blanca y abuelo me abrigó más.

Ahora oigo «tienes fiebre tienes fiebre» seguido, detrás del chaleco de abuelo que huele a viejo. Aquí acurrucada no siento sino el sudor caliente que me cubre. A través del cristal de la ventanilla veo el cielo como un soldado enorme que vigila.

Estoy temblando como allá, sin poder respirar, igual que cuando descubrí lo que uno de los guardias de la prisión llamó el locutorio. Para llegar allí hay que caminar a lo largo de la capital hasta un callejón estrecho que baja al mar. La caminata resultó agotadora, porque teníamos prisa. Al entrar hay una escalera de piedra. Desde allí observé que el locutorio se divide en tres partes por dos altos enrejados que separan a los presos de sus familiares. Seguro que el domingo es día de visita, pues había muchas personas en fila ante la primera reja. Debíamos colocarnos junto a ellas. Noté que se movían para hablar como quien vigila algo a distancia y tiene miedo que desaparezca. Teníamos mucha inquietud, por lo que nos hicimos de un sitio en la fila rápidamente. Miré hacia allá la separación, el ancho espacio al centro, la otra fila. A cada lado había un guardia con fusil. Cuidaban la hora de recibo y acaso las puertas. Toqué la reja recordando las tapias del hospicio, los rostros fijos de las niñas, mis amigas. Tuve miedo de mi rostro, de que se fijara también, y empecé a moverlo como aquella gente que aullaba de una a otra reja. Y de pronto comprendí que había que habituarse a estar allí. Dije «tía, cárgame» y miré hacia adentro buscando las numerosas cabezas. Entonces vi una que se alzó al fondo de las otras, y luego rayas. Era él. Avanzó y se pegó a los otros. Grité: «miren, miren» y ellos a la vez dijeron: «Santiago» a media voz. (Pero hubiera querido que nadie mirase, que no lo viesen, que él mismo no supiera cómo lo veíamos.)

Creo que estuvimos sin decirnos nada durante mucho rato. Las gentes empujaban porque querían ponerse cómodas. Pero todos llorábamos y esto nos hacía olvidar el cuerpo. Mamá dijo bajito: «digan algo» porque los ojos de papá brillaban tanto que parecía que iban a romperse. Oí que abuelo dijo altísimo: «estás bien» y después mamá y tía preguntaron: «¿estás bien?» Por último papá contestó: «sí, ¿y ustedes?» y se hicieron preguntas con curiosidad, que-

riendo convencerse de que no había temor entre ellos, de que todo estaba bien. Dije: «papá», porque no recordé más palabras. Quería entenderme con él sin palabras, con algún sonido, con algún gesto. Sentía así que lo tocaba. Y fue como si una gran conversación entre él y yo distanciara a los otros. Veía su sonrisa, y era una conversación alegre que él improvisaba para que yo estuviese natural. Alargué mi mano y las rejas se apartaron como una cortina. Estábamos cerca, claramente, jugando en la montaña. Eramos de mentira y papá volaba. Abrí los ojos. Estaba mudo todavía y esto me hizo mirar las rejas. «Son arañas», pensé. Sentí todo independiente de papá: los ojos que parecían dos tinajas de agua helada y me encandilaron, la boca quieta, los brazos que descansaban a lo largo del enrejado, el enrejado que se extendía en su ropa de rayas, y nosotros, al otro lado de la sombra, sin que él pudiera alcanzarnos. Dije: «qué lejos nos vemos». Papá estaba enfrente nublándose, recor-tándose. (Pero él está fijo en mí, aunque lo recorten en mil pedazos y se lo traguen.)

Alrededor las voces me entorpecían. Aborrecí más aquellos hombres que vigilaban fumando tabacos, rascándose los sobacos, masticando chicle. Algo profundo se detenía allí, en el humo, en los sobacos, en el ruido de la saliva. (Cochi-nos.)

Entró un guardia tocando una campana que nos pasó a todos por el oído, y no paró hasta que ya nadie se movía. «Se acabaron las charlas, hay que poner fin a la visita, empiecen a retirarse, buenas tardes, vamos, vamos», y recor-ría con los dedos ambas rejas como para borrarlos. Vi cómo se despedían con naturalidad los más viejos. Papá decía: «niñita, volverán pronto, vete tranquila. ¿Y ese ves-tido?»; pero lo interrumpieron de un campanazo violento. Le expliqué, en medio del ruido, que iba a estrenarlo el día del «golpe», pero ya se marchaban algunas personas, em-pujadas por los guardias, y esto me contuvo. También yo quería irme, huir. Me sentí presa y los pasos alejándose

sonaron como golpes. Pero era necesario aprovechar el tiempo mientras ellos estaban cerca. Vi que se llevaron dos niños y ya en la escalera se empinaban mucho diciendo: «acuérdate que me prometiste hacerme un carro, no me engañes». «Y sal pronto para que me pagues otra vez la escuela» y el otro pateaba gritando que «hoy llamaron más temprano». Me conformé por eso. Pensé que era feliz estando al final de la fila y que teníamos así más tiempo para despedirnos. Volvió a sonar aquella campana y allá atrás los presos se borraaban despacio. Quedaron dos viejos hablando de la humedad y despidiéndose con el sombrero y entonces le dije a papá que deseaba darle un beso y un cartucho de frutas que habíamos traído. Miró a todos lados buscando alguien que le diera permiso. «Como es el primer día» exclamó mirándonos, y dijo «espérense» con la mano. Llamó a uno de los guardias, uno que sonreía y parecía más atento. Se llegó hasta donde estaba él y hablaron bajito un momento. Luego nos miraron mientras el guardia se acercaba. «¿Quisieras entrar, niña, eh?», preguntó, y yo contesté que sí con la cabeza. Después de darle varias vueltas a la llave nos permitió a Chicho y a mí ir hasta la otra reja. Algunos presos se acercaron mientras yo corría hasta apretar la cara contra papá. A través de las rejas, el rostro suyo aparecía marcado, dividido en pedacitos como un rompecabezas.

Chicho estaba gracioso con su mameluco, y el guardia lo subió para que papá lo besara mientras explicaba a los otros presos que éramos pequeños como si ellos no lo supieran, y que veníamos por primera vez. Esto me conmovió. Hubiera querido besar al guardia también, aunque antes me pareciera un cochino. Seguramente habíamos ganado su simpatía y la de los presos porque todos sonreían junto a papá. Y era un cuadro hermoso, a pesar de las rejas. El tabaco del guardia brincó entre sus labios oyendo a mi hermanito decir, con unos hoyitos muy pronunciados en los cachetes: «pa-pa-pa-pa» palmeando y cabeceando sobre su cuello, mientras papá decía: «Miren, miren» llorando.

Su voz parecía venir de lejos. También aquellos hombres, ahora silenciosos. Pensé: «son caras para no gastarse nunca, se pondrán duras». Sus ojos, sus arrugas, eran de otro color ya. Debí mirar al guardia de alguna manera que lo turbó mientras lo comparaba con los otros, porque oí el ruido de la otra puerta que se abría y pronto estuve del otro lado, con papá, parada contra su cuerpo, abrazándolo. Creía estar entrando en un fantasma. Dije: «estás bien, bien» y él contestó: «sí sí sí» respirando hondo, de un modo que me pareció estar dentro de su pecho. Luego alzó también a Chicho que se chupaba los deditos y de vez en cuando revolcaba sus ojillos en los ojos de papá que parecían haberse ahuecado. Le conté todo lo que sabía del «Movimiento», lo que habían hecho aquellos hombres y cómo lo buscamos durante días y días. «¿No podías venir?», le pregunté desconfiada. «Habla en voz baja, ya te contaré otra vez», y empezó a darme besos con la misma prisa que aquella gente saludaba, con la misma de tocar la campana de marcharse y la de ir nosotros hacia allí.

Por detrás de su cuello miré a los otros y pensé que no tenían niñas, que estaban solos. Y me apreté a papá como si yo fuera la hija de todos y ellos pudieran sentirlo.

Volví a mirar las rejas. Había olvidado que seguían allí, delante de mamá, de abuelo, de tía, inmóviles. «Nos guardan, nos guardan siempre, aun olvidándolas.» De nuevo me asusté. «La cárcel es dura, pensaba, y papá se hará inmóvil y duro, como los fusiles que acechan las puertas, el patio: que nos acechan.» Imaginé los otros tiempos de salir de paseo, cuando comprábamos globos de tantos colores; primero soplab a Geira y después yo, riéndonos tanto, en la montaña, en el camino largo, en la calle Candila, en la azotea que da al molino de gofio. ¡Qué lejano se ha vuelto todo ahora, qué pequeño! Y también imaginé que detrás del cielo hay otros lugares, y que Dios es de hierro, y

empecé a contar los bastoncitos de hierro que el sol muy encendido estiraba sobre el patio hasta la pared del fondo que da a la calle. (Parado aquí pensará en la calle, en los tejados libres.) «Papá, estarás poco tiempo aquí, ¿verdad?», le pregunté, y él volvió a decir: «sí sí sí», lentamente, muy bajito.

Volví a mirar afuera mientras él hablaba de juegos a Chicho, que al parecer lo entendía porque palmeaba con fuerza sobre sus hombros. No se veía la calle ahora. Solamente el alto muro de entrada y tía y mamá y abuelo que hablaban, mirándonos fijamente. Al ver que los observaba exclamaron: «¿Estás bien ahí?» Y dijeron que le diera mucha esperanza y consejos a papá. Respondí: «bueno» porque no se me ocurría nada.

El guardia se acercó y me tiró de los rizos: «Nena, ¿estás contenta?» Dije sí otra vez y me dio unas palmaditas en la cara. Me di cuenta que buscaba complacerme. «Gracias a ti que eres bueno. No te pareces a los otros.» Preguntó a qué otros y le contesté que a unos que revolvieran la casa el día del «Movimiento». De nuevo me acarició y aproveché para decirle que quisiera visitar allá dentro. «¿Me dejas?» Habló con el otro guardia que estaba cerca. De nuevo vino. «Bueno, vamos. Dejaremos a tu hermanito. Total, él no entiende. Pero tú, dime, ¿por qué quieres ir?». Respondí que no sabía, que deseaba conocer dónde papá vive ahora. Dijo: «está bien» y añadió que ya la hora había pasado más de la cuenta y tendríamos que regresar pronto. Empezamos a caminar. «Papá, enséñame todo, ¿quieres?» Y él me apretó mucho la mano. Parecía hablar a través de ella. «¿Me extrañas, mi niña?». Tardé en contestar porque hubiera tenido que explicarle el miedo al amanecer cuando esperaba verlo llegar con los churros, cuando en el vacío del cuarto una voz repetía: «por qué por qué»; y explicarle también mi bienestar en el zaguán oscuro. Dijo: «Chicho me llamó Chibita esta mañana y nos mudamos casa abuelo; y claro que te extraño.» Iba atardeciendo, se hacía de noche y tuve

la impresión de que el miedo se fabricaba allí. Algo salía de aquellas puertas donde los presos se asomaban para vernos pasar sostenidos en los barrotes que me hicieron pensar en las hojas frescas de los árboles. Los rostros caían sobre aquellas paredes descascaradas donde las sombras de nuestros cuerpos se fijaban atravesados por la sombra gigante de los fusiles. Todos éramos unos fusiles caminando, cruzándose con los verdaderos, fundiéndose. Entramos a un cuarto que no era sino el trozo de un cuarto enorme. Había muchos catres en fila frente a frente; eran como una cama larga donde al acostarse de noche, y en ese horno, todos parecerían de seguro una gran masa de hacer pan. Nadie podrá respirar allí. La foto de nosotros cuatro estaba sobre uno de los catres, cerca de la cabecera. Supe por eso que era el de papá. Pensé: «aquí duermo», pero no hice comentario. Dos presos hablaban. «Imagínate, dormir siempre por turnos. Unos se sientan y otros se acuestan. Este maldito meado nervioso de toda la noche a causa de las chinches.» Se lo explicaban a uno que estaban recién llegado y quería saber cómo eran las cosas allí. Al pasar por su lado algunos miraron dejando de hablar. Imaginé que aquel corredor era demasiado estrecho para que lo ocupasen tantos hombres. Sentí que no se terminaba nunca y tuve pena de papá. Entonces comprendí que él no hubiera querido llevarme donde yo me diera cuenta de tantas cosas feas y luego pensara en ellas. Parecía sufrir por eso, porque preguntó si conocía a los del retrato. Dije que sí y traté de sonreír. Aquello era frío y molestaba respirar cerca de tantas bocas. «¿Dormirás siempre aquí?» Papá me explicó que sería por unos meses o quizá por menos porque lo trasladarían, pero que ya estaba acostumbrado «por la otra cárcel». Y cargándome paseó alrededor del patio estrechándome contra él. Yo me sentí más pequeña. «¿Te das cuenta de que todo es fácil? Duermo aquí, paseo por acá, y puedes venir de visita y hasta traerme frutas.» Dije: «papá, no es igual», pero él parecía conforme y no tuve más inquietud. Pensé: «está bien en este lugar horrible y desde antes quería venir y por eso hacía reuniones en casa los domingos». Luego se me

ocurrió que esta idea no era razonable. Pero comprendí que algo faltaba entre los dos.

La voz del guardia repitió: «hay que irse, hay que irse», esta vez con una voz más seca y dura. Entonces le di un abrazo fuerte a papá y sentí que su cuerpo se volvía rígido. No quise llorar antes de salir porque también los otros presos saludaron y estaba un poco aturdida. Yo estaba sin saber lo que sentía, como ahora. La alegría de estar con él quedó interrumpida por la presencia de tantas personas; luego me adapté a estar afuera otra vez, aunque pensaba que no supe aprovechar bien la estancia allí. Acaso no comprendo mucho por qué me privan de él y esto hizo que no lo comprendiera como antes. Sin duda me porté mal. Estamos acostumbrados a decirnos otras cosas y esta vez sólo nos dimos disculpas. Cuando estar con él antes era igual que tener música dentro.

De nuevo con abuelo encontré que papá estaba viejo visto así de frente y sin nadie alrededor, y que su voz no llegaba bien, aunque hacía esfuerzos por gritar. Mamá y él hablaron de la casa, de lo que harían con los muebles. Oí que ella dijo: «estaré más acompañada con tu gente», y él pareció más tranquilo porque sonreía. Pero no entendía bien las cosas. Algo raro me hacía sentir demasiado la nariz, como si se soltara, como si creciera, y desde la frente bajaba un ruido que me borraba. Me volví insegura, otra niña, desconocida.

Ya en la escalera me detuve. Entonces hubiera querido correr hacia él, recuerdo que así me gustaba antes ir al encuentro de papá. Pero aquellas rejas no se apartaban, cubrían el cuerpo de papá que se iba quedando allá atrás, lejos, mientras enredaba las manos en los barrotes y saludaba despacio, como si quisiera dejarlas allí.

El guardia que nos acompañó hasta la puerta dijo: «es buena persona, saldrá pronto». Yo respondí: «no», pero fue como si alguien me obligara a decirlo. El patio dejó de ser cuadrado y todo allí se volvió oscuridad.

Todavía aquí en el autobús ando perdida. Esta carretera no lleva a otra y nada se queda atrás. La cárcel está al fondo y ha de esperarnos siempre empezando a ser nuestra casa, no importa que regrese ahora porque ella pertenece al cuerpo de papá y hasta dejarán de ser dos formas aparte. Y tendrán el mismo quehacer de guardarse. Y hasta un día la cárcel será el interior de papá y él no podrá salir más y se pondrá a custodiarla dentro de él. Pero, «¿por qué se llama cárcel y no papá?; tiene algo que ver esa palabra con encierro, o es el hecho de encerrar a papá lo que me da esta idea?». «¿Se parecen papá y cárcel?», «¿ella era cárcel desde antes de yo conocerla?». Mientras piense en papá diré cárcel como si hubiera otra persona en el medio compuesta de los dos. La cárcel será cárcel y papá. Papá será cárcel y papá.

—Abuelito, ¿pensabas tú que la cárcel era así, o lo aprendiste ahora? pregunté.

—Nada, niña, nada.

SEGUNDA PARTE

IV

Ya nos mudamos a casa abuelo. Fue preciso deshacernos de casi todos los muebles, porque no había dinero y mamá los propuso a una mueblería de árabes, donde compraron algunos y otros quedaron repartidos entre la familia, pues «todavía hay esperanzas de resarcirnos». Solamente trajimos utensilios de cocina, juegos de cristalería que no se usaron nunca, desde que nací, porque decían que eran «para ocasiones especiales» y parece que nunca hubo ocasiones de esa clase. Además la nueva casa es chiquita y no hay sitio para guardar lo que era querido allá y formaba el hogar adornándolo. Se fue mi cuarto de juguetes donde podía hablar sola inventando palabras que atraían los duendes de las amapolas de «señá» Dominga y de debajo de las piedras negras, duendes que hacía caminar sobre el polvito de mariposas que Samarina y yo dejamos secar y que luego desmenuzamos para que suelten semillitas y cuernitos transparentes. Entonces el polvo brilla como si todavía las mariposas volasen. Y me place saber que ellas no se dan cuenta ahora de cómo van perdiendo el cuerpo.

Ya no es igual cualquier cuarto para jugar. No habrá mi casona inmensa. Allí era fácil esconderse y escucharlo todo y tomar anís de la vitrina sin que nadie lo sepa. No habrá la puerta al final que daba a una azotea colgante, sin pies ni baranda que la sostuvieran, sobre el huerto de Juan Sisí en donde los caballos y las cabras pacen y yo podía mirar sus ojos inmóviles y aprender que esos animalitos ven y

oyen sin moverse, creciendo cerca de las calabazas como si no se fijasen nunca en su alrededor, que es el mismo de nosotros. También pasaba ratos vigilando el sol que atraviesa, como un viejo grave, muchas casas a la vez, hasta perderse en la de Juan Sisí, que siempre luce estarse cayendo y es tan rara, toda de madera y con pasillos inclinados, que ya se parece a Juan Sisí cuando cruza a esa hora con cuidado para que no tropiece su pata de palo.

Si me aburro, ya que a veces estando sola me entran ganas de estar con cualquiera y no seguir más sola, voy con las amigas; aunque con ellas también me aburro porque brincan y hacen bulla diciendo tonterías. Prefiero a Samarina, que vive al empezar el callejón de piedras. A menudo viene y se adueña de lo que es mío, de mis secretos, compartiendo algo que me guste. Nos queremos mucho pero también hemos hecho cosas raras que prometimos no decir y no sé, que son de necesidad aprender, porque entra una curiosidad de pronto. Pero si pregunto a tía o a mamá, aparte de que me da vergüenza, ellas responden contrariadas, como si estuviera prohibido preguntar; y entonces sucede que deseo saberlo más. Por ejemplo, un día quise conocer si Samarina era niña como yo o era igual que mi hermano.

Pienso en la palabra alma que tía me enseña tanto («lo que flota de nosotros», dice) y me hago la idea de una niña que es blanda y que flota también de nosotros. No sé explicarme bien. «La niña que está dentro y tú», dije a Samarina, pero contestó que ella no se siente sino ella, adentro y afuera. «Yo soy una sola niña, pero me parece que tú eres un montón.» Entonces giraba delante del anochecer. A veces jugamos así, a girar, cada una con las manos en los hombros de la otra, y damos vueltas con el cuerpo hacia atrás hasta marearnos, mientras se va haciendo de noche. Nos divertíamos antes.

Samarina es lista. Habla más que yo y no piensa nada para ella, sino que todo lo suelta. Tiene unas carcajadas que me impacientan. A veces quisiera hacerle daño porque es gorda y torpe si uno se fija de veras en que es gorda. Se ríe y se ríe de ver pasar un ratón cuando limpian las cloacas, o de una carreta de bueyes, y hasta de si le pegan. Pero es agradable ir a su huerta enorme llena de zapoteros y platanales donde da gusto subir y donde jugamos al escondite. Un día que no daba con ella y que tardó mucho en esconderse la encontré metida en un hoyo que había hecho, con la cabeza cubierta de hojas secas. Ella es así. Cuando yo pasaba encima brincó y me dio el gran susto. Luego, para recombrarme, necesito estar sola. Entonces me respeta. También ella debe aburrirse conmigo. Hace meses, cuando estuve enferma después de regresar de ver a papá, fue a visitarme. Dijo: «hoy no podremos jugar». Yo no le hice caso y contesté: «mi muñeca está enferma como yo». Entonces preguntó por qué quería tanto a mi muñeca. «Ella no es otra niña como nosotras.» Murmuré: «pero es mi muñeca». Y dijo: «quisiera ser tu muñeca», y me la tiró al suelo. Reñí con Samarina por esto y creo que es razonable, aunque, debido a que tengo otra pena mayor, lo demás lo olvido en seguida. Pienso que me quiere tanto como yo a mi prima Geira. Geira se parece mucho a mí y hasta nos dicen gemelas a pesar de que ella tiene pecas en la cara y es tres años mayor; pero yo la siento como algo pequeñito que me da ganas de arrullar, y así dice ella de mí. Cuando estamos en un grupo es tan dulce que todas la obedecen. En el juego de la rueda la escogen siempre para ir en el centro y yo siento celos, no sé. También la escogen para ir en el medio si paseamos en grupo por la acera. No entiendo, pero tiene ella una manera de sonreír que hace sentirse feliz a quien la mira. «Primita Geira, tú eres mía», quisiera decirle cuando estamos juntas. Si llegamos tomadas de la mano tía nos dice: «estas locuelas», porque saltamos para quitarnos el frío y riéndonos mucho. Entonces noto que me prefiere entre todas y quiero gritar que ahora es mía. Cuando llueve las dos miramos entre las manos el arco iris. Entonces ella

parece que se borra o se vuelve de todos los colores. Papá no quería a veces dejarme reunir con ella diciendo que es más viva que yo, porque hablaba de chicos. Es verdad que ella vive más.

Mamá explicó que desde ahora sólo habremos de tener lo más urgente, porque sin que papá trabaje la cosa irá de mal en peor. Luego oí que la cuenta del banco ha desaparecido por motivo de que la policía creyó que él, como todos los «izquierdistas», ganaba con exceso, olvidando que eso que había en el banco más que dinero era sudor de papá, sudor de por las noches. Abuelo habló, refiriéndose con rabia al «crimen de la gentuza». Abuelo sabe cosas originales que dice haber aprendido con la «experiencia». Mamá agregó que dejaremos de tener tres pares de sandalias al mismo tiempo; y yo estoy yendo a la escuelita que tía Carmen la de tío tiene en la sala de su casa, porque hay que ahorrar también en lo de las clases y allí son gratis. Resulta fácil para mí aprender porque yo iba adelantada con las monjas, y como la sala es un poco oscura y hay demasiados alumnos puedo leer cuentos o hacer un dibujo con los ojos cerrados, a ver qué sale.

Por la forma en que ha cambiado el modo de vivir que teníamos con papá y aunque me agrada estar en casa abuelo (antes siempre estaba por placer) entendí a la fuerza lo que significa habernos mudado, pues extraño el mundo de la casona con papá adentro y lo que él nos traía. No es mudarse de sitio solamente, sino que hay algo más: el modo de estar allí que teníamos, las cosas en su lugar todo el tiempo, desde hacía muchos años. Nada lo está ahora, y siento como si la ausencia entre nosotros hubiera sido larga. Han alquilado la casona y los nuevos dueños se mueven de otro modo. Y también la casona parece otra. Pienso que, de estar vacía, volvería a recorrerla segura de encontrar todo en su puesto, por la sombra que dejó de donde estuvo.

«Qué fácil ya no somos dueños de las cosas» ha dicho mamá. Papá y mamá juntos no es lo mismo que mamá sola. Los muebles sencillos, el sol que entraba allí, lo que era secreto para mí en algunos rincones donde ahora colocarán trastos incómodos que no traerán con ellos sus antiguos lugares. Y aquel aire hasta la azoteita, que era nuestro, se gastará contra los balcones muy abiertos por la nueva gente. Sobre ellos ya no se revolverán los mismos molinitos de polvo.

Se me romperán los zapatos con los días y perderé la ilusión de caminar buscando animalitos y flores, con el placer que eso produce. Tía dijo la otra tarde, cuando tropecé con las sandalias nuevas: «Cuida que no se rompan, ¿eh?» Dijo «eh» para que se me pegara bien el sentido. «Sí, tía, ya.»

Hemos visitado varias veces a papá. Descubrimos que tía Eusebia vive cerca de la prisión. Podemos comer allí y quedarnos durante todo el día ya que es posible verlo más de una vez, con sólo cruzar la calle hasta donde papá se pasa vigilando no sé qué detrás de las rejas todo el tiempo. Además, debido a su buen comportamiento, el capitán nos permite entrar por la noche los jueves, antes de que él se retire a dormir. La buena tía Eusebia reunió víveres enlatados entre todos los familiares para reserva «en ese lugar inmundo», como dijo refiriéndose a la nueva casa de papá y por si no le gusta el puchero de todos los días, llegando al acuerdo de que abuelo y mamá dejarían dinero cada semana para encargarse ella de surtirlo. La tía Eusebia es hermana de abuelo y habla con facilidad porque hace de negociante vendiendo por la calle ropa en bultos que carga en cada hombro; y como ella es gorda parecen tres bultos. Pienso que hace de hombre también, porque a Luciano, que es el marido, no le gusta trabajar sino sentado, fabricando tabacos que una maquinita envuelve en hojas que parecen de tierra

por el color que tienen y por el polvo que sueltan al tocarlas. Es entretenido ver cómo construye los tabacos rellenándolos con otras hojas más pequeñas y pasándolos luego por la maquinita; mientras los hace bosteza, pues el olor que se desprende le da sueño. Cuando se cansa habla acerca de «las realidades de la vida».

Luciano y tía Eusebia tienen tres hijos ya mayores. Ronda, que es gorda como ellos y tiene un novio teniente que parece aristocrático. Desde veinticinco años atrás se conocen, pero no se casarán nunca porque él ya es viejo; Enedina, que respira con un solo pulmón pues el otro se lo quitaron, enferma como estaba, y tampoco tiene voz a causa de esto, por lo que habla avisando con una campanilla junto a la cama; y Domiciano, que es el más chico, y como es altísimo me monta en los hombros, «a la pela», como él dice, mientras pasea junto a los muros de la cárcel, desde donde veo bien a papá que sonríe allá atrás o, si no, me sube a verlo desde el mirador; y papá entonces se ve inclinado y da la sensación de que irá a caerse o de que se ha empequeñecido. Algunas veces la tos de Enedina remolca la habitación como si fuera un barco roto. Da pena oírla desgarrarse la garganta, secamente. Y como soy una niña y ella sabe que no diré nada, me manda al retrete a tirar pedacitos de papel con sangre. «No digas nada», me pide. Ella confía en mí, y como no es importante decir esto pues me callo. Pero el ambiente allí no es triste a pesar de todo, porque ellos riñen entre sí o hacen planes moviéndose tanto. Yo quiero más a Domiciano. Dice chistes y es hermoso y bromea acerca de nosotros: «se pasan la vida fabricando tragedias», dice. Yo le explico que no quiero entender que papá esté más tiempo en la prisión y que me paso las noches preparando la forma de liberarlo. Le cuento a él todos mis miedos porque tiene un aire que da confianza, le quita el dolor a las cosas y sus ojos recuerdan la verdad; aunque él hace que no me cree ni me oye. Y de pronto me señala el mar lejano y todos los altos de las casas que levantan la capital. «Mira qué fácil es crecer. Basta con subir al mirador o tratar de atender el ruido de

la calle, que está allá abajo, movida por las cabezas que desde aquí son unos puntitos. Da náuseas pensar que tales miniaturas tienen ideas.» Entonces se vuelve y mirándome fijamente exclama: «¿sabes lo que significa tener dos dedos de frente, nena? Empínate, ven, y grábate bien esto. Es mentira todo. Ni dedos, ni frente, ni cochino cuerpo, nada. Fíjate, nada de nada, y tienen prisa. ¿A dónde caminan? A ningún lado, a ningún lado. ¿Ves, ves bien?» Yo digo que sí y él me asoma hasta hacerme ver tanto que de veras da náuseas. La tía Eusebia lo encierra en el mirador en calzoncillos cuando no quiere que salga, lamentándose de que no estudia, de que es un pillo y que de hombre se convertirá en sirvergüenza. Ya comprendo lo que él aprende a causa de estar castigado en la azotea. Me parece más importante que ir a la escuela, porque no son frases de memoria sino que él inventa. Imagino que es bueno cuanto dice. Siempre trato de estudiar lo que cada uno me enseña creyéndose que puede hablar y hablar para vaciarse de cuanto le molesta sin que yo entienda. Luego, a veces, me señala los tejados suspendidos sobre las ciudadelas donde habitan «los miserables». (Yo pienso que si papá sigue preso nosotros llegaremos a estar como ellos.) Desde allí suben olores podridos; los niños andan por el pasillo largo tropezando con los baldes, desnudos y sucios; las mujeres trabajan encendiendo fogones, lavando frotas que frota, riñendo y amargándose, endurecidas por el hambre. Nunca levantan el rostro. Pienso cómo será dentro de ellas, cuando descansan en el momento de estar en la cama, con la imaginación puesta en el día siguiente, en que volverán de nuevo a fregar y a tropezar con los niños y a tener hambre. «La tarea de consumirse, la perra tarea», dijo Domiciano. «Sí, claro, consumiéndose. Qué atrocidad, los hombres», añadió. No entiendo pero sí, qué atrocidad. Me da horror todo esto.

Y papá tan cerca del mirador parece haberse arrodillado detrás de las ciudadelas. Me llevo siempre apretada al pecho

la idea de su rostro queriendo sonreír pero sin poder. Es como si papá tuviese cerradura, y en este pensamiento tengo puesto el corazón todos los días. De noche sueño que su sonrisa me llega hasta el hombro y que yo la sacudo, que la estiro hasta que ya los dientes son escaleras y puedo subir; pero entonces los ojos se extravían mirando lejos y empiezan a salir de allí bolitas muy gruesas que al tocarme se agrandan y tienen fuerza y empujan, empujan para que yo salga, porque a espaldas de papá muchos hombres con armaduras de hierro apuntan sus fusiles de huesos y huesos negros, incrustados unos en otros. Y al ver que no huyo papá me esconde detrás de su boca. Y allí dentro estoy a oscuras y corro, corro pero no hay salida. Y todo es como una caverna con dientes afilados.

Al fondo de lo que sueño papá siempre cruza y yo lo confundo con un fantasma que poco a poco crece hasta ser un gigante. El otro jueves que me besó tanto me caí de la cama por la noche soñando que corría. Mamá se asustó pero yo no le conté nada. Porque ella no comprenderá que ésa es mi comunicación con papá. Que ésa es seguramente su manera de estar despierto dentro de mí.

V

Estoy triste y cada vez hablo menos. Nadie entiende esto y entonces me siento extraña, pues son cosas que no puedo explicar. Es terrible que haya que usar palabras para todo. Nada más me entretienen las adivinanzas de abuelo mientras toma la avena en el tazón de dibujitos a colores y hace cuentos de peces enormes, y del mar que es «un chorro de misterio», como dice; o también si salimos a pasear o si viene Geira alguna tarde, con su corazón alegre siempre y su frente que tiene una luz, ella que es dulce y sabe abrazarme. No sé a causa de qué, si ella está siento que papá anda cerca y hasta que es él. Quizá amo a los dos en forma parecida. Cuando la última vez lloré contándole esto, me besó de un modo. Geira no viene a verme todo lo que yo quisiera, pues hay riñas en las calles a menudo y «complós», como tía los llama, por lo que una gran cantidad de guardias se plantan en las esquinas y amenazan.

Tío sabe más porque trabaja de cobrador en los autobuses y nos dice lo que se cuenta por ahí de «partes» que llegan desde la Península dando a conocer bombardeos y crímenes, y también que muchísima gente vive en subterráneos por el peligro de las bombas y de las barricadas; y añade que «ojalá fuéramos puercos en vez de hombres». Después enseña un periódico con fotos de desastres causados a «los rojos». En uno aparecían grandes letreros sobre traiciones y espionajes, y había frases con letras enormes acerca de la sangre derramada y de las tomas militares del «Generalí-

simo». El «Generalísimo» y su cortejo de negros estaban retratados, riéndose, entre banderas y caballos. Muy cerca había también retratos con hombres despedazados y destrucciones «numeradas por calidad y tamaño». Luego tío habló de papá y de otros «que acusaban de haber entrado en grupo al obispado el día del «Movimiento», y que por eso los apresaron y les harán juicio». Pregunté si estaría libre entonces y tío dijo: «si lo absuelven», pues será terrible la acusación «si es cosa de curas», siguió diciendo tía en tono grave. Pienso que algo complicado sucederá, porque allí cada uno habló seriamente de defender y no defender.

Mamá dijo: «Alido lo protegerá porque es un gran abogado y conoce a Santiago desde que eran muchachos. Sabrá decir lo necesario y les daremos por la cabeza a los curas. Iremos hoy mismo a verlo. ¿No le parece, abuelo, ir usted con la niña?» Tía dijo: «habrá que ir pronto, pues seguramente la Ley pondrá un abogado por su cuenta y todo se dificultará entonces. Vaya usted con la niña, padre, a casa Alido, pues más adelantaremos yendo antes, y así él va preparándose. Todos aquí sabemos que él no es de las ideas de Santiago, pero lo conoce y lo quiere bien». Abuelo dijo: «pues tá claro que iré si hay que dir, hijos; pero no veo razón pa usar el detalle de la niña». Comprendí que estaba nervioso a causa de que se trataba y hacía gestos torpes. Entonces para ayudarlo a convencerse dije: «sí, llévame abuelo» como a veces le gusta que le diga. Pero en esto tío dio un gran puñetazo sobre la mesa y escupió con rabia en el piso. «Siempre con sus testarudeces románticas, padre.» Sacó fósforos para encender un cigarro pero juntó tanto la cerilla a la caja que ésta explotó, asustándonos a todos. Después por poco se le va la boca en malas palabras y yo me tapé los oídos, como tía dice que haga. Luego de pasársele un poco la rabieta encendió el cigarro en la cocina, dio unos paseítos y por fin empezó a cortar leña a la entrada del patio. Entre trozo y trozo, que a veces saltaban hasta los cristales del ventanal que da al patio, se escuchaban palabras sueltas. «Que si siempre con sentimentalismo, que si es

hora de empujar rápido, que si familiarismos estúpidos y bum-bum-bum», todas esas palabrotas que él sabe. Tía dijo de nuevo que esta vez tío tenía razón y que en parte estaba bien dicho, «pues usted sabe padre que un niño conmueve y no está de más en ningún momento». Y empezamos a almorzar. Ajena a esa discusión, Maruca había puesto la mesa. Yo pensé: «lo que está de más es esta riña siempre, porque así todo se enreda por gusto y entonces sí que será difícil llevarme. Y además me pongo nerviosa y quisiera que ellos pensaran por medio de mi cabeza para entenderse mejor; pero cada uno quiere mandar, y que los demás obedezcan. Total, por fin queda el asunto como antes de empezar».

Mientras comíamos, Maruca, que es sobrina de abuelo y sirve y friega allí desde que era pequeña y que según ha comentado mamá es «la cenicienta», dijo que entró gente uniformada en casa don Eustaquio, que era uno de los socios de papá en el periódico, y que «se había vuelto del otro lado». Miraba a todos queriendo que le preguntaran algo, pero nadie contestó. Sólo se podía oír el ruido de las cucharas en los platos. Yo dije: «es el papá de Juanela» por comentar alguna cosa, y después Maruca abrió mucho los ojos que son azules y echó para atrás las trenzas rubias que se teje tan graciosas, como si fuese a decir una idea importante: «dicen que él se ha vuelto del «Movimiento», y que desde antes él era de allí, así que le hará daño al primo, ¿no?» Entonces tío, tan bruto, que se acababa de sentar y tomaba sopa, con ese ruido de chupar que le da quisquilla a uno y del que mamá dice que es «seseo de cochinos», chilló: «cállate, muchacha, deja a cada cual hacer y métete en lo tuyo, carajo». Parece que ya todos estaban cansados de contestarse porque nadie respondió, por lo que Maruca bajó la cabeza, colorada, y recogiendo los platos con cuidado se marchó a la cocina de nuevo.

Yo no tuve ganas de seguir comiendo. Cogí una pelota de gofio amasado, que es el pan en casa abuelo, y me marché a la tienda a tirarme en la paja.

Abuelo me despertó haciéndome cosquillas con una pajita en la oreja. También él se había acostado cerca. Me pasó el brazo por detrás del cuello y rodé hasta su hombro. Estuvimos así en silencio, como si la paja fuera un montón de plumas. Soplé bajito en su barbilla y él tembló. Siempre lo hace para jugar. Sentí que abuelo meditaba. Algo llegaba desde adentro de él que era más que el polvito de la paja seca, algo que era polvito de abuelo. Una misma tristeza nos envolvía, más vieja en abuelo porque ya él es viejo: aunque abrazados parecíamos del mismo tamaño. Dijo: «nenita, tendremos que dir y tú te portarás buena. Esto saldrá adelante. Tú y yo somos inteligentes y arreglaremos bien las cosas. Anda a que te vistan». Y me dio una nalgada con la paleta. (A veces me ha pegado en serio, poniéndome de castigo vuelta contra la pared, sobre unas mesitas bajas que hay pegadas en los rincones para que se sienten los clientes, cuando el trabajo es de reparación solamente. Pero como los campesinos siempre dicen bromas, aprovecho que abuelo se ríe y me escapo sin miedo.)

Antes de salir, quise darle un beso a Chicho que dormía. Me gusta besar su boquita abultada que parece una fruta. Después recé un «padre nuestro» como tía me ha enseñado pidiendo que Alido conozca todas las palabras que salven a papá.

Ya tío se había marchado y besé a mamá y Maruca y tía. Después salimos. Nos habíamos olvidado de la riña y cada cual hizo recomendaciones nuevas que prometimos obedecer. Nos sentimos un poco como si fuéramos de viaje. Y por eso volvimos la cabeza al llegar a la esquina para decirles adiós. Tía gritó: «cuidado». Y desaparecimos calle abajo.

En La Laguna, como es una ciudad pequeña, los únicos autobuses y tranvías que hay son los que atraviesan la isla de un lado a otro. Hacen su parada en la Plaza de la Concepción y luego bajan hasta la capital, o suben hasta el Puerto de la Cruz, Tacoronte y La Orotava. Da gracia ver los tranvías resbalar sobre los rieles igual que si tuvieran cuerdas, y el ruido que hacen, igual al de muchos perros ladrando, nos despierta cada mañana. Frente a casa cruzan porque estamos cerca de la estación y esta calle es parte de la carretera que compone su recorrido. Me gusta brincar los rieles cuando los tranvías han pasado, por el vacío que dejan, y mirar cómo se pierden sin desviarse. Pero estos vehículos no se usan para andar dentro de la ciudad; únicamente cuando se va al Tanqueabajo, que ya es lejos, o a la prisión, por ejemplo, que está en la plaza donde la banda municipal da conciertos los domingos, antes de donde comienza la carretera asfaltada que lleva a la capital.

Da gusto caminar por La Laguna de la mano de abuelo, recorrer sus calles afiladas como cuchillos, por donde es fácil deslizarse. Qué agrado me produce fijarme en la herrería y ver cómo allí los hombres trabajan, con esa fuerza de chispas y martilleos que parecen expulsar de adentro. Abuelo habla de ellos con las venas hinchadas y los puños cerrados («su naturaleza de yunque; son montañas»). También me fijo en los hombres empolvados de los molinos de gofio, entre el movimiento tumultuoso de las máquinas («el ruido del mundo que piensa», dice abuelo), y en los sacos llenándose, lentamente, hasta que ya tienen cuerpo. Luego miro adentro de las casas, a través de las ventanas, para ver cómo la gente vive entre sus quehaceres, y me gusta oír el «adiós, adiós», en voz alta, de cada persona que pasa por la otra acera o se asoma en esos momentos a vernos pasar, y es gracioso notar cómo critican en voz baja «que si esto y si lo otro», si por casualidad uno se vuelve. No sé. Toda la ciudad así, con jardines de flores creciendo solos en mitad de la calle, borrándose a veces con la niebla que nos envuelve olorosa. Y entonces le parece a uno venir de muy lejos.

Pero ahora hay guardias dondequiera. Dice abuelo que vigilan a quien uno saluda y además parece que nos persiguen, pues surgen en grupos dondequiera y luce como si fuera una emboscada. Por eso hoy fuimos aprisa, sin mirar a ningún lado, hasta llegar a la plaza de la catedral, donde hay una fuente con patos nadando siempre; ellos, tan simples, que viven flotando. Pero ya no había niños como antes, cuando, al regreso de visitar algunos campesinos que abuelo conoce, pasábamos por allí a echarles comida a los patos, granitos de galleta, de pan, dentro de la cerca, por donde ellos caminan cuando se cansan de nadar. Son unos animalitos delicados, hablan y se agitan como si estuviesen de fiesta siempre, y parece que el cielo los pone contentos, por cómo se mueven y escarban y si alguno aletea los demás contemplan y se estiran con un tintín, como si sonrieran. Me molesta cuando oigo decir, si alguien comete una necedad, que es «una patochada», pues ya quisieran los hombres y las mujeres vivir tan graciosamente, reposándose en el agua. Al doblar de los patos vive Alido. Llegamos a su casa y en ese momento cruzaba un regimiento tocando marchas con un grupo grande de soldados y gente que chillaba detrás «viva esto y viva lo otro». Yo quise mirar porque primero me hizo gracia y hasta la música daba ganas de marchar, pero también se formó revuelo entre los uniformados y los que no lo estaban, aunque la banda del regimiento no dejó de tocar y tocar. Es triste y cómico mirar las peleas desde lejos, con los movimientos que hacen todos y la manera en que despiertan la curiosidad (imagino una riña de monos) en los transeúntes. Cuando por fin ganan unos, los espectadores se alejan contentos y hacen chistes, y si hay heridos se sienten importantes; aunque esta vez algunos se fueron presos apuntados por los fusiles de los guardias. Al terminar la bulla, entramos casa Alido.

Nos pasaron a un despacho oscuro, y luego de esperar alguien dijo que subiéramos. Eran unas escaleras cubiertas por tela impermeable y lustrosa y los cuadros y lámparas colgados alrededor de nosotros animaban el sitio. Había un

gran silencio en toda la casa y yo no hubiera querido seguir adelante. Pero ya estábamos en el último escalón y allí nos esperaba el amigo de papá.

Vi un señor en bata de casa. Su rostro alegre me lucía amable. Me acarició la frente como si quisiera tocar lo que yo pensaba, y después el pelo con ternura, y condujo a abuelo a un pequeño despacho próximo donde se sentaron. Empezaron a hablar y yo hice como abuelo me había indicado de no parecer curiosa, aunque entendí cosas que decían mientras me recosté a la baranda para mirar hacia abajo las alfombras oscuras. Esto me recordó el zaguán de la casona. Después jugué con el gato de Angora que brincó desde algún mueble. Pensé en Yolí y lo recordé con emoción, aunque parece que los gatos no son tan buenos y a medianoche da miedo oírlos gritar con tales maullidos, como si sufrieran. Siempre parecen lastimados por algo. Además huyen si alguien los sorprende. No puedo comprenderlos como a Yolí que es tan simple y que su única rareza es ladrar, que obedece a todos y conoce el modo de complacerlos. Pero los gatos siempre parecen salir del fondo de la noche.

Abuelo dijo nervioso: «ta, niña», pues el gato chillaba porque yo le tiré del bigote. «Pero abuelo, si son así», dije, y Alido se rió. Entonces le hice cosquillas al gato y se echó a mi lado. Me dieron ganas de exprimirlo como a un limón.

Abuelito y Alido hablaban y se habían apartado hasta el buró, donde uno tomaba apuntes mientras el otro explicaba, igual que aquella gente cuando se reunía a discutir por temporadas y yo no podía dormirme porque las palabras «república república» y «nosotros nosotros» se grababan como una tonada entre las sábanas. Escuché con atención cómo trataron de fijar «el proceso» para noviembre no sé qué día o de fijar «justicia», no sé, y hablaban de testigos y curas y legitimidad y audacia y banquillo y tribuna y otra

vez «justicia» y juzgaremos en consecuencia de no sé qué, porque no pude oír, y «de comprensión racional porque había fundamento en la razón misma» y que como «la ley tiene vínculos religiosos porque manifiesta la voluntad de Dios en la Tierra a todos los hombres» y que como la autoridad que legisla, tampoco no sé qué, y que como el carácter voluntario de la ley tampoco era racional, y que después de su planteamiento «las dificultades, de acuerdo con los hechos, sufrirían contradicción» puesto que ese día papá estaba con testigos fuera de aquí y sólo se acercó un momento... Y como entraban curas en el caso, y dos de ellos declararían a favor, pues la lucha entonces acabaría por establecerse entre ellos mismos y todo concluiría en un bello encuentro «de la ley divina que no por ser razón divina deja de estar sometida a lo absurdo» porque como Santo Tomás indica que la ley no se qué cosa etimológicamente es la norma que obliga a (y tampoco recuerdo qué) que apelaría a muchos santos más para conmover a los curas y así los comprometería además de que el fenómeno en cuestión (ese fenómeno) no era objeto formal en esencia, y como la voluntad todopoderosa engendra leyes particulares de perfección imperecedera, (o no entendí...). Y luego... hablaron de posible castigo y posible culpa y también hubo la palabra «consecuencia consecuencia».

Imaginaba que abuelo no comprendía mucho aquellas explicaciones, pero eso no importaba si él tenía confianza en Alido. Recordé «las casas de hacer justicia» adonde habíamos estado para enterarnos de lo del pelotón, y tuve escalofríos. Luego desviaron el tema hacia el corazón humano y los seres humanos, dando ejemplos de que podía plantearse y nombraron la palabra «ley ley» tantas veces que parecía infinita. Hasta que me aburrí y empecé de nuevo a cosquillear al gato haciéndolo maullar y enseñarme los dientes.

Pensé que ya quedaría tiempo de aprender esas cosas si juzgaban a papá, y que también, después de todo, eran

razonables esas oscuras explicaciones, de haber en ellas el camino de liberarlo. Dije para mí algo que abuelo meditó un día cuando «chó» Pedro el montañés le consultó un problema: «mire chó, todo tiene su finalidad y su fin, que pa eso somos los malaventurados. Es fácil pa Dios estar escondido en su lado reventando de bondá por nosotros pero sin ponerse a nivel». Yo dije para el gato y para mí que todo esto pasaría, como pasó mi fiebre, y que todo tiene su fiebre igual.

Pensé entonces en lo que yo podría decir si me dejasen hablar en el juicio. Mi destino no es igual al de los otros niños (abuelo me lo dijo una vez) y como los niños no conocen de leyes, ellos, los de la justicia, no dirán nada en contra de mí. Y yo sabré confesar cosas de papá que yo sola sé, de cuando él me dormía o jugábamos; cosas para conmoverlos. Y sentirán que encarcelarlo sería encarcelarme a mí. Porque me he dado cuenta, como dijo tía, de que un niño asusta y conmueve, y además que siempre resulta desconocido y lo respetan por eso.

Me acerqué para preguntar si podría decir algo en defensa de papá. Aunque no lo esperaba, Alido me dio unas palmaditas en el hombro y dijo: «ciertamente, después de papá, tú eres lo importante allí».

VI

Nada anda bien aquí. Desde hace días llueve, cruzan aviones. Todo en la carretera es movimiento. Grupos de hombres raspan las ventanas con sus fusiles, pues quieren obligarnos a poner una bandera que representa la patria y que se mojará destiñéndose con las lluvias.

Soldados, armados de fusiles, sacan a los vecinos para interrogarlos acerca de «los rojos», despojándolos de cuanto poseen. Forman tal bullicio a fuerza de repetir las mismas frases que acaban por hacerme llorar. Siempre escucho: «criminales, asesinos: los quemaremos, y bien». (Papá de hierro, a ti no). Trato de contarlos: veinte, son veinte. No sé. Ya me parece que no sé contar. He perdido el juego de la memoria con el rum-rum de la lluvia en los tejados, que parecen afilar lo que uno piensa a fuerza de sus golpes húmedos.

Luego aquí en la casa unos y otros se reprenden para no sentirse solos y dan vueltas sin saber qué hacer. Tienen tristeza y sueño y humedad en todo el cuerpo pues la casa es vieja y gotea. Encerrados por miedo durante horas y horas es natural tanta inquietud. La guerra. Es la guerra que se acomoda cada vez más y nos quita espacio. El cielo se descompone con la niebla y parece un vehículo circulando para ayudar a esconder la guerra. A través de los ruidos nos sentimos vacíos.

Hasta han quitado la electricidad. Por eso la noche parece tan larga entre las velas haciendo temblar nuestras cabezas en el techo como si las gastara. Si por un momento vuelve, la radio da noticias alarmantes. Distintas voces hablan de bombardeos y muertes ocurridas en otras ciudades importantes y lejanas que, separadas de nosotros únicamente por la telita de la radio, parecen estar junto a mí y pedir auxilio. Entonces me coloco muy cerca y escucho.

Después de las ocho prohíben andar en la calle. Ella es una amenaza ahora, un combate por donde los días pasan hacia ninguna parte. Por las rendijas que han abierto los otros inviernos puedo mirar la ciudad, afuera, desapareciendo al fondo de la lluvia. Las gentes caminan aprisa igual que si las persiguieran. Todos parecen seguir una sombra sobre las luces de las linternas. No hallarán nada. Yo he vigilado y nadie cruza. Solo encontrarán la soledad de la noche.

De pronto se oye un ruido como de un latigazo en el aire o de una ametralladora o de un trueno que hace eco en la garganta de los gatos. Sucede todo allá en Los Rodeos, por donde está el campo de aviación, y en el Tanqueabajo. Todo viene de allá. El cañón aplasta pelotones de presos traídos a veces de otras islas. Todo viene de allí: la ciudad, el cielo, la tormenta disimulando el chasquido de sus huesos al matarlos.

La única forma de expresarnos entre nosotros es el silencio. Es desesperante estar inmóviles dentro de la casa mientras sigue lloviendo y siguen también los fusiles arañando las ventanas y continúa a lo lejos ese ruido que puede ser el corazón de papá cayendo al barranco.

Yo había imaginado la guerra como explica la historia sagrada o un libro que a veces tía nos leía acerca de Las Cruzadas. Sí, la imaginaba diferente. Grandes ejércitos cho-

cando entre sí con lanzas difíciles de manejar donde los valientes vencían a los que no eran valientes. Pero hubiese creído tonto pensar que la guerra se mete de este modo en las casas y hasta en los estómagos a quitarles la costumbre de comer todos los días.

Casi al amanecer, y para no hacerse notar, Maruca se llega a la tienda de víveres para comprar verduras y pan pero regresa en seguida con el cesto casi vacío pues han hecho desaparecer muchas provisiones, viéndonos obligados a comer potaje y gofio amasado cada día; aunque también huevos. Las gallinas de abuelo no se enteran de esta bulla y siguen trabajando a pesar de la guerra. Ellos, los animalitos, no entienden y así tienen esa paz. Al entrar Maruca pasa los pestillos. Porque es necesario que ni siquiera desconfíen de que comemos.

De papá no hemos sabido. Han suspendido las visitas en las cárceles y también han puesto un límite al recorrido de los vehículos. Llegando al Tanqueabajo los hacen retroceder si el conductor carece de permiso especial. De este modo, solamente los del regimiento disfrutan esa libertad. Papá debe sentirse por esto muy aislado y quién sabe si está en la lista de los que desaparecerán al fondo del barranco. Tengo miedo y orino muy seguido. Seguramente a causa del frío. El interior de la barriga es igual que un molino.

Aprovechando horas de luz, pero siempre mientras anochece, algunos uniformados entran a registrarnos llevándose papeles del estante y fotografías de cuando papá dirigía el Orfeón. Taconean mientras revuelven todo y la casa entera cruje adolorida como aquel día, cuando estalló el «Movimiento». Afuera se quedan otros cuidando la camioneta. Esto se sabe por la llama de los cigarros que yo miro encender y apagar, encender y apagar, a través de las rendijas. Entonces la calle es como un infierno otra vez. Y el fuego de las ametralladoras y de los truenos se confunden en la garganta de los gatos. Entonces un rayo los pulveriza sobre

los helechos. Da terror escuchar tanto ruido a la vez. («La alarma, la alarma», cruza alguien gritando con un pito inconfundible. Prefiero las malas palabras de tío).

Aunque me tape los oídos ahora todo seguirá en la cara de los otros y yo lo entenderé igual. Sería mejor dormir. Así no tendré hambre.

Ya no pienso en las mariposas. Ellas no pasan debajo de la lluvia. Ni en papá tampoco pienso. El es algo que se ha detenido atrás y con quien no puedo contar. Está entre yo y todo este espacio torcido de la calle, lo mismo que una corriente entre dos puertas. Estoy asustada y es terrible cómo se olvida todo así. Hay momentos en que cada cual inventa su forma de acabar con el miedo, cuando los maullidos comienzan o los aviones y los camiones cargados de armas y presos suenan de nuevo a través de las rendijas. Por ellas, uno de estos días, temo ver cruzar a papá sin dirección ya.

Al fondo de la paja Yolí se queja. ¡Pobre Yolí! Ven. Tú sabes, tú sí. Es que nos abandonan, que todo está revuelto en el polvo y la muerte ensucia la ciudad. A pesar de no hacer nada uno se fatiga porque está pendiente de todos los ruidos. Es imposible creer que uno vive. Sólo llega la masa de la tormenta, todo el tiempo, todo el tiempo. El muro de enfrente ha sido convertido en ruinas que la lluvia esparce por el centro de los rieles vacíos y sobre nuestra acera. La lluvia tiene su quehacer: ella arrastra todo sin fijarse a nada. Debajo de ella caben los hombres y los ruidos. Creo haber visto que arrastraba los ojos dulces de las cabras.

También parece que la lluvia se quemara. Debe ser que han volado depósitos de combustibles y también parece que han prendido fuego a campos de ganadería para acan-

tonar allí distintos «regimientos». Sí, detrás de la lluvia se desprende un humo espeso desde las afueras, y filtra por los cristales un resplandor rojizo que me da mucho miedo.

Ando de un lado a otro de la casa, mezclándome al pensamiento de todos. Tengo más hambre de lo que puedo comer. Dice tía que es desesperante no lograr escuchar la radio. Y de verdad que sin poder salir, a causa de que el gobierno lo ha prohibido y se ha hecho dueño de las calles interrumpiéndolas con vehículos de hierro y guardias en constante desfile, esto de no tener «comunicados» acerca de lo que pasa en los alrededores de la capital, en las otras viviendas, en los otros pueblos, esto impacienta. Quedan solamente las rendijas, lo que sucede junto a ellas.

Ha dejado de llover ahora. Tío dijo que pronto habrá circulación. La radio habla de «capturados peligrosos» para los que preparan «campos de concentración». Han sonado las campanas y esto anuncia algo extraño. Hay la noticia de que «los rojos» han quemado iglesias. (Por eso Dios no se acabará; él no está allí, no está.) «Hermanos contra hermanos», ha dicho tía, «qué horror». Yo tengo frío ahora. Yo tengo miedo ahora y lloro. No quiero oír más, no quiero. Me iré a mirar en el espejo. Ante él me voy vaciando, vaciando, y después aparezco de nuevo al fondo separada de mí.

Todavía la calle sigue con su sonido, aunque nadie transita. Desaparece detrás del humo, más oscura cada vez. Pero no cesa bajo la niebla. De pronto pasa un grupo de mujeres envueltas en mantas abultadas para gritar en voz baja «que mueran» muchas cosas. Llevan una cesta a medio llenar y tienen frío. Sentí castañetear sus dientes debajo de nuestra puerta.

Van asustadas por miedo de que las escuchen. «No se atreverán nunca a sacudirse. Después del coraje natural del principio, que produce algunos héroes, el pueblo se esclaviza.

No hay claridá bajo un opresor», dijo abuelo. El siempre habla lo que yo diría. «Ay, si tuviese aún los huesos duros» añadió. Otros se abrazan y escupen. Hasta silban la tonada del himno del «Movimiento» que, desde su triunfo parecen haberse aprendido hasta los gatos, las ruedas de los camiones rechinando y también el cielo al llover.

Mamá se ha vuelto otra. Se tiene mucha lástima porque no puede hacer algo por papá. Nos necesita y constantemente nos arroja a la hora de dormir. Allí no cesa de darnos besos y arrullarnos. Entiendo que se da cuenta menos que yo del peligro, y cree que con mirarnos todo pasará.

Hoy registraron. Sí, han vuelto. Esta vez noté que les causó placer por los objetos que se llevaron. Buscaban dinero en los baúles de abuelo y documentos de El Barbado que es su finca, donde él me lleva para ayudarle a regar las papas. «Quieren robármela», ha dicho con su voz vieja. Cuando se marcharon me puse a curiosear en las reliquias de allí dentro. No recordaba aquellos caracoles enormes que un día recogimos en Bajamar. Estaban enrollados en un traje de la mocedad de abuela, que se murió tan pronto, a los catorce años de estar con abuelo «cuando ninguno de ustedes vivía del todo», ha dicho él mirándose en cada uno allí. «Pero si es de campesina», dije con admiración. Y él dijo que si no sentía el olor a árbol que tenía ya que abuela era aldeana de Arona. Diciendo esto se le humedeció el rostro de lágrimas que se detenían al borde de las arrugas.

Después ha cerrado aquel armatoste dándole muchas vueltas a la llave.

VII

Todo es confuso para mí, desde allá dentro todo era confuso para mí. Pero es cierto que estuvimos esperando una hora en la sala llena de gente, esperando que sucediera algo que no entendía. Al fin se abrió una puerta y apareció papá acompañado de seis presos más y por otra puerta señores con kimonas largas y negras, parecidos a las brujas que ilustran los libros de cuentos. «Son togas», comentó tía asustada. Sobre las luces encendidas el ventilador movió la sombra de la bandera y las cabezas de todos sobre el techo. Esto era el salón de actos, pues así decía un letrero a la entrada, y cuando se sentaron alrededor de la gran mesa me pareció que todo iba a oscurecerse. En un lugar preferente había varios curas. Reconocí a don Eutimio y a don Tarife. Ellos nos visitan y abuelo ha dicho que los respetemos siempre. «Son curas de otra clase. Hacen chistes y dejan de tomar vinillo episcopal para ir de excursión o para visitar un enfermo. Además, agrega, hablan igual que uno y comprenden las debilidades de Dios.» Una mañana don Tarife no dijo «buenos días nos dé Dios» sino «malas purgas las de Dios», porque caían truenos y él los llamaba purgas riéndose. Abuelo gozaba con estos cuentos y hasta se sentía importante porque razonaba como él. Pero allí entraron también otros curas que preguntaban en voz baja cómo era que traían a los presos así sueltos cuando deberían traerlos atados, por lo que abuelo apretó los pómulos y entre dientes alabó «esa exclamación tan cristiana». Yo no creo que los trajeran sueltos. Pude ver que venían de dos en dos y con

sus manos juntas a sentarse en un banquillo largo. Mamá dijo: «les ponen esposas como a los criminales». Papá miró a todos lados hasta encontrarnos. Yo sentí desde sus ojos que nos abrazaba, pero también sentí escalofríos. Parecía más solo que antes y más preso. Afuera, en la calle, algunos niños patinaban. Pude oírlos claramente y hubiera salido de no ser aquello «el juicio de papá». De todos modos lo habría hecho de conocer que papá quedaría libre. Pero en aquel momento él sufría, estaba en peligro y ya no podía entender más.

Vi que entraban personas ajenas. Eran seguramente testigos de los otros presos. Entre ellos caminaba un jorobado que parecía un enano. Tuve miedo de él pero después tuve lástima porque no sabía qué hacer y porque todos lo miraban. Se sentó a la derecha de nosotros debajo de un gran reloj. Estaba inquieto y creo que se protegía del frío. Cuando ya el reloj dio tres veces la hora, el péndulo era el jorobado que giraba de un lado a otro de la sala, sobre nuestras cabezas. O no sé si algún niño entró a patinar allí en el aire.

Aquello empezó. Un ujier leyó el papel donde se acusaba duramente a papá y a otros de un atentado a la sagrada casa del señor Obispo y también al Seminario. Entonces todos empezaron a vociferar extendiendo un dedo largo largo hasta el banquillo de los acusados, queriendo derribarlo. Estos trataban de defenderse, pero como las voces chillaban volvían a sentarse. Así durante horas. Seguramente papá querría explicar que ese día él estaba allí por casualidad, pues había venido a vernos desde la otra isla. Se hizo un vocerío enorme y ya los dedos parecían cuchillos.

Yo escuché hablar en casa acerca de una denuncia y sabía otra verdad. Lo habían detenido por campañas políticas en los periódicos y mítines. También sabía que don Pancho

quiso que fuera acusado, mejor, por este asalto al Obispado para evitar que cayese en manos de «la autoridad militar». Pero resultaba extraño acostumbrar los oídos a las palabras «delincuente criminal asaltante rojo», y otras que deben ser malas por el modo despreciativo con que las pronunciaron. De pronto se hizo una gran calma adentro de mí a causa de que papá nos miraba de frente y brillaba. Entonces la voz del ujier se quedaba lejos, y sólo los botones dorados de su traje hacían daño a mis ojos.

Luego sonó la campanilla y las togas se agitaron como cuervos asustados y los rostros se volvieron más ganchudos y acechantes al hacerse preguntas entre sí. Hubo ruido de sillas y paseos nerviosos. Se habló «de los grandes abogados y los grandes pleitos, de la grandeza en las multitudes y de la autoridad en el mundo». La palabra «culpa» agitó las rodillas de los espectadores y el péndulo del reloj y las aletas del ventilador y las esposas de papá; también parecía chuparse los ojillos de aquéllos de la Tribuna. «¿Culpables, no culpables?», preguntaban y sacudían la palabra igual que cuando nació Chicho todos dijeron a la vez: «¿varón o hembra?» («¿De qué pueden ser culpables ellos? ¿Por qué lo saben los que están en la mesa y no los del banquillo?» Papá debe saber tanto de la culpa como ellos.) El ujier leía en voz alta una lista de nombres. El Presidente de la sala tenía una cara bondadosa. Nunca se me ocurrió pensar por qué es necesario a cada persona tener un nombre. Todos responden en seguida y se adelantan curiosos, como si hubieran esperado hasta ese momento para conocerse de cerca. Miré alrededor. Los rostros de los magistrados daban la impresión de que iban a desprenderse mientras discutían. El ventilador se movía lentamente espantando las moscas. Observé al público, que estaba muy atento y parecía aturdido. Uno fumaba tabaco, un viejito chiflaba por la nariz cada vez que respiraba, algunos dormían y otros se rascaban nerviosamente entre las piernas o se tiraban de la oreja. No podía explicarme su placer por estar allí sentados. Pero todos parecían ser guardianes y tener una tarea. Les gusta

conocer «la ley» tal vez porque le tienen miedo y así podrán cuidarse de ella en tanto la cuidan. Miré una y otra vez a toda aquella gente. Leí los letreros nuevamente sobre la mesa grande. Cada uno señala un puesto importante. Magistrado, Fiscal, Abogado Defensor, Presidente. En ese momento el Fiscal pedía cinco años de cárcel para unos y tres años para otros «por estimar perniciosa la libertad de estos hombres». Para el nombre de papá había respeto.

Por fin llamaron a los testigos y hubo un gran sobresalto en la sala. Primero pasaron por la barra antiguos amigos de papá jurando haberle visto dirigir el asalto. Sentí que se me hacía un hueco en la barriga cuando don Eustaquio aseguró que papá era «un elemento perturbador y enemigo declarado del «Glorioso Movimiento Nacional». Es el padre de Juanela; en la azotea de su casa he empujado cometas sentada sobre sus rodillas. Además él hacía el periódico con papá y hasta quería ser mi padrino. ¡Traidor, traidor! Hubiese querido escupirle desde mi asiento. (Ya no seré más amiga de Juanela.)

Llamaron a otro y a otro hasta que llegó el turno a mamá, que lloró mucho queriendo convencer a todos de que aquel día él vino a vernos solamente y sólo quiso llegarse hasta el Obispado para evitar atropellos, que Santiago era un buen hombre, que era un gran hombre, repitiendo sin cansarse que aquel día sólo vino a vernos y que era un gran hombre. Pero la mandaron a sentar.

También tía lloró porque «mi querido hermano había sido siempre el aliento y la inteligencia de la familia, que había estudiado muchas cosas y hasta que viajó a América, por lo que era necesario comprender sus inquietudes y el espíritu aventurero que mueve a la lucha natural, porque la lucha natural de los hombres», y aquí se trabó y estuvo largo rato pensando una palabra que no llegaba, hasta que continuó en que «la lucha natural de los hombres es como una fuerza que hace crecer las ciudades que con la influencia

de estos hombres son, pues son pues son», y se volvió a trabar para seguir diciendo que «son engendros privilegiados, por lo que a mi querido hermano debería respetársele, estimársele, condecorársele, en lugar de ajusticiarlo (y eso sí que sería injusticia) como un criminal de guerra, ya que, como uno de esos hombres ejemplares, había contribuido a cimentar la cultura de una ciudad como La Laguna, y que por todo eso merecía libertad sin límites». A lo cual le contestaron que esa ciudad tan importante no aparecía, vistos uno por uno, en todos los mapas de la Tierra.

Pensé que tía hablaba cosas de más y que así nunca convencería al Tribunal. A lo largo de la mesa ellos se movían impacientes, aunque esto también me pareció injusto. Al sentarse, no me lució tan gorda.

El humo de la sala llegaba hasta los hombres del Tribunal borrándolos. Sobre la mesa todo encandilaba como un gran espejo al sol. Los espejuelos del Presidente, la calva del acusador, una sortija que se agitaba acusando a la altura de los espejuelos, el lustroso bronce de los letrados, los ojos de todos moviéndose fruncidos encima del banquillo. Por un minuto el rostro asombrado de papá asomaba y lo demás era opaco. Luego aquello nacía de nuevo. Así no sé cuántas veces.

Me di cuenta en seguida de la importancia que tenía hablar con cuidado. Hubiera querido ser grande y decir las cosas naturalmente, como es la costumbre de los campesinos clientes de abuelo, tímidos a causa de su lenguaje escaso. «Papá es inocente, siempre ha sido un inocente», decir esto muchas veces hasta que ellos lo creyeran.

Sonó la campanilla anunciando algo que luego se rompía. Daba calambres en el oído y uno no sabía qué hacer para impedir aquel timbre tan claro. Ella producía una rara atención y todos se callaban como si esperasen que los llamaran. Después, un murmullo pesado se hacía a nuestra

espalda. Comprendí que toda esa gente hubiese querido declarar. En cada uno había una verdad y ahora la decían en voz baja, pero ella no tenía que ver con la ley y esto los hacía felices.

El péndulo del reloj hizo rodar por la pared una fila de jorobados. Ellos cruzaron el techo que divide en dos la sala y después de vigilar atentamente fueron hundiéndose allí como si tuvieran frío. Papá no sintió nada. Seguía de espaldas, inmóvil. De vez en cuando nos miraba intensamente; después su figura daba sólo la impresión de una espera humilde, lenta. Miré bajo el reloj. Todavía caminaba hacia la hora siguiente, y el primer jorobado era allí un bulto extraño recostado contra la pared.

Entonces llamaron a abuelo. Estaba débil y tuve miedo de sus explicaciones. Caminó hasta el lugar indicado y miró a papá como si quisiera detenerse cerca de él. Pellizcaba el sombrero de fieltro dándole vueltas y plegándolo tanto que ya casi no se veía. El interrogatorio era siempre el mismo pero cada vez más rápido. Abuelo decía sí o no con la cabeza y pensé que se turbaría debido a la edad, él que toma su tiempo para hacer las albardas y que para beber la avena en el tazón tarda una hora. Pero estaba segura de que confesaría las cosas que yo dijera si pudiese declarar. Una mosca osó molestarle y dio con el sombrero un fuerte golpe en su nariz, lo cual hizo reír a los señores del Tribunal. Yo también me reí pero es porque entiendo que él se pone cómico cuando está nervioso. Alido intervino reclamando el debido respeto y el Presidente dejó caer unos toquecitos en la mesa con lo que el ruido se calmó.

Recordé que abuelo es callado y que necesita medir las frases bajito antes de sacarlas. El ha sustituido la voz por la aguja de coser albardas. Pero cuando papá quiso impedir que hablara se le marcaron mucho los ojos y estaba luminoso. Protestó fingiendo rabia aunque en realidad era de ternura que fruncía el ceño. «Jijo, cada uno aquí quiere sacarle el

forro al corazón.» Algunos rieron de nuevo y otros comenzaron a aplaudir. Pero abuelo no escucha cuando anda buscando «sus palabras», hasta que ya sonrío y es que cogió «el nudo por su agujero», como él dice. Ahora estaba muy serio.

Yo estaba cansada. Quería escuchar a papá, quería que terminase aquello. Abuelo hizo la historia desde el día del «Movimiento», que empezó con la entrada de aquellos sublevados, «señores, aquéllos sí que eran sublevados, pues entraron pateando muy parecidos a mis clientes los mulos». Se oyeron de nuevo algunas risas. Entonces me dio rabia o fiebre y tuve muchas ganas de salir corriendo. Las puertas empezaron a caerse como aquel día, sonaron tiros y aviones, un ruido mezclado de pestillos cerrándose y de cristales rompiéndose. Y abuelo gritaba: «la guerra, la guerra», con la boca muy abierta, hasta que me tragó poco a poco.

«Abuelo, no, no», grité haciendo el vacío alrededor de mí, entre mamá y tía; luego las dos propusieron sacarme a la calle para tomar fresco. «La calle no existe hoy, la calle no existe», era lo que escuchaba en mi cabeza. Recordé todo mientras abuelo me tragaba. Era la guerra que se movía en mi memoria y todo aquello sucedía por su causa. Como entonces Chicho aún repetía «ma-ma-ma-ma», abuelo continuaba viejo y todos hablaron con palabras sueltas. Preguntaban incansablemente: «por qué, por qué» a la culpa, al ventilador, al sombrero de abuelo, en nombre de todas las leyes del mundo. Sentí otra vez las arrugas del cuello de abuelo saltándome por la cara como hormigas. Era aquel día otra vez, sí. Sobre la mesa se amontonó, al fondo del tinglado de tela negra, la claridad de la paja. Pero allí no había albardas podridas sino fusiles uniformados de rojo y azul y negro que el ventilador alargaba como sombras volando por el techo.

Al entrar de nuevo a la Sala después de coger fresco, los señores de traje oscuro susurraban cosas entre sí. Abuelo aguardaba nuevas preguntas todavía. Uno gritó, levantándose, que fuese al grano pues quedaba poco tiempo y no querían perderlo en esas denominaciones tan inconcretas. Abuelo se limpió el sudor. Me dolía que aquellas brujas no supieran que abuelo habla más con los animales que con las personas, que ignorasen lo que para él significa un mulo. Miró de reojo los rostros en fila y luego se detuvo sobre el estrado donde muchos pies golpeaban inquietos levantando polvo. Después, temblando, fijó su mano huesuda en dirección a papá y comenzó el relato de nuevo. Dijo que aquel que veían allí con hierros en las manos era su hijo preferido. Claro que creció pero que a él no le parecía. «Lo conozco más que ustedes, como ustedes naturalmente conocen a los suyos propios», explicaba, «y sé de lo que está formado, y sé que es incapaz de hacer bulla por gusto pues él siempre actuaba por una razón poderosa, si no, dejaba de actuar. Además, dijo, teniendo en cuenta el asalto que rompió los cristales de mi casa y la tranquilidad del pueblo el día del «Golpe», era injusto reclamar el orden en los otros porque había el mismo derecho, ya que cada cual tiene sus ideas aparte». Y repitió que su hijo tenía razón para sus experiencias. Le pidieron que fuera más breve y entonces abuelo recordó a papá cuando era niño y cómo él lo castigaba, «porque yo siempre he sido bruto y él se escondía pa que no lo hiciera trabajar en mis albardas, pues no entendía que él pudiese aprovechar el tiempo fuera de allí; pues ustedes saben, uno se cree que el tiempo de los hijos es de uno y como él quería estudiar y jacerse culto y jacerse la cabeza a su manera». Estaba cansado y respiraba con todo el pecho, caminando a lo largo de la barra hasta apoyarse en la mesa del Tribunal. Se detuvo cerca de don Eutimio y don Tarife. Ellos hablaron de cuando papá fue monaguillo y les pedía prestados los libros de la biblioteca. «Señores, señores», repetía abuelo, «éste es mi hijo y hay que permitirle que tenga sus ideas, y hay que creerle cuando diga que algo es verdad, porque es una desgracia todo esto,

es una desgracia que ahora lo aprisionen por años y años...» Hasta que se acercó a papá que estaba muy encorvado, preguntando en voz alta si ahora le quitarían las esposas y acariciándole las manos como cuando Samarina y yo lo hacemos. Pero Alido, que le escuchaba con mucha atención, lo trajo a nuestro asiento porque lloraba y el orden se había alterado, por lo que otra vez sonó aquel martillote del Presidente sobre la mesa. «Abuelo.» (Hubiese querido abrazarlo con mucha fuerza, acurrucarme en su vejez debajo de su solapa sucia).

Pero aquello seguía. Hubo movimiento de sillas. Papá y Alido charlaban mientras los testigos de los otros presos atendían. Nos dieron unas palmadas en el hombro para que nos reuniéramos con ellos. Pasamos a una habitación grande donde había cuadros de figuras encorvadas y olor a libros viejos. Gruesos sofás ocupaban el largo de las paredes. Un señor de gabardina se rascaba las barbas con fuerza. Todo parecía un zumbido de moscas.

Yo estaba mareada. A través de una puerta que daba entrada a la sala se oían la campanilla, el roce de las sillas y golpecitos encima y debajo de la gran mesa. También llegó hasta allí el sonido de un sollozo. Miraba a papá y sentí que pronto estaría libre. Pero en mi cabeza era como una lucha el ruido espeso que atravesaba la puerta. Pensé que desde ese momento iba a tenerlo siempre. Recordé al Presidente dando vueltas al monóculo con impaciencia y tirando de él por una cadenita. Me apreté con cuidado contra las manos de papá: temí encontrarles un hueco. Algo incomprendible las ataba en el interior de ellas.

Al cabo de una hora un guardia entró a recogernos. Todo fue fácil entonces. Le quitó las esposas a papá y sus brazos libres nos apretaron torpemente. Alido daba palmaditas en la espalda de abuelo y no cesaba de reír. (Su ancho vientre se estremecía contento y resultaba simpático.) Lo felicitó porque había logrado conmover al Tribunal. «Esto es más importante que una ley», dijo.

VIII

Hoy he venido con papá a conocer el mar del puerto. El mar respirando en el muelle ancho. (Fíjate cómo rueda hasta allá. Si nosotros pensamos hasta allá, también rodaremos. Papá, has de sentirte en el muelle ancho y libre como él. Por eso me vestí de lino, para estar contenta, y dije de venir al mar.)

Doy brincos alrededor suyo salpicándolo y sonando, como si fuera de espuma. Aprieto su mano dura y me cuelgo de ella. (¿Harás que dé brincos altos para mirar sobre aquella línea extraña donde el mar y el cielo se unen?) «Desde allí suben los barcos y muy atrás hay otro mundo semejante a éste y también un padre pasea con su niña.» Y sonrío tanto porque avanzamos a lo largo de la muralla subiendo de diez en diez los escalones que llevan a la punta y porque hace buen tiempo. (Te tragarás el mar y te quedarás verde azul y amarillo.)

Nos asomamos detrás del muro. En la orilla de las rocas están los pescadores con rostros de piedra. Las olas se levantan y nos tocan. Papá me sacude el vestido. (Deja, déjalas vivas en mi vestido.)

Y lo empujo hacia adelante. «Los marinos, papá.» «Ellos viajan sobre el mar y van lejos, y, mientras tanto, creen seguir en su casa.» «Pero el mar tiene su vivienda debajo y su cuerpo adentro, ¿verdad? Y no tiene hombres que

fabriquen albardas, como abuelo, y no hay cárceles ni «Golpes»? Ha sonreído como un sordo. Los sordos tienen un aire de no estar. «El mar es grande», has dicho; pero tú querías decirme que no debí hablar ahora de las cárceles y todo eso. Yo no quise nombrarlas, no quise, pero es como si tuviera que obedecer a un resorte. Son palabras que se meten entre las otras y no lo sé sino cuando ya salen. (Pero mira, no te turbes, está bien todo, no importa lo que tenga el mar, estamos en nuestro paseo. ¿Ves la punta? Charlemos de ir a muchos lugares, donde nunca hayamos estado. Sin andar juntos tanto tiempo ya hemos perdido la costumbre de los antiguos paseos, cuando nos gustaba dejar atrás los árboles en lo más intrincado de la montaña y descubrir pequeños caminos sin tránsito, de extraña vegetación, que siempre daban a otros pequeños caminos, y donde también a veces nos extraviábamos. «¿Te acuerdas cómo corríamos?» Sólo al anochecer regresábamos. Era un deleite para mí portar la gran linterna, encandilar con ella el rostro de algún campesino y su bestia, sudorosos por la faena de todo el día, y también asustar el cuerpo adormilado de algún animalito de la noche. Entonces tú reñías porque tropezábamos con los gajos, con las piedras, con las sombras. Un día la linterna se rompió y tuvimos que regresar a oscuras. Era así, «¿te acuerdas?») «Mira, hemos llegado a la punta. Desde aquí se ve doblar el mar. ¿Ves allí? Mira, allí.»

Papá da vueltas, se estira y luce grande. Levanta los brazos; debajo veo el muelle y sus trabajadores cargados de sacos enormes, enormes. Aquí los hombres parecen enanos boludos y camellos guindados a su carga. Hay una máquina giratoria que los persigue. «Es la grúa.» Me gusta, quisiera dibujarla. «Levanta grandes fardos desde los vapores anclados que traen mercancías extranjeras», explica papá trazando con los dedos firmes en el aire. Y es igual que si tocase el puerto, desde los músculos de los obreros hasta el cuerpo gigantesco de la embarcación.

A esta hora ya no cruzan sardineras. Llega como serruchadura el sonido de las carretillas cargadas que los hombres arrastran cabizbajos como si pensarán entre las ruedas; y llega el grito de una sirena anunciando el cierre de la jornada. La jornada de unos termina con el relevo de otros. Y la sirena parece lamentarse con el sonido de alarma que tiene. (Acaso sea alarma por algún avión que cruzará. No sé. Pienso que ellos sienten por dentro esa sirena. Ella es el tono del muelle sudoroso y la canción temblorosa de los marineros al dormirse y también el acento ronco del barco cuando abandona el puerto.)

Ya es hora de regresar. Abrazo la cintura de papá y caminamos. Hay recogimiento debajo de los primeros faroles encendidos. El mar está agitado, hace cabriolas y nos moja, pero el sudor de los trabajadores también está agitado y sube a oler en nosotros. Huele a otra sal que no es la del mar, más sucia porque sus cuerpos están amargos. Después de rayarse el sol en sus huesos durante horas, deben estar destilando acidez desde los sobacos hasta las nalgas. Los sacos pesan mucho y se gastan con el roce de los hombres, y ellos también se gastan. El muelle es rústico, como abuelo dice que él es. Los barcos seguirán saliendo, papá y yo pasaremos otro día cerca de los trabajadores y nadie les hará una pregunta. Si alguien les hiciera una pregunta, escondidos como van detrás de los fardos, seguramente escupirán como tío hace y dirán «mierda».

Antes yo nunca me fijaba en los hombres. La primera vez fue el día que visité la cárcel y encontramos a papá después de mucho tiempo. Allí los hombres caminaban jorobados, como abuelo. No podía imaginar que los hombres hicieran cosas diferentes de las que papá hacía: tanto que nos divertíamos con las fiestas que él organizaba en los carnavales del orfeón, en las tardes de jira por Terramota, contagiándonos con su alegría siempre («para mis niños, para mis niños», decía), y la manera buena en que hablaba de los otros hombres, de sus manías. Pero yo veo que hay muchas clases, muchas que él ni nadie conoce.

Mientras regresamos, anochece. La ciudad se enciende. Entre las luces cercanas hay otras que se mueven en todas direcciones. Me subo al muro del malecón para ver mejor. (Mira, las luces, ¿ves bien? Con las luces todo se pone nuevo. El tránsito por la carretera parece de estrellas. Hay un gran silencio a esta hora. El mar también se pone duro. Las calles desaparecen, el cielo, los paseantes.) «Mi niña anda pensativa», ha dicho. Todo es igual que en el zaguán, donde me gustaba estar. «Es la ciudad, mi niña, debajo de las luces, creciendo.» «Papá, qué bueno ser grande como una ciudad, tener el ancho y la noche de una ciudad.»

Nos hemos detenido. Papá recuerda otros años, recuerda los años de los otros. Debajo del farol brilla y está hermoso. Le salen palabras entrecortadas como si las inventara para asombrarme. (Oye, el muelle es ahora un topo en tu garganta.) Papá está lejos, como si lo hubieran dejado correr mucho. Está libre. Dentro de él riega el mar extendiéndose hasta la línea aquella en que se parte en dos. Papá también es la parte que toca el cielo. Se va quedando solo, pregunta por el agua, por los marineros. Todos los buques del mundo huyen de él desprendiendo humo. Las luces allá al fondo incendian su cabeza. Papá suelta un rumor que da frío y suelta sombras que me cubren. (El y yo somos uno, siempre fuimos uno. No entiendo que seamos dos.) Me da respeto mirarlo recordar, escucharlo ponerse viejo, viejo como aquel niño recién muerto. Entonces murmura confuso igual que los coros en la iglesia. La voz de papá sube hasta él como otro cuerpo.

Cruzan guardias y llevan fusiles. «Circulen, circulen.» Repiten así mientras caminan con sus faroles. Parecen buscar algún hombre, a todos los hombres, como si les pertenecieran. «Circulen, circulen.» Y tienen rabia al decirlo

y tiemblan dentro del uniforme verde, debajo del tricornio negro. («Cuervos».)

Papá me toma de la mano y subimos a uno de los tranvías que llegan hasta el puerto. Las sombras ya no vienen del piso sino de los edificios altos y feos. Las luces de la ciudad se meten entre los árboles, y al moverse ellos como gruesas rendijas la ciudad se mueve. Con ese estremecimiento recuerdo otro, sí, y también con la velocidad y con el murmullo de las ruedas...

Era el coche celular que se marchaba llevándose dos de los siete hombres que habían sido acusados con papá. Pero no tuve miedo al verlo. Estaba cansada del juicio y aún todo me daba vueltas; lo único cierto era que papá estaba libre y yo tiraba de su mano abultada como una bola de mundo. Desde la humedad del jardín que rodea la Audiencia llegaba el frío con el movimiento de las flores. Mamá, abuelo y tía iban detrás de nosotros. A menudo se aproximaban y todos caminábamos juntos. Yo quería saltar como una pelota o volar como un pájaro, quería romperme el vestido y caminar descalza. Era una alegría parecida a la de aquella vez, cuando encontré a Yolí después de estar perdido una semana. El olor de papá llegaba hasta debajo de mi abrigo. Le dije: «eres de mentira» y él sonrió. «Podré estar a tu lado todos los días cuando despiertes», dijo. Y así, cargándome, anduvimos como uno solo por las calles que dieron a la noche como ahora.

Miro hacia allá atrás donde los hombres ya no se ven, ni los fusiles, ni los barcos. Todo se vuelve cada vez más negro. Sólo las cornetas, único sonido que aún nos llega, descubren los puestos de vigilancia de la noche.

Papá, ha sido una buena tarde porque tú estás libre.

IX

Van pasando las Navidades. Yo no entiendo bien lo que son las Navidades. Todos se refieren a cuando Dios nació y lo celebran. Sólo papá está ensimismado y el otro día contestó a tía que por qué tuvo Dios que nacer o por qué ha de ser bueno que esto ocurriese y no celebramos mejor el vaivén de cada otoño que ahora nos envuelve con su polvillo.

Pero yo quiero estar contenta con todos y me visto de maga para ir al pesebre que levantan en el templo, y allí cuido al niño que parece un maniquí junto al burro, y también las ovejas y los bueyes de mentira. Entonces pienso que Dios no es de verdad tampoco.

Este año he sabido que los «Reyes» son papá y mamá y además madrina y tía y cualquiera que me regale algo. Aparte de que Samarina lo contó con asombro de que yo no lo supiera, me di cuenta yo misma, porque me dejaron pocas cosas este año. Mi zapato se heló en la ventana del cuarto de tía y no escuché pasar las campanitas de los camellos como otros años.

Antes era distinto. Una vez «los Reyes» vistieron la escoba como si fuera un cuerpo, ajustándole el traje típico que me sirve todavía. Y era igual que una persona, por lo que al levantarme a media noche para mirar me di el gran susto. No creo que en aquel tiempo «los Reyes» fueran

papá y mamá, sino que era verdad que existían. Yo estaba segura de esto y entonces los hacía venir dentro de mi cabeza fabricándoles caminos largos, montes, desiertos, hasta hacerlos llegar por medio de una estrella del tamaño de la luna que los guiaba. Al entrar en mi cuarto yo tenía miedo y cerraba los ojos de modo que nunca podía verlos, y a lo mejor yo misma tuve la culpa de que no vinieran más; aunque les decía a las chicas que sí los veía, contándoles cómo las barbas de «los Reyes» me habían rozado. Pero este año al quererles hacer aquel cuento todas se rieron diciéndome tonta. Y entonces me sentí engañada. Todos los caminos y los montes y los desiertos me cayeron encima y esto fue doloroso. Se vienen abajo «los Reyes», con sus disfraces tan hermosos, que a mí me ilusionaban porque no se parecían a nada.

Aunque me prepararon diciéndome a diario que este año «los Reyes» vendrían pobres, yo pude darme cuenta que para los otros niños no era igual, que sólo a mí me tocaba el lado malo, debido a que papá no trabaja y las cosas son más inciertas. Sin embargo recibí una muñeca que Geira y yo bautizamos brindando con dulces mientras Nito le echó arriba el agua bendita y rezó el «bise-bise», como yo en la iglesia cuando acompaño a tía. Y nos reímos así. Chicho recibió unos caballitos de ruedas, pelotas de colores que también me pertenecen y carritos atados a una soga larga de la que es divertido tirar montándolo a él. Tía dice que a medida que crezcamos los juguetes serán más serios. «También ustedes serán más serios.»

La guerra sigue, pero cada día se hace más íntima y organizada. Dice abuelo que «se vuelve doméstica». Ya no es una bulla en la calle como en los días que estalló el «Movimiento» o en aquellos días que llovía mucho y los hombres raspaban con sus fusiles las ventanas. Ella se ha vuelto un secreto y cada uno es su cómplice y conspira con

ella a hurtadillas. Sabemos que las prisiones se llenan más cada día porque la gente desaparece y hay menos comunicación entre los vecinos. Es como si unos y otros se acecharan. Pero ninguno habla o protesta. Y además, papá ya está con nosotros.

Ahora con las Navidades la alegría se repartió entre los niños. Pasaban con los trajes típicos llenos de rayas animando las aceras con su colorido; también echaban frutitas que llevan en un cesto a quien ellos llaman en sus cánticos «el que ha nacido para salvarnos». Yo los miraba pasar desde la ventana y no comprendía mucho su placer. Traté de ir con ellos y hasta me vistieron a su manera. Pero no me sé explicar: ellos obedecen a una cuerda que a mí se me ha roto. Y siempre ha de ser así ya. Estuve arrodillada ante el pesebre y le hice guardia igual que si él fuera una planta que va a crecer o un fantasma. Pero cuando subíamos alrededor del altar dejé de entonar el himno pascual, y desde aquella altura pude fijarme en que todos arrodillados allá abajo parecían enanos. Pensé: «todo es inútil». Y a la vez pensé en papá sin saber por qué. Y hubiese querido golpear al cura que oficiaba. El himno que cantábamos decía: «somos pequeños y siempre estamos esperanzados», pero diciéndolo para mí era como una frase mía y sonaba más triste con la música del órgano. Me puse a escuchar el órgano. Estaba encerrado al fondo, entre unas varillas altas parecidas al tejido de la cárcel. Un coro de monjas entonaba desde allá y creí ver el rostro inmóvil de una que se fijaba en nosotros.

Así los días de Navidad. En medio de todo había el placer de estar con papá y todos tratábamos de olvidar el tiempo de separación. Pero debajo de las sillas Yolí raspaba con sus patitas como si tratara de avisarnos algo. Y yo no sé por qué esto me daba miedo. Miedo que Yolí raspe. Tal vez ése es su modo de recordar. Debe ser que el miedo está en el aire y Yolí no hace sino moverlo.

De pronto algún militar pasa con el fusil al hombro. Y luego pasa otro y un grupo. Después muchos grupos que marchan. Tía dice que celebran sus Navidades también porque en esta época es malo creer en el daño. «Todos olvidan», dice. Pero yo no pienso que esto es así. El daño está en reserva, lo siento detrás de los uniformes y desde adentro de papá llega en forma de un temblor que no le conocía antes. Porque él siente daño y quiere defenderse y entonces también se vuelve una parte del daño. Y yo, y cada uno. Y tú, Yolí, también tú, y la casa. Todos estamos perdiéndonos. Un día nos costará trabajo reconocernos.

Pero tía cree solamente en el poder de Dios. Y pienso que es razonable. Cualquier cosa es razonable.

X

Todos los días son parecidos ahora. Entre el frío ellos se hacen más claros, cuando aún son los días en la calle, en la temperatura, antes de entrar a nuestra casa y ser parte de ella. Entonces se vuelven oscuros y tímidos a causa del sobresalto haciendo sombra en el fondo de cada uno. Hemos venido a El Barbado. Aquí nos gusta alimentarnos de papas arrugadas que abuelo cultiva. Las verduras ocupan grandes extensiones, encantando los ojos con su hermoso color.

No muy lejos, en los alrededores, se ha instalado un campamento. De vez en cuando el viento arrebató a los troncos el eco de las prácticas militares y el rumor de la corneta al chocar en el vacío de las ramas. El viento azota y hace un silbido por todas las plantaciones, por cuyos trillos hay marcas de pisadas extrañas. Es como si desatase los caminos y los soplara. Es un viento apretado y da horror. Se llega hasta las sábanas por las noches y allí se pone a roncar como si gimiera. Desde su sueño ligero abuelo lo espanta igual que a una mosca. Y su mano siempre da golpes sobre la almohada.

Ya no arrulla nuestro reposo el zumbido de insectos que levanta el sol desde los surcos, al quemarlos. Están el viento y la lluvia y el ruido lejano de los cañones. Un estrépito de caballos parece derrumbar la montaña cercana y hundir el piso para hacer algún transporte oculto. Acarrear pertrechos y desde los aviones dejan caer a veces bultos enormes.

«Son provisiones», ha dicho papá. No sé por qué recordé aquel niño que allá en la cárcel protestaba y no quería irse porque habían tocado la campana antes de tiempo. De pronto pienso cosas así, que no tienen nada que ver con lo que estoy mirando.

Por la noche, mientras descansamos, cruzan soldados de vigilancia por las cercanías y nos atemorizamos. Papá se esconde y los mira a través del cristal roto de la ventana hasta que se alejan, y se lamenta de esto. «No deberían, no deberían», repite, «total, total». Y yo no entiendo mucho qué quiere él decir. Entonces Yolí raspa la tierra bajo el enyerbado y comprendo que ésta es su manera de lamentar lo que no entiende. Pero nunca ladra. Y pienso que si yo tuviese el cuerpo suyo y su modo de pensar las cosas y sus patitas, escarbaría mucho, mucho, hasta enterrarme, para no oír a los soldados que pasan, ni oír nada, nada más. Observo a papá y el reflejo de la noche en él, y quisiera sorprender los latidos de su corazón golpeando sobre el cristal roto. «Esto parece una trinchera», dice y se recuesta. Habla poco y de ese modo la noche penetra la estancia más callada. Pero luego él me mira y la estancia desaparece. Desde la cachimba de abuelo el humo se vuelve claro y abriga y como la hoguera de calentarnos le da transparencia en su sillón abuelo se torna de humo mientras cavila. Sólo deja de mecerse cuando pasan los vigilantes.

Porque él lo sabe y no me lo ha dicho; todas lo saben y no quieren contestar a mi pregunta, pero yo sé por qué estamos aquí. Sí, papá se esconde. Al principio veníamos a diario, y con el disimulo de perseguir la tranquilidad del campo hace ya dos meses que estamos aquí. «En este tiempo La Laguna suena demasiado», dice y empieza a señalarme los distintos colores del ganado que pasta en la lejanía sumido en su apetito y en el atardecer. Y después repite: «en este tiempo La Laguna suena demasiado, y esto es

molesto, pues no le dejan a uno tranquilo. Ya tenían por costumbre no verme y mejor no los interrumpimos, ¿verdad?» Yo digo que sí con la cabeza como si le perdonara algo. Pero yo vi cuando llegaron a casa, antes de venir, don Pancho y otros señores. Hablaron con misterio allá atrás, en el cuarto donde nos ocultamos el día del «Golpe», cerca del de las cabras. Yo fui allí con Maruca a ordeñarlas con disimulo y hasta miré por una rendija, de un modo que poco faltó para que me vieran por un hueco de la pared. «La curiosidad es así», dijo Maruca, «y uno mete la pata cuando cree haber metido la nariz». Ellos hablaban de la necesidad que había de no exhibirse mucho para evitar requerimientos y para evitar «ras». Y se atravesaban el cuello con la mano en forma de cuchillo, con tal fuerza que columpiaban el asiento. Maruca me tiraba del pelo, pero yo le expliqué tomándola por la trenza que teníamos que saber de todo para así defender a papá en cualquier momento, y entonces ella, que no se interesa sino por Arminio, su novio, y por eso la castigan y hasta una vez le cortaron las trenzas, ella entonces me daba golpecitos en la cara para que me apartase. Y todo quedó como un juego. Por fin la ayudé a ordeñar, pero aquellos señores tenían una voz parecida a la de los que pedían silencio en el juicio y también a la del que golpeó sobre la mesa para indicar que aquello se había terminado. Mi atención se despertó más, hasta que en un momento en que hablaron del juicio confundí lo que decían y creí que era de nuevo aquel día, y oí los martillazos del presidente sobre mis ojos. Ellos estuvieron hasta muy tarde. Luego acordaron salir juntos y procurar que nunca se supiera que don Pancho había contribuido a su libertad, por si alguna vez era necesario usar de nuevo su facultad de alcalde, por lo que yo hubiese querido subir a sus muletas, como una arañita, y acariciarlo. Don Pancho tenía un hijo que le mataron los moros. Siempre que se calla sus ojos se entristecen, y como después cojea al caminar, parece que cojea desde los ojos.

Cuando Maruca acabó de ordeñar, me acurruqué en un

rincón para escuchar más. Papá prometió aislarse y señalaron como punto apropiado El Barbado, la finca de abuelo, donde estamos ahora. Yo procuré entrar en ese momento y aparentar que solamente había escuchado lo último, y entre miedosa y asombrada me empiné a abrazarlo y dije: «papá, yo iré contigo», y él respondió sí con la cabeza y me apretó mucho contra su pecho, y todos a la vez dijeron sí guiñándome el ojo. Así sucedió todo, pero que yo no quiero preguntarle por qué estamos aquí tantos meses, porque papá en este tiempo está desconocido y cambiado. Duda de todo y cree que van a atacarlo desde cualquier parte. Ignora por qué huye de las calles de La Laguna. Alguno dijo allí: «mejor por ahora dejas en paz la memoria de las gentes», y añadió que algunos amigos le habían sido desleales y que la traición era un problema de obediencia y de costumbre. Yo no entendí, pero papá respondió: «claro» de una manera natural y dijo además que «era comprensible que se hubiesen portado así porque sólo hacían defenderse de su conciencia». Yo no comprendí estas palabras, pero me gusta escuchar cómo se entienden con naturalidad, cómo entre todos pueden fabricar una idea para salvar a papá de la persecución. Por fin se marcharon todos silenciosos y papá le pasó los pestillos a las puertas.

Aquí cuando llueve la tierra se pone tan arrugada y triste que da espanto. Uno no sabe a dónde mirar, tiene la impresión de que el aire va a faltar. Además la entrada se pone fangosa y los pajaritos no pueden volar debido a la fuerza de la lluvia que les impide abrirse paso. (Mamá y tía no podrán traer a Chicho.) Aunque el agua entre las hojas parece levantar un gran pájaro que golpea y llega a herir los oídos. Luego cesa la lluvia y el viento recorre los tejados de zinc y uno siente su peso en la cabeza. Me gusta entonces mirar hacia abajo en un barranco vecino y pensar que papá no estuvo allí entre los objetos podridos que el viento mueve; que nunca estuvo allí muerto. Corro donde él está

y lo contemplo durante mucho rato con placer; «papá está libre, a pesar de todo está libre», hasta que lo digo en voz alta. (Porque él parece que todavía ignora esto, como si alguien le prohibiera estar libre, y por eso se esconde más. Al menor ruido se mueve a todos lados, como si lo llamasen las ventanas, las paredes de madera al crujir o el retrato de abuela que mira desde su sitio. Luego se tranquiliza y me sienta en sus muslos, apoya su mentón en mi oreja y se queda pensativo. Yo escucho que papá respira como un reloj y da horas temerosas en mí.)

Después juego con Ñeca. Le ablando un ojito con el pincho de rajar la tea o le arañó la frente hasta formarle arrugas que copio de las mejillas de abuelo, parecidas a cáscaras de papas guisadas. Luego la mezo con fuerza de la cabeza a los pies y de los pies a la cabeza para que haga «aaaaaaa» como si aquello le doliera. También a mí me duele algo adentro y de este modo ella grita por las dos. Entonces siento paz, hasta que vuelve de nuevo la inquietud cuando las ruedas de los coches chirrían sobre las piedras del camino cercano a nuestra vereda o algún mulo al pasar mueve la enredadera del enrejado a la entrada.

Yo no deseo volver a La Laguna sin papá. Aunque pierda la escuela. «Tienes que olvidar aquellos días y acostumbrarte a no mirar así. Has de sentirte de nuevo una niña», dice, porque me fijo mucho en él. «Papá de telaraña y telaraña», quisiera yo entonces responderle. «Papá de telaraña.» Entonces se forma una dureza debajo de mi frente, siento aquel pasillo duro que comenzó en mi traje de lino el día del «Movimiento» y por donde papá marchó a esconderse en la guerra.

La guerra. En El Barbado también anda y es como un tonto que mira desde todo el cuerpo sin saber dónde, que mira porque tiene ojos. Desde que estalló habita con nosotros en el lugar que estemos.

«Algo hay que entomarle a este jijo pa que vuelva a su ritmo», dice abuelo, y se aprieta a la guitarra y crece hasta la ventana de cristales quebrados entre las folías y la tiniebla. Y agita las cuerdas igual que allá cada noche lo hacía al son de la avena, de tal modo que la avena parecía un instrumento mientras vaciaba el tazón. Y entonces todo era dulce, reunidos esperando que sonara y sonara el canto, hasta tener sueño. «Abuel, ¿me duermes, me duermes, abuel?» Pero él ahora respira su cuento sin tazón. En vez de la leve avena le arman un potaje azulado que para todos hace la campesina que cuida de la finca. Y la guitarra en las manos de abuelo sólo busca el fondo de papá como si él fuera Chicho y tartamudeara. Si aunque sea dijera: «ma-ma-ma». Pero mira hacia el final de la huerta y vigila a ver si lo vigilan. Y nosotros, mirando a lo hondo de papá, también vigilamos.

Por los trastazos que da el viento en los bordes del zinc la extraña guerra vuelve al oído y aturde la guitarra. La guerra está en las manos de abuelo y él quiere pulsarla. Todo da vueltas, la vela se derrite. La sombra de los muebles forma en la pared rostros grotescos y garras y también nuestras sombras forman allí huecos y se protegen. El sillón de papá se mueve y entonces hay una alarma en la pared, como si aves misteriosas tropezaran allí de pronto. La guitarra es la guerra. Abuelo es la guerra. «Papá, ¿oyes el largo tren lisiado en el espejo, oyes la embarcación en el espejo? Míralo volverse oscuro, ¿ves, ves?» Y para escuchar cómo él dice sí, abuelo se mece y muda de sitio las sombras en la pared. «Abuelo, las sombras; el humo de tu cachimba las aparta».

Desde allá el barranco ha venido y suelta sus pelotones. No mires, no mires. Es el barranco que cruza y explotará. ¿Viste, viste atravesar los ojos de tu amigo Vitoriano, él que cantaba en las rondallas? Parecían dos marionetas, dos cáscaras, dos trozos del dril que usa tía en los calzones.

Eran feos y ya no miraban. «¿Cuándo los tiraron al barranco?» El barranco tiene un guardián que los apaga. No los riegan y ellos se secan, se secan como los helechos, papá. ¿No te encandilaron las lechuzas al pasar? Eran de madera y volaban. ¿Quién se ríe con carcajadas? Allí lejos los niños no existen. Desde aquel día los niños no existen debajo de la luna y yo nunca más seré una niña. ¿Ves doblar aquellas aguas? Alguien aplaude desde los tejados de zinc, desde el agua. No, son latigazos y un pensamiento fijo que se abre y se cierra como una boca desde la mano de abuelo. Abuelo, ahora entiendo por qué tú sabes tanto y has crecido poniéndote con arrugas como si fueras una quemadura grande. Cuidado con las sombras, cuidado, y con el pedazo de pan duro. Nadie cuida tus patatas ya. Los rábanos se pudrirán, los helechos se pudrirán y no tendremos nochebuena. Papá. ¿Quién es, papá? ¿Es un helecho, es una aguja? Alguien nos empuja y nos quema. Hay que colgar los surcos de una varita mágica para que el centinela los riegue y papá coma. Cuidado, que está cayendo la lluvia roja. El corazón de abuelo se ablandó. Ponte aquí debajo; aquí, en la pared, donde hay sitio y nadie vigila. Oye, las sombras se clavarán en tu espalda, cuídate. ¿Qué avión? Nadie tiene un avión. Arrópame en la guitarra, abuelo, en la guerra; hace frío, hace miedo. Nadie tiene un avión. Yo vi la tierra cuando se abrió para escondernos. Los niños tienen peligro, no los dejan estar solos en su vestido de lino; el tejado de zinc se cae. Papá, yo dije que la guitarra se desplomaría ¿ves? Ahora con los pies rotos se tirará en el barranco, no tiene a nadie que camine por ella. ¿Ese ruido? Cuidado, abuelo, que viene una tropa por el árbol. Dáme unos zapatos, unos pies, ese ruido, ese ruido, ese ruido. Quiero orinar, quiero correr; suéltame, quiero quedarme. La ventanilla de cristales se ha regado en muchos pedacitos. El corazón de papá que estaba allí recostado ya no está, ya no está. Nos van a encontrar, corramos, corramos. En el barranco tenemos que escondernos. Allí está el hoyo, el guardián, la neblina. Nos haremos los muertos. Ven, más al fondo, más, más al fondo.

XI

Ha cesado de llover. Esta mañana vinieron mamá y tía. Chicho dijo al verme: «Chi-bi-ta, chi-bi-ta», palmeando de contento y papá lo acarició mucho, los ojos nublados. Vinieron para avisarle que lo buscaron en casa dos policías.

«¿Qué hacer», preguntaba tía, «si continúan persiguiéndote? Ellos dicen que Otero busca a todos los que tuvieron que ver con la República.» Y siguió diciendo que Otero es ahora el Capitán General, Otero el que mete en las prisiones y el que saca a medianoche de allí para matar. Papá la interrumpió con rabia, y también con temor. «Cállate», dijo con dureza.

Mamá miraba queriendo impedir la verdad, y sus ojos verdes otra vez se habían vuelto rojos. Ella tiene esos momentos de tristeza cuando no se explica nada, y mira de un modo como si tuviera otra garganta allí. Yo le oigo decir: «pobre Santiago, que esto se acabe pronto; no será nada; esposo mío, niños míos». Dice así y la siento fijarse dentro de los objetos sin hacer ruido, sin hablar. Por eso, cuando ella sufre el aire cobra dulzura. «Mamá, mamá...». Pero ella nunca me oye, mi hermanito habita más en ella y me la roba.

Han pasado tres días desde que mamá y tía llegaron. Hoy vinieron aquí dos guardias para llevarse a papá. «Los mismos que iban allá», dijo tía. Alguien les avisó que quizá

estuviera en El Barbado y han llegado hasta aquí a detenerlo. Sin explicaciones lo han tomado por un brazo y echando una mirada sobre todos han dicho: «es necesario». Y en medio de nuestro asombro lo sacan afuera. Repiten «es necesario» como si ellos estuviesen convencidos de eso y caminan queriendo desaparecer con papá. Desde detrás de un mueble yo los miro irse. Quisiera correr en todas direcciones a la vez. Abuelo mira y se sujeta la dentadura.

Todo ha sido tan rápido. Mientras nos asombramos ellos ganan el camino donde Yolí se adelanta para ladrar. Abuelo avanza y pide que lo dejen acompañarlos. Entonces ellos se detienen mirándonos y responden: «bueno, monten»; y nosotros obedecemos como si ése fuera el único deseo de todos. Perica cerrará la puerta. Tiene los ojos estirados y la boca encogida y no sabe qué decir. Cuando yo vuelvo a recoger la bufanda de papá, ella se acerca. «M'ija, ¿pa dónde se lo jieban?» Pero yo no sé qué decirle. No sé, no sé. «Se lo llevan, Perica» y me echo a llorar. Entonces recoge a Yolí que aún ladra y se arropa el rostro con él.

Mientras nos adentramos en el camino empiezo a sentir cuánto peligro hay y quisiera huir, huir de todos. Hasta llegar al «palacio de hacer Justicia» voy pensando en el modo de escaparnos. Ha de haber un modo de que se quede conmigo, aunque se lo lleven: lo que para mí no es el cuerpo de papá sino él por cómo mira y anda, por cómo es él, y no lo que buscan para llevarse, ese papá de la República que yo no entiendo.

El nos mira y mira a lo lejos la capital. Yo quisiera decirle que ellos no pueden hacerle nada. ¿Ya no fue «el juicio», ya no te salvaste en el juicio? «¿Quién es Otero para ordenar que tú no estés con nosotros? Quiero que no te marches más, que no te lleven a esconderte tanto tiempo otra vez.» El parece contestar: «no, nena, mi niñita». Y yo, al oírlo, me siento otra vez como si nunca fuera a crecer. Y quisiera que este camino de piedras no se acabara nunca.

Hemos llegado al «palacio de hacer Justicia». Hay mucha gente que entra y sale aturdida; algunos se pasean nerviosos y los guardias tienen en las manos unos palos negros «la porra, dice tía, la porra» y nos vigilan. ¿Cuántas puertas hay y también cuántas columnas antes de llegar a la gran escalinata? Tengo miedo, qué susto tengo. Y papá, ¿qué le harán, qué? Este edificio amarillo, por todos lados amarillo, no se parece a El Barbado de tierra, ni a mi casona, ni a casa-abuelo. De todas las paredes cuelgan armas. (Abuelo, tía, ¿quién inventó las armas?) Chicho llora sin parar.

Entonces vienen varios guardias y preguntan si papá es él, y quieren llevárselo. Los guardias me empujan, me separan con el fusil porque estoy abrazada a papá y digo que no se lo llevarán y les doy patadas y los araño y les doy puñetazos y no sé qué hacer. Porque ahora sí pienso que algo terrible pasa.

«Papá, no dejes que me aparten de ti, que yo no sé dónde irán a encerrarte. Malditos guardias, maldito Otero. Esta vez no, papá, esta vez no...» Pero los guardias me dan taponazos en la boca y papá dice: «niña mía, mi niña» con los ojos aguados, mientras se aleja sin mirarnos. Hasta que se borra.

Abuelo dice: «mi jija, es la Justicia» y mamá y Chicho lloran juntos. Yo no sé de «la Justicia», no sé nada de lo que dijeron en el juicio. Y no es Justicia llevarse a papá.

Pero hay que salir porque ya aquí no hacemos nada, hay que irse. Afuera, los policías rodean el edificio apoyados en sus fusiles y como miramos hacia arriba, a ver si papá se asoma por alguna ventana, ellos nos dicen como allá por el mar: «circulen, circulen». Mamá me toma de la mano y dice que es razonable entender las cosas como son y resignarse.

Me parece verlo allá arriba, colgado de alguna de las ventanas diciéndonos adiós. Y entre todos los hombres que pasan también me parece verlo y que nos sigue. Mamá dice: «niña, camina, mira dónde pones los pies» y me hace doblar por la primera esquina. Luego dice que hemos de traerle un colchón a papá porque esta noche dormirá aquí.

Pero ya no quiero saber más, ni pensar, ni tener oídos.

TERCERA PARTE

XII

Puedo ocultarme en el banco más oscuro de un parque y decirle al gato que llega a olerme mientras me enseña su pata como si fuera a raspar con ella la noche: «Oye, tengo garras más duras que tú para asustarte. Mira, te contaré. Son garras de zinc y de tinaja de agua y de hierro. Son unas garras que me salen lentamente mientras crezco y miro y tengo hambre durante dos años y mil años. Ellas pueden atrapar un árbol y chuparlo como un pirulí. Si te recuestas en mí, ¿no es igual que si saliera un barco? Pues debes sentirme una bocina y un olor a sal marina y a perro ardiendo. Por eso esconde tus uñas, tus pulgas, tu acecho.»

Qué importa el niño aquél durmiendo sobre la harina, sobre la ceniza, allí, en el portal, en el frío, y aquel loco que se traga los papeles y dice: «yo quiero ser un muchacho mudo». ¿Sabes tú? Cada vez que pienso en la niña que soy me vuelvo una roca dura y apesto. Odio de pronto las cosas que me rodean: una azotea, un compás, el almanaque, mis zapatos que me empujan al borde del barranco y allí estrujan mi cuerpo que entonces es trozos de cuerpo; y miro arriba y abajo y al fondo de mí hay un enano dando la misma hora, una hora que es movimiento nada más: se mueve, se mueve, se mueve. Y esto sucede cuando la cabeza me aprieta y entonces por allí es igual que si muchos animalitos más pequeños que tú caminasen pegados a la frente. Lo noto cada semana que cruzo el puente antes de tocar el muro

que dobla a papá. Entonces allí hay que ponerse en fila como si fuéramos a comprar carne o a recoger la libreta de racionamiento o a cobrar el subsidio; y es a visitar a papá, y cada uno allí va para estar cerca del suyo. ¿Tú sabes? es muy triste verlo allá lejos y no poder empujar y empujar hasta que la cola transcurra de una vez, porque todos quieren ser los primeros en entrar.

Odio todas esas gentes que pasan ahora y miran como si tú fueras un gato, aunque puedes no ser un gato sino Nito, mi vecino rubio o un gesto de mi mano o un hueco. Pero eres un gato y puedes existir más porque no necesitas oírte ni usar ropa ni conocer el nombre de las calles ni vivir de día. Gato asqueroso, ¿por qué te paras a mirarme? No comprendo tus ojos que se quedan ahí en el centro como si nunca más fueran a cambiar de sitio. Deben parecerse a dos muertos. ¿Conoces tú los muertos?

Deja que sigan caminando, malditas gentes, con sus vestidos nuevos y sus gestos inútiles. Tú eres libre, tienes pezuñas y nadie te vigila, tú no tienes cementerio como la gente, tú eres un animal sucio. Cuando te descubrí tenías hambre; pude encender una a una las luces de casa y asustarte y tener humedad juntos en el espejo descascarado del cuarto. Me sentía sola y tú también y llegamos a ser compañeros. Por eso ya no nos separaremos nunca, porque si me sigues no estaré sola. Dime, ¿no te gustaría repartir todo entre los dos? Alguien tiene que cuidarme mientras detesto la vecina gorda que ama al hombre viejo, oyéndolos siempre hablar del sexo a través de la pared, mientras siento hambre o tú no tienes casa en los tejados ni otro gato con quien compartir tus noches. Comparo el ruido que ellos hacen con otro ruido que está en mis oídos todo el tiempo, que suena tanto y entonces quiero saber qué es «el sexo» y destaparle «el sexo» a la casa y a mis oídos y quiero decir muchas cosas sin saber por qué las digo. Todo el mundo

habla, habla sin cesar, como la vecina gorda y el hombre viejo, mientras tú y yo estamos solos.

Animalito. Ahora yo dormiré en tu garganta y tú serás un duende, el de los cuentos que abuelo hacía, pues ya la guitarra siempre está colgando como un precipicio y abuelo es una albarda. Imaginemos que tú amaneces en la azotea de cristales mientras estás aquí. Tú eres de arena, un títere que se rompe, una salsa negra, un aro: eso es, un aro. Y papá, que ahora no vive, es una tubería, un pedazo de pan duro entre el puente y el muro. Gato, gato ¿lo sabes? Allá dentro la sangre se ha vuelto una paleta de cuero, como la de abuelo. Te llevaré a la tienda de paja para que conozcas una paleta, para que conozcas a abuelo.

¿Qué voy a hacer? Yo no sé. Te acercas con el lomo levantado a brindarme ayuda. Pero no hay nada que hacer. ¿Qué podíamos hacer tú y yo? Nadie le hace caso a una niña con un gato.

Me gusta mirarte. Tus ojos son un reloj. Si caminas solo, si no te molestan, das horas lejanas, lejanas y acercas una calle larga, un cuchillo, un «Golpe». Por eso y por todo (entre Otero y el puente y el muro me voy deteniendo para siempre), por eso y por todo odio este banco por donde pasa la gente y no sé de qué me siento culpable. ¿Qué has hecho tú por mí, qué ha hecho nadie por mí? Claro que no sabes, y por eso te pregunto, porque no quiero saberlo. Pues siento una rabia y unos deseos de correr y de cubrirme con algo y de estar muda ahí donde sea, para que no tenga más frío ni esté más sola. Porque tú nunca me dices «pobre niña» o márchate a la escuela o juega o hazme caso. Y sin que tú mismo lo sepas, puedo tocarte imaginando que eres un mueble o mi vestido o una arruga de abuelo, aunque ya el vestido esté roto y la arruga de abuelo sea un hoyo. Por

eso me dejas pensar mi pensamiento encima de ti que eres de garrapatas.

Gato, si tuvieras memoria recordaríamos juntos las navidades pasadas y cuando no quise entender que allí estaba Dios naciendo y me reía, y fui menos que las veces anteriores una niña, y cada vez lo voy siendo menos. Ahora llega otra Navidad y claro que no puedo creer que Dios nazca ni puedo irlo a ver siquiera, como él sea: de cartón o de garrapatas, ni puedo decir el bise-bise. Porque desde que papá no está nada está ni acierto a suponerme las cosas de algún modo. Aunque me acuerdo de otro diciembre en que todos estábamos juntos. Yolí raspaba el suelo y tía no creía en el daño y no había como ahora este olor en el parque, contigo que no sabes nada de Dios ni de papá.

Tú miras y miras como si supieras de cosas mejores más allá de aquí y como si en esos lugares que tú habitas no fuera necesario tener padre, sino que basta con mirar fijamente y que yo piense en que eres mi amigo.

«Quédate ahí, en la infancia. No deberías salir nunca. Sigue ahí siempre. Si pudieras quedarte», dice tía. Tú eres la infancia de un gato, yo la infancia de un niño. ¿Por qué tía quisiera que nos quedásemos? No quiero ser más la niña abandonada que soy. No te marches, no te marches nunca.

Odio este parque, tu sombra y la sombra del banco. Ustedes se desconocerían si yo no estuviese aquí. Porque tú siendo un gato y el banco siendo un banco, si yo dejara de estar entre ustedes, cada uno por su parte sería una forma sin importancia: un banco y un gato en el parque. Estando yo, algo entre ustedes se comunica. Aunque sería mejor, gato, que tú fueses el banco donde descansar lejos de la gente. ¿Es bueno descansar en ti? La calle podría ser tu

garra o mi frente, mi frente podría ser tu ronroneo y el recuerdo de papá podría ser el color oscuro de tu rabo. Yo también podría convertirme en un ojo tuyo y mirar y no mirar a la vez, como tú haces. Araña, fuego, fuego, polvillo.

¿Qué pasará allá lejos, en otro parque? Alguien se parecerá a ti o a mí, o a los dos juntos al mismo tiempo. Aunque lo que toco entre el áspero rabo tuyo y mi mano ya no eres tú, sino otro hueso mío, un gran maullido en mi garganta. Sonríe, anda, como papá sonrió aquel día en la escalera. Luego te comerás a ti mismo estrangulado por mí. Porque tú eres libre como papá no es y yo no quiero que nadie sea libre. Donde tú llegas con tu orín y tu bigote la yerba es dura, por donde tú andas todos están libres. Y yo, gato, oye, tengo tanto pan duro en las tripas que si me abrieras, si entraras, te parecería andar sobre un tejado.

Por eso, para vengarme, te estrangulo. Sí, ahora que me lamiste ya no puedes seguir siendo un gato. Hay enormes relojes que caminan en las torres mientras acaba tu ronroneo: ¿no lo escuchas, no? Ya no tienes cuerpo, ¿me oyes?, y el mío es de mentira. Ahora recuerdo que una fila de rejas se parecía a ti, un fusil que llegaba al cielo se parecía a ti. ¿Qué harás ahora que ya no estás?

Lo que pertenece, lo que no pertenece: basura, basura. Asfixio un gato porque no puedo apagar los mil ojos que saltan sobre mi almohada en el momento de dormir, cada noche, cuando quiero salvar a papá y no puedo. Los niños y los gatos ignoran la maquinaria de una cerradura, de un uniforme, de una guerra, de todo lo que es malo como una cerradura, como un uniforme. Las puertas no se gastan y papá ya nunca podrá salir.

Gato, mi frente se reposó en tu ronroneo. El jardinero mañana lavará la veredita amarga de tu cuerpo con su

manguera y en él respiraremos siempre, limpios y juntos.

Cada vez que esté sola vendré a cuidarte.

He reunido pedacitos de espejo en el hueco de una pelota que estaba entre las malvas del jardín, y que seguramente había sido lanzada desde la calle por algún chico. Allí me he mirado durante mucho rato. Y he sido otra. Hacía girar con un dedo las rajaduras del espejo y así fui de cien modos. Mi cara se cuarteaba, estaba antes y después, se partía allá lejos y detrás de mi pelo, entre la carrera de las otras que jugaban al baloncesto; extrañas formas subían de mis dedos que alargaban rayitas, rajaduras, montoncitos de rayas como si fuera musgo. Parecía que llovía y hasta que se formaba niebla en el agua del espejo. Después el balón golpeó mi espalda y caí sobre aquello roto y me rompí un labio. (Lo hicieron adrede, adrede. Ellas no me dejan jugar mi juego. Si vamos a recreo yo quiero quedarme quieta, que no me empujen. Pues si corro con ellas pienso que me persiguen y me caigo; siempre igual, me caigo. Yo no quiero jugar al balón; cuando lo agarro pienso que estoy ridícula, y si lo tiro al cesto nunca cae dentro, y si lo arrojo a las otras también creo estar ridícula y que las voy a golpear en la nariz, donde dicen que hace daño golpear y que van a morirse. Luego el muro altísimo donde hacen rebotar la pelota me da miedo. Y si se les antoja jugar a la rueda, ellas insisten en ponerme al centro y esto me atemoriza y creo que se burlan, porque insisten en taparme los ojos a lo de la gallinita ciega y a lo de escoger «¿quién soy, quién soy?» y si no adivino todas se ríen llamándome «gallinita, gallinita», y claro, yo no me siento tal cosa, sino que siento la burla, la burla. Y me parece que quieren atraparame. «Me saltarán arriba, me atraparán», y debajo del pañuelo abro los ojos y las veo a todas cerca, cerca. Y extendiendo los brazos y grito y empujo a todas y salgo huyendo, huyendo y gritando que

no, que «no lo conseguirán, no lo conseguirán», que yo sabré esconderme en un sitio. Pero como en el fondo no sé dónde y se me olvida quitarme el pañuelo, me caigo en la escalera de piedra que da al pasillo alto. Siempre tropiezo y me caigo, y cuando alguna se acerca a preguntar si me hice daño yo me abrazo a ella, y las demás no entienden de dónde parte mi temor ni que él me haga llorar. Entonces se ponen también a tener miedo de mí y se vuelven mis enemigas y, cuando ya me quitan el pañuelo y me levantan, estoy tranquila, queriendo pedirles perdón. Pero tampoco esto lo entienden, y me quedo muda y solamente abro los ojos y las miro para que se callen, para que no digan esa frase, esa frase que un día Paca descubrió y todas aprobaron a una voz con la frente: «te sientes acorralada», y que ahora la varían y dicen: «otra vez te sientes acorralada». Y como todas lo saben, pues ya no es Paca, que es mi amiga y no lo es, sino Rita (la que me quiere quitar la nota siempre) y Minerva y Carucha, que es tan zumbona, y hasta Brígida ya la sabe, ella que tiene piojos y apenas habla, aunque si alguna vez dice algo es más dura que las otras. Entonces, cuando me atrapan, no veo sino el uniforme gris que llevamos y todas se vuelven una tapia y no me dejan pasar a ningún lado. No sé cómo decirles «quítense». Hasta que las aparto con toda mi fuerza y me voy.)

Por el camino me encontré a don Rafael que estuvo observando todo lo que pasó. El hace que me encuentra por casualidad y al principio yo creía que era así. Pero luego me fijé en que cada vez que salimos a recreo él se para en algún rincón de la baranda a espiar lo que hacemos; si se aleja, alguna vez, es para disimular, pero siempre vuelve. Y él, que repara en todo, quiere comprenderme poniéndome una mano sobre el hombro mientras caminamos a lo largo del pasillo, y así vamos hasta que yo sonrío, lo cual hago no porque lo desee sino porque sé que él espera esto de mí, para así demostrarle que su mano sobre mi hombro da alivio, que ella entra en mi cabeza y la calma. Después, cuando él sabe que no me siento sola ya,

se aparta, entra al comedor, al despacho, a cualquier pieza del colegio. Y yo, como si estuviese todavía junto a él, sigo por el pasillo, a toda prisa. Hasta donde hay ventanas y puertas.

No entiende. He tratado de explicarle, pero mamá no entiende que para mí es vergonzoso cargar con el paquete de víveres desde la tienda hasta casa. Allí hay que pedir una y otra vez las cosas y rogarles que echen un poco más de azúcar y preguntar por qué el precio del jabón ya no es el mismo siendo la cantidad la misma, para luego saber explicarle a ella, y esperar a que arranquen los cupones de la libreta de racionamiento y por último ponerme colorada y tartamudear y torcerme las uñas contra el mostrador antes de confesarles que esto lo pagaremos después, la otra semana, y que lo atrasado, la entrante, la que sigue, y ver que ellos ponen mala cara y me hacen esperar dejándome para la última, porque habrá que buscar el folio que corresponde a esa cuenta tan larga. «Es natural que vayas, niña, yo no puedo ir», dice mamá cada mañana, y para eso me despierta una hora antes de irme al colegio. Y durante esa hora yo sufro, y sufro por la noche antes de dormir pensando en esa hora en la tienda, aguardando temerosa un momento en que nadie mire para acercarme al tendero y agarrarme con fuerza al mostrador, empujando todo lo que pueda, para decirle mi secreto, esa larga mentira de todas las semanas, y decirlo sin que se oiga, para que los demás no miren, y hacerle creer a un mismo tiempo que yo no sé que es una mentira, que esa cuenta no podrá pagarse hasta que transcurran muchas semanas y papá esté libre de nuevo y viva entre nosotros. (Me parece que ésa es la única manera de que él viva, porque estando allí, en la prisión, está muerto, muerto). Yo quiero explicárselo todo a mamá, explicarle que ir a la tienda me hace pensar en no ir más a la tienda y a su vez esto me da vergüenza porque siempre habrá que ir y en el trayecto me ven los otros niños y se ríen, siempre

se ríen de que yo pueda cargar esos cartuchos, los más sucios, que son los que me dan; y también a veces las papas las envuelven en un saco que está roto y las papas se caen en el trayecto. Por todo esto, como la cara se me esconde detrás de los bultos, los chiquillos me dicen el mote de «cara de cartucho, cara de saco», hasta que lloro con el rostro apretado contra los víveres.

Pero ella no entiende y entonces se pone trágica y dice que yo soy la mayor y que ella no tiene quien la ayude, que mi deber es ayudarla «porque soy muy desgraciada con Santiago en la cárcel», como si yo también no lo fuera. Y dice de nuevo la historia de que nosotros vivimos de milagro, «pues don Leoncio paga igual que si papá trabajase, pero eso no da para nada y además él, que es el dueño del periódico, puede dejar de pagarnos y entonces qué nos vamos a hacer, qué nos vamos a hacer». Y repite mientras desayuno que ella está aburrida y que ella es sola para todo y que es terrible, terrible para ella que yo no comprenda a pesar de mis años, y que es hora de que comprenda. «Sí, ya es hora» y me da con la mano en la frente como si quisiera empujarme a «que sea hora», y mientras yo trago la leche habla del hermanito, que tía lo está criando, y dice que esto también es una desgracia, que es atroz «que uno no pueda criar sus hijos» porque la vida cambió y hay que resignarse, y que si no la ayudo no se resignará «y me muero, me moriré». Entonces se tira del pelo con fuerza como si tirase de las palabras «mala niña, mala niña». Yo me asusto, paro de tragar y me agarro a una de sus manos llorando porque tengo miedo de que mamá se muera. Así ella se calma y me obliga a desayunar, hasta que llega un momento (siempre se pone a esperar ese momento) de yo tenerle mucha lástima y de necesitar decirle «mamáita», y creo que lo digo. Después ignoro lo que sucede. Me quedo atontada, miro a la ventana y la confundo con mamá o imagino que ella es la puerta de salir y quiero cruzarla, tropiezo con ella

y me voy aprisa. Antes de irme le doy un beso. Pero acabaré por no darle un beso.

Hoy el desayuno estuvo amargo. Al doblar la esquina me encontré cinco céntimos. Compré un pirulí y así no lloré. Mientras lo saboreaba corrí sin pararme hacia el colegio. Pensé en mamá mientras corría y en que era una suerte haber encontrado cinco céntimos. Me caí y todos miraron. Pero en seguida me levanté con disimulo recogiendo una piedrecita y jugando con ella. Luego empecé a caminar despacio. «Soy torpe, soy torpe». Me dolía la rodilla y quise pensar en algo para contentarme. «No importa, no importa, mañana es jueves, mañana es día de visita».

Y en el colegio esta mañana fue para mí una jornada de tener mucha memoria y contestar todas las preguntas.

Iremos allí como cada jueves. Veremos a papá y recogeremos el saquito de pan duro que él nos guarda. Siempre es así. Caminar desde donde vivimos ahora, a través del largo puente y el sol quemando el cuerpo, y cruzar luego la plaza que se llama de la Paz y, por último, el largo muro donde el sol quema más, bajo la vigilancia de los centinelas desde donde papá no se ve. Siempre igual. Lo demás, el momento de vernos, acomodarnos allí como si fuera un placer, sonreír y dar vueltas y otra vez hacer fila, para quedarnos mudos, inmóviles, mirándonos, mirándonos. Hasta que ya nos acostumbremos, sin palabras, sin esperanza de que pronto no sea más así. Cuando no nos ocurre quedarnos sin visita porque la cola marcha con lentitud, y tenemos que regresarnos sin ver a papá.

Ir a Faife cada jueves imaginando que es la montaña donde papá se adelantó para encontrarnos un buen sitio a la sombra. Pero no es la montaña, es Faife. Y la sombra es papá, y ya no hay un sitio en él para descansar. Se ha vuelto

un filón, una mancha de listas. Al ver que nos acercábamos, mamá con Chicho a cuesta y yo, él se estira y tiembla como si fuera a derramarse. Pero cada vez creo menos que ese movimiento débil y liso sea papá.

Algo dentro de mi cabeza se aprieta y se afloja. Busco asiento en una plazuela y me suelto las trenzas. Paca me prestó el libro de historia hasta las cinco. Allá viene Titico. Va a cruzar y se burlará de mí. Siempre reúne a los chicos para tropezar conmigo y todos se ríen. Si viene solo debo esconderme. Me llamará «gata». «Fijas los ojos como los gatos y entonces parece que no tienes ojos.» Después no parará de mirarme y no doblará la esquina hasta que yo desaparezca. Así se estará con las manos en los bolsillos como si allí algo le picara. Nunca he querido entender lo que hay allí. Pero cuando él se me para delante sin dejarme pasar, aunque mire a los lados yo noto el movimiento de sus manos, y me da asco y me entran ganas de escupirle. Y cuando llego a casa busco en ese sitio de mí, palpo, para saber lo que él sintió. Entonces me da como una corriente en todo el cuerpo. Esto sucede más cuando regreso de ver a papá. Entonces me siento sola, como si nada ya existiera. Recuerdo que una vez Samarina quiso comparar ese sitio de mí con el de ella para saber si eran iguales. Mamá nos descubrió y le dio un empujón a Samarina, y a mí me encerró en la alacena y un ratón me atravesó la pierna sin que yo pudiera moverme, y chillé, pero mamá no vino. Luego quise explicarle que Samarina había querido saber si éramos iguales; pero ella se hizo la sorda. «No entiendo de cosas feas, malcriada.» Y desde aquel día nunca quiere besarme. Se fija en mí de pronto como si todavía estuviera asombrada por aquello que vio. Y yo no tengo culpa, no tengo culpa.

Odio a Titico que me recuerda a Samarina. Odio a mamá que nunca más nos dejó reunarnos.

Abuelito ha venido esta mañana a vernos. Tenía bastón nuevo. «Me lo trajo don Eutimio», dijo. Como salimos a pasear por la plaza del Príncipe, él, para hacerse el elegante, alargaba el paso. Y como abuelo sin bastón no es abuelo y los dos ya se parecen, con el sonido de madera nueva también él parecía nuevo. Debajo de los árboles en seguida es fácil estar contentos. La banda de música tocaba en la glorieta y abuelo me dio palmaditas en el rostro. «Escucha, son compases de mi tiempo». Y hacía como si engullera las arrugas. «Ahora los compases siguen nuevos y yo soy ya viejo...» Y abuelo tarareaba el son revolviendo en el suelo las hojuelas con el bastón. «Oye, oye». Pero yo sólo escuchaba el crujir de las hojuelas. Luego me compró helado y me dejó subir en la noria. Cuando anochece regresamos. Abuelo me cogió de la mano. Recorrí con la punta de su bastón el enrejado que rodea la plaza. Con ese ruido me pareció abrir muchas puertas. Cerré los ojos en la mano de abuelo igual que en una caparazón. Pensé en un barco y en una larga distancia. También pensé en Chicho, chupándose el dedo y en la tinaja de agua. Al fondo de su mano se está bien. Algo se alivia en mi frente.

Ahora quiero dormir y no podré. Desde que papá no está, mamá me hace dormir en esta cama ancha donde los dos se abrazaban y yo los oía. Conmigo aquí, la cama no se moverá nunca como antes provocando mi rabia en el cuarto de al lado. Sólo que me doy cuenta cuando ella lo extraña por el modo de cubrirme a veces con su pierna cuando está dormida, como si quisiera que yo fuese papá. Pero yo también quiero que ella sea papá.

Me han regalado una tortuga. Paca querrá saber por qué no voy a su casa ahora. La mujer del inglés que vive al doblar la esquina me la ha regalado. Es un animalito pequeño y duro que dan ganas de sembrar. Sus ojos son diminutos y con una rayita negra al centro que mira fijamente. A

veces duerme de un solo ojo y el otro se vuelve un charquito de agua que no cesa de velar. Tocándola, uno se siente vivo. Porque vigila de un modo desde su carapacho como si tuviese que anunciarnos algo. Me apena cómo debe pesarle la espalda y al esconderse se clava tanto en ella que pienso que ése es su silencio para trabajar en el dibujo de su barriga, que siempre parece continuar. Cada día es más hermosa y yo aprendo de ella a estarme quieta y a mirar de frente. Otras veces, al dormirse, se pone de una manera, como si fuera a danzar. Y cuando regreso del colegio todavía sigue mirando para el lugar por donde yo salí, como si me esperase. Es tan humilde y cargada de ella misma que yo creo no podría llamarse sino tortuguita.

A Paca no le gustan las cosas que a mí me gustan. Al verla seguramente dirá que mi animalito es un número, pues para Paca todas las cosas tienen un signo debajo siempre, aparte, y entonces les busca un parecido. «Yo soy un guión, tú eres una sombra de guión; yo soy una petisa...», y se mide con la mano. Luego dirá que la tortuga es semejante a una moneda que ya no tiene uso, o que es un pedazo de tronco o una flor que se ha secado. Pero a mí me enternece y yo quisiera que nadie más tuviese tortuga. Tenerla para mí sola, para mí sola, como si ella fuera mi invención y apretarla hacia adentro, hacia adentro, hasta que parezca una piedra, y que nadie la conozca para que nunca me la quiten.

Hoy he llorado como cualquier niña que tiene vergüenza. Era la fiesta del colegio y durante todo el tiempo tuve que hacer ruido con mis zapatos de madera. Parecían dos zancos, parecían dos carpinterías. Pero había que llevar zapatos blancos, pues era día de gala y mamá no tenía suficiente dinero para comprarlos de suela. ¡Qué rabia, qué rabia! Mientras caminaba, en la comedia que representábamos, sonaban, sonaban, y todos allí miraban para mis pies y se

reían. Entonces olvidé cuanto tenía que decir y en mi garganta se hizo un vacío donde había una carcajada sin fin. Hasta que sentí dolor en todo el cuerpo. Eché a correr por el pasillo. Y los zapatos se levantaban detrás de mí empujándome, como si ellos fueran yo también. Yo era aquel estruendo, aquel tambor, aquel derrumbe. Qué larga la baranda. Mientras avanzaba ya no tuve miedo y fui deteniéndome poco a poco, hasta llegar a la enredadera. Me dolía de la cabeza a los pies. Me enjuagué el llanto con la falda y cerré los ojos. En ese momento unos pasos se acercaban. Era don Rafael. El siempre camina en silencio y vestido de negro. Para secarme la cara me colocó debajo de su barba, donde es tan viejo. Allí es lo mismo que encerrarse en un cuarto a estar tranquilo. Me parece ir viajando por un árbol. Dijo: «vamos, nenita», igual que papá dice, y después me leyó en voz baja unas meditaciones. Era como si me entrara luz por los oídos. Me puso en sus rodillas y entonces descansé de los zapatos.

Tía trajo a Chicho enfermo de difteria. Está hinchado y es terrible verlo tener ese dolor sin quejarse. En un día se le ha hecho una arruga desde la frente hasta la nariz. De vez en cuando grita y se araña, por lo que hay que atarle las manos. Entonces se queda quieto, quieto, y nada de él se oye. «Hermanito». Luego el médico prohibió que me acercara «porque esto es contagioso». La hinchazón le ha cogido los ojos escondiendo sus pupilas. Creo que está ciego. Cuando lo dejan solo voy hasta allí, le desato las manos y lo arrullo bajito, hasta que él se abandona. Entonces su arruguita hace una señal de volverse más suave y yo entiendo que él todavía está vivo. Pido a Dios que reparta eso que le duele entre los dos. Mamá dice: «no es posible, no es posible», y no suelta ni un minuto las medicinas que él no quiere tragar. Papá Chano, el médico, no sale del cuarto. Como no habla, yo pienso que es difícil salvarlo. Le toma el pulso, lo tantea, prueba a abrirle la boca con dos arcos y a que beba

de los pomos de medicina. Pero Chicho babea y da un chillido, siempre el mismo, y marca más la arruga. Debajo de su hinchazón nadie sabe si él duerme o si está yéndose.

Chicho se fue. Aunque vigilamos toda la noche. Lo supimos porque de pronto ya no fue un bulto, sino que empezó a hundirse, a consumirse. Ahora ya no respira. Pienso cuánto habré de extrañarlo. «Hermanito, si nunca te conocimos, si nunca hablaste».

Tía está doblada sobre el banco y se cubre los ojos con el pañuelo. Ya están cansados de llorar. Mamá se ha quedado tiesa, tiesa, al fondo del espejo. En su barriga está Chicho dormido, dormido desde que nació. (Ves, mamá. Ahora te pareces a ese niño muerto.)

En la ventana es de noche todavía. Abuelo ha regresado. No quiso ponerse a llorar sin estar papá. El trae la noticia. Papá no está en Faife. Esta mañana lo llevaron al campo de concentración a trabajar forzado y lo han incomunicado. «No es posible, no es posible» Santiago debe estar aquí, hay que enterrar al niño y mamá mueve con su cabeza las palabras y llora. Papá no puede oírla.

Recuerdo aquel gatito que enterré, lo recuerdo bien. (Hermanito, no puedes andar lejos; tú nunca podías irte muy lejos cuando te perdías. ¿Querías tú perderte? Papá no podrá venir a verte, debes saberlo, no vendrá más. El sí está lejos todo el tiempo ya igual que si estuviese muerto y más que tú, porque no pensamos que es así y lo esperamos siempre. Ni él ni tú volverán. ¿Puedes oírme, ahora que todavía no hemos abierto el cuarto, que no te has enfriado y nadie se atreve a cerrarte los ojos?)

Han entrado muchos vecinos. Mamá tiene un ataque. Es la primera vez que la veo así. Tía la calma dándole golpes

en la cara. A ella sólo le tiemblan las quijadas. Abuelo me lleva hasta la cocina a traer agua y acariciándome los hombros y dándome golpecitos me invita a ser valiente prometiéndome para los próximos domingos paseos hasta el mar, en tranvía.

Ahora disminuirá de cupones la libreta de racionamiento.

Suñe que iba subiendo una montaña porque necesitaba mirar hacia abajo. Una niña coja me salió al encuentro. Llevaba una muleta que sonaba sobre la yerba como si la yerba fuera de cemento. Ella me tomó de la mano y me dijo: «mira, están allí». Su muleta retumbó en mis ojos, que empezaron a dolerme. Al acercarnos hallamos una anciana que tejía un cubrecama. Yo la señalé diciendo: «está torcido» y ella contestó: «lo sé, pero es que me aburre que siempre sean cuadrados». A su lado un hombre lanzaba flechas. La niña coja preguntó: «Abuela, ¿no ibas a pedirle algo?» señalándome. Y la señora paró de tejer y dijo severamente: «no, esa niña nunca podrá darte nada». Después la niña coja bajó la cabeza y me señaló amenazante. «Lo sabía, lo sabía, vete», dijo, y se alejó cojeando. La yerba sonó otra vez y de nuevo los ojos me dolieron, como si la niña caminara allí dentro. El cubrecama se alargaba más. La señora sonrió. «Lo acabaré, lo acabaré: es necesario ocultar toda la montaña». Pero entonces el tejido se enredó alrededor de un poste gigantesto. Toqué al hombre que lanzaba flechas y le dije: «mira, mira, atravesó el poste», y con la mano me puse a borrar en el aire aquel hombre mientras la anciana repetía, apuntando hacia el poste: «parece un ser humano, parece un ser humano», dejando de tejer. Vi que él salía huyendo y gritaba: «sí, de los de antes, de los de antes», muchas veces, hasta desvanecerse. En ese momento, la niña coja se acercaba llorando, con la muleta amenazante. De pronto, yo era la niña coja sobre la yerba cuando mamá me sacudió para despertarme.

Es en caravana como hay que ir al Campo de Concentración. Conté treinta y luego cuarenta personas. También había cinco perritos, muchos niños. Chicho no estaba y nadie se daba cuenta, pues no era allí donde faltaba sino en nosotros. Ya mamá no lo cargaba y era igual que si se hubiera quedado sin un brazo (ellos que siempre eran uno). La empujaban de un lado a otro y fue necesario llamarla y llamarla para que no se extraviase. Todos hablando a la vez formaban un murmullo extraño. Yo pregunté a abuelo el significado de «campo de concentración». El no supo explicarme, pero recordé cuando yo estudiaba cerca de papá que él me revolvía el pelo con la mano diciendo: «concéntrate, lee con atención, concéntrate». Y luego me besaba el cuello, agregando: «hasta aquí debes llegar», señalándome el final de la página, y otra vez repetía la misma palabra: «concéntrate». Pero no creo que aquello que no comprendí sea igual que esto que no comprendo. Esto es un camino largo en la misma dirección que no llega hasta el cuello, que no llega al final de nada, que no se sabe a dónde llega.

Llevábamos caminando más de una hora por aquella tierra empinada, con un par de guardias relevándose en cada curva y así hasta Los Rodeos, para que no nos desviásemos, como si nos hiciese falta otra cosa que acabar de llegar. Además, toda aquella bulla a la vez porque todos querían saber lo mismo. Y mamá se tocaba el pecho con fuerza, como si se registrara al quedarse atrás. Y yo no entendía que aquello se llamase ir al «Campo de Concentración», que se llamase así a caminar de aquel modo, apretados y miedosos de llegar y también de no llegar. Al descubrir el campo me di cuenta de que no era igual a un día de visita a la prisión para estar con papá; allí no conocimos cuál es su dormitorio, ni hay manera de acercarse nunca como entre las rejas del locutorio. Era la hora en que regresaban de trabajar. Venían sudorosos y cruzaban al otro lado de un sendero enfangado. Entre papá y nosotros había anchas verjas con púas y también todo el fango por donde pasaban unas carretas, rodeadas de largas varas, que

tiraban bueyes y caballos. Fue difícil vernos porque no les permitieron detenerse. Los perros ladraban. Yo me apreté a las púas, de tal modo que cuando quise saludar a papá con la mano solté sangre. Debajo de los árboles y entre el bulto de las carretas y la distancia su cara y el azadón que llevaba al hombro se parecían. Y mamá se parecía a las verjas, y abuelo se parecía a los caballos porque reconoció sus albardas y dijo: «son mis albardas». Yo no supe qué hacer al verlo y le indiqué por señas que Chicho no pudo venir. Luego imaginé sus piernas cansadas y me dije que hoy no hubiera podido cargarme.

Tía quiso traerme a La Laguna para tomar unos días el lugar de mi hermanito. Al principio de llegar no supe sino buscarlo. Me acerqué a la tinaja y metiendo las manos improvisé ruidos. Vino a la memoria entonces su modo de chuparse el dedo. Al fondo vi su carita desbaratándose con el movimiento del agua. Después se me olvidó cómo era. Para conformarme pensé que nunca estuvimos verdaderamente juntos. Cerré los ojos y no quise llorar. Ellos están muy tristes. No comen y tienen ojeras de recordarlo. Abuelo ha dejado de coser albardas y se pasa las horas hablándoles a sus clientes «de la vida». Si no, empieza a trazar figuras con una pajita sobre el cuero húmedo o a hurgarse las orejas, muy callado. Después da una vuelta por la tienda como si persiguiese un ratón y escarba la paja hasta que encuentra cualquier cosa: un pedacito de cuero o el mango de algún juguete de Chicho que mira largo rato. Luego se sienta tranquilo mirando la paleta con curiosidad. Desde el tinglado lo observo. Trato de acariciar a Yolí de la manera que Chicho lo hacía: mirándole los ojos, como si de este modo se entendieran o tirando una y otra vez de su bigote para que fingiese con graciosas muecas que iba a comerlo. Al fin abuelo se levanta agitado como acordándose de alguna obligación. Por el tinglado da conmigo. Le explico que ellos se divertían con esto, pero que ahora Yolí está flaco,

no juega y gruñe como si protestara de que lo toquen. Y abuelo refunfuña también y patear el hocico de Yolí hasta hacerle enseñar los dientes y apartar humilde los ojos, como si temiera morderlo. «Se pone viejo el confiscaio, fíjate en el hocico que se le va cayendo. Todo el día gruñe, masculla, se encoge. Pronto habrá que enterrarlo». Y se aleja por el patio para echar de comer a las cabras y a los conejos. Pero yo comprendo que Yolí extraña a Chicho como todos, que ya nadie lo atiende igual que antes y que también mi mano ya está seca y no sabe acariciarlo. Aquí todos se han vuelto ásperos a causa de estar inseguros. Es difícil decir las cosas como son y entonces entre unos y otros se crea una confusión que es la sombra de todos a la vez, la sombra desconocida de todos.

Ahora Yolí se ha ido. Pero sin las patas y sin el tinglado; su lana fría hasta la nariz y la boca abierta. Esta mañana al levantarnos estaba muy callado. Un camión lo había herido y nadie lo supo hasta ver la sangre atándolo como una soga al destiladero. Babeaba aún y sus orejas caídas ya no tenían almidón. «Se habrá suicidado», dijo tío, «estos bichos se matan por un asco». Y recogiénolo con una pala lo llevó hasta debajo del nisperero, donde cavó un hoyo. Los hijos de tío quisieron tocarlo antes de que él desapareciera y el más pequeño arrojó un níspero dentro. Yo me subí a la ventana del patio con Geira y desde allí lo vimos desaparecer. Hubo un gran silencio mientras abuelo ayudó a colocar la tierra. Dijo: «hay que poner una cerca pa que no lo pisen», con una voz entrecortada. Luego dio grandes palmadas diciendo: «esparrámense». Y se metió en la tienda.

Por el estero que nace escondido desde el patio de Juan Sisí, otra vez he ido con Nito a visitar las antiguas huérfanas del hospicio. Los lugares por donde cruzamos están más

calmos que en los primeros tiempos de la guerra. Fue aquí y alrededor, por esta larga calle de Herradores, donde yo la vi «estallar». Entonces no entendí bien cuánto íbamos a rodar por ella. Recorro extrañada los mismos sitios a ver si puedo convertirlos en otros, hacer que lo que mire sea de ahora solamente. Le pregunto a Nito por los calabazares, por todos los yerbajos que componían la huerta de Juan Sisí, por los animales sueltos pastando y la casona de madera que siempre iba a derrumbarse. «Lo han arrasado. Aquí acamparon, ¿no recuerdas? Desde mi azotea he visto hacer los cambios cada día y ya es costumbre. ¿Notas tú que falta algo?» Pero no quise contestar. Todo parece haber tomado con naturalidad la mudanza. Los caballos pastarán en otro lado o ya no existen. Y a Juan Sisí lo habrán hundido bajo su casa. Y a la hora de ponerse el sol ya no se escuchará su pata de palo. Han nacido nuevas yerbas y, siguiendo derecho, daremos con el Camino Largo. Luciría todo igual si olvidara que es Nito quien me da la mano, que ya no somos papá y yo quienes paseamos midiendo y descifrando el diseño a las calabazas. Pero están las botas de los uniformes marcadas dondequiera mezclándose en nuestras caminatas y el chirriante motor de los camiones cruzando incesantemente con soldados, armamentos y presos para relevar «el pelotón» de Los Rodeos. Detrás de las rendijas de la ventana estará tía esperanzada en ver pasar a su «querido hermano». «Nena, estate aquí, vigila hasta que yo vuelva», me pediría si estuviese en casa. (Ella no sabe que para mí es igual, que yo la engaño. La velocidad del camión borrará las rendijas y nunca podrá verse a quiénes se llevan. Y además, ese ruido de bultos brincando entre los camiones, me molesta. Ya no quiero tener más miedo). Para no turbarla me estoy allí, pero no miro. Así parece que no oigo, porque si no, si imagino algo, es aquel día otra vez. Y me asusto cuando tía aparece de pronto, porque pienso que los cristales se caerán de nuevo, como aquel día. Pues los camiones los estremecen, y me parece que su rostro se regará en pedacitos por el suelo.

Hoy nos enfangamos mucho y Nito recelaba de cuándo llegaríamos. «Nos extraviaremos, verás que sí; llueve mucho, nunca vamos a llegar al lugar de tus niñas, iremos a parar a la montaña». Lo miré con rabia. Parece una flor, un merengue. Por eso me gusta andar sola. El fango nos subía a media pierna y con aquella voz quejona que ponía me dieron deseos de pegarle. Pero él tiene mi edad y hará lo mismo. «Estúpido», pensé, pero le dije «tonto», aunque hubiera querido decirle niño de mierda. Nunca me siento segura con él. Claro, para él es fácil mirar desde la azotea como si ella fuera la falda de su madre. Imbécil, basura. Lo odié más hasta que me entraron ganas de no verlo y lo tiré con fuerza contra el fango. Parecía que se iba a desfondar o que se le estuviera zafando toda la masa gorda. Y lo empujé más con un pie. Pero de pronto me imaginé en su espalda, pensé que yo era su espalda, que me asfixiaba debajo del fango, y de un impulso lo levanté. El se rio mucho porque no supo qué hacer, porque temblaba. Yo entonces eché a correr. Cuando me calmé volví la cabeza. Deseé que él hubiera hecho igual conmigo, que me botara allí, que me volviera también una pasta fangosa para siempre. Pero se quedó atrás viéndome huir y por fin, cuando doblé la última curva, era un punto que se borraba en sentido contrario al mío. Pensé: «Nito significa mierda». Y preferí a Samarina que es fuerte y dura y tiene ese nombre dulce, y sus trenzas.

Cuando llegué al hospicio llovía aún. Junto al portón de hierro había una casucha de madera semejante a la morada de un perro. Escuché un ruido adentro y me acerqué. Por las grietas vi un soldado que dormía. Entonces miré a través del portón de hierro y descubrí, con asombro, montones de ellos repartidos en los pasillos del fondo. Me di cuenta de que el hospicio ya no era el Hospicio, sino un Cuartel, que se habían llevado a las niñas no sé dónde, que

habían cortado la enredadera. Los soldados se distraían en limpiar los fusiles, los botones de sus chaquetas; algunos hacían gimnasia. El Hospicio ya no era aquella plaza tranquila de antes, y por el enrejado que lo extendía, secretamente, hacia el camino del Tiburón, no colgaban los árboles de frutas. Pero me daba igual no ver las niñas. Fui a esconderme detrás de un tronco caído. Desde allí observé el techo herrumbroso alzándose solitario allá atrás, sobre los grupos de soldados. Algunos moros esparcidos miraban con arrogancia sus cinturones. Parecían «carroña». La lluvia espesa me caló el rostro y, por primera vez, también me di cuenta del hueco en la suela de mis zapatos. Recordé a mis amigas en sus corrillos monótonos. Todavía las vi venir el último día corriendo hacia los vallados, en montoncitos, a tenerme lástima, queriendo salvar a papá, preguntando si las dejaba besarme, asomando el rostro entre el enrejado hasta que se les trababa, y sacando las manos con fuerza para despedirme. De pronto unas tijeras enormes se me aparecieron sobre el muro y cortaron en dos el camino. Pensé que nada allí era respirable ahora, que todo iba a hundirse. Tenía frío y necesité que alguna regresara a ofrecerme la acogida, aquel beso. Y las vi salir, inundar el camino y pasear entre una monja y otra «para soltar las piernas», como ellas decían. Eran todas, sí; otra vez murmuraban cosas apuradas y sencillas en su piel verde. Pero tuve asco de que volviesen por el sabor en la boca por esta blandura y las puse a llorar. Todas lloraban en fila.

Dondequiera que estuviesen no importaba. Vine a visitarlas porque era un poco la idea de visitar a papá. Y él puede estar aquí o en alguna parte donde haya soldados, aun al aire libre, donde ellos acostumbran acampar. Además estoy habituada a no encontrarlo en ningún sitio. El está cerca o lejos, no lo sé. Acaso también volví por ver si me conocían y yo las conocía a ellas, pues nos parecemos mucho ahora. Yo tengo ya la piel verdosa y, como ellas, desde la

más pequeña a la más alta, puedo decir que tengo un padre vivo, pero que asimismo no tengo un padre. El me abandonó sin su culpa, pero así es igual que con culpa pues de todos modos no está. Aunque tampoco eso era importante, decirles eso, y me alejé caminando por la cuneta hasta donde está la cadena. Tuve suerte de que el soldado de guardia no se despertase. Ojalá que un rayo lo atravesara. Tronaba y el cielo hacía rayas en todas direcciones. Chicho armaba rayas así, sentado en el piso, con un lápiz grueso de carpintero que abuelo usa para sus cuentas. Pero las de él no hacían ese ruido. El nunca hizo ruido.

Llegué hasta donde todavía siguen los patos sobre el agua, y más allá, hasta un jardín privado en el que dos monos siempre piensan, debajo de un zapotero. Se quitaban las pulgas, primero uno y después el otro. Lo hacían lentamente y vi que para ellos esto era importante. Pensé: «qué fácil es ser mono» y noté que uno de ellos se parecía a Otero. Lo conozco de una foto militar que publicaron los periódicos «de derechas». Aquella frente y los huecos peludos que formaban los ojos al dormitar, eran los suyos. Lo recordé panzudo y con el hocico abultado.

Sentí unos golpecitos en la espalda. Me asusté. Empezaba a granizar, a tupirse de niebla el camino y regresé. Me gusta desaparecer dentro de la niebla, sentir que me borro, tocarme y estar allí dentro yo sola, borrada de los demás. Y pensar que mi cuerpo se va lejos, donde yo quiero.

Sonaron los tiros esta mañana. Así empezó todo. Geira y yo jugábamos a hacernos cosquillas, en la escalera de caracol que lleva a la terraza de su casa y desde donde puede verse cómo hacen el gofio, por el muro que da al molino. Yo quise asomarme y me encaramé en el arbolito que hay junto al muro. Se armaba el jaleo allá abajo. Todos corrían de un lado a otro de la calle huyendo del regimiento

de caballería que amenazaba patearlos. Daba placer ver crecer la multitud y rodar como un balón. Detrás iban moros con banderas. ¡Sentí un asco! Escupí en el aire muchas veces, pero el aire me devolvía la saliva con la misma fuerza. (Cochinos, moros cochinos). Tiraban de ellos, pegándoles, empujándoles. Después pasaron muchos guardias y soldados. Llevaban fusiles y custodiaban algo. Por fin pude divisar qué era. Eran camiones con reclusos dentro. Formaban un bulto inmóvil, grande. «Los llevan atados», dijo Geira. Entonces empujándola bajé las escaleras. Geira se asustó y quiso detenerme. «Voy hasta la esquina», le dije y no oí más. Doblé en la primera curva para alcanzarlos más adelante. Geira me gritaba que regresase, desde la azotea. Cuando llegué al desfile ya los camiones estaban un poco lejos. Corrí más, hasta tocar sus barandas. Pero los guardias me empujaron y caí entre los que curioseaban.

Desde el suelo escuché que los traían de Los Rodeos. Me levanté para alcanzar de nuevo algún camión. (Allí debía estar papá). Me pude colgar de una rejilla. Los llevaban atados, sí, escondidos debajo de enormes paquetes, envueltos en sacos como reses. La sangre rodaba alrededor. Algunos sacos estaban totalmente teñidos de rojo. Era imposible reconocerlos así. Yo miraba a todos con impaciencia. Me parecía que de pronto su cabeza iba a asomar. «¿Estás ahí?», grité. (Tal vez se resistieron a entrar en el camión de ese modo y los molieron a palos). Un morocho me guindó por el vestido la punta del fusil. «Vamos, vamos, espanta, tú, golfa, pejuguera» y me pateó hasta hacerme caer de nuevo. Pero ahora no quise levantarme y desde allí los miré alejarse. (Bestias, bestias). «Bestias», grité llorando.

No importa eso, ellos podrán siempre más. «Malditos, malditos». Fui quedándome atrás, sin perder de vista al camión que se alejaba. La calle no fue más una pelota, sino un cuchillo, el mismo de aquel día. Torcí la suela zafada de los zapatos contra el borde de la acera. Me quedaría sin

zapatos, sin dedos, sin rabia. (Los asfixiarán, los ponen indefensos, así para que lleguen sin aire.)

Empecé a correr en sentido opuesto. Que nadie viese que lloraba, que me mordía. Y hasta soltar sangre no paré. Revolví la lengua entre la tierra y la clavé allí. Quería quitarme el mal sabor, quería atragantarme. Todo se volvió blanco y después negro. Y ya no supe sino estar así, inmóvil.

«No saltes fuera de la raya, tonta, has perdido la puntería, no tienes pulso, no tienes» y Samarina se pone a decir que no tengo muchas cosas mientras jugamos al teje. Me reúno con ella ahora que mamá no puede verme. Es sólo por unos días, en tanto tía se consuele conmigo de la pérdida de Chicho y esté conforme. Samarina me espera en un callejón donde no hay hoyos, y cuando llego ya ha terminado el dibujo del cielo con la tiza. «Vienes tarde y luego no puedes servir de compañera porque nunca aciertas.» Dice esto delante de Juanela y las otras. Me acuerdo de qué distinto era cuando empinábamos cometas en la azotea de Juanela (la mía iba más alto, pesaba siempre menos; la veo otra vez, la veo más flotando dentro de la lluvia). Y todas se ríen, hasta Geira, si está, se ríe, pues hablo sola y oigo cómo repiten a coro «cabeza de chorlito». Y entonces pienso que es verdad esto y que es cómico, mientras Samarina forma una hilera de nudos en sus trenzas y las otras hacen piruetas con la sogá; acabo riéndome con ellas de mi torpeza y de su bobería. Claro que yo no sé jugar. Siempre que me toca lanzar la goma se borra algún número o la goma se cae en la alcantarilla. «Vienes con unas ganas» y hacen muecas con la boca y terminan discutiendo entre sí la razón de que yo no juegue bien. Las miro reñirse y quisiera hacerles ver que da igual, que no es importante perder la costumbre de jugar. Pero en el momento de saltar de un número a otro, cojeando, como es natural hacer, se me dobla un tobillo, toco el espacio prohibido a causa de la jugada anterior, me atravieso donde no es y salgo cada tarde con la rodilla

rota. «Más que tonta, más que tonta, te lanzas como si fueras un trompo», y por fin cuentan la historia del zapatero «que dejará de darnos gomas», y así me hacen pensar en la suela de mis zapatos (se está gastando, se acabará si continuo arrastrándola de un número a otro; tía me dijo que no salga, que no camine, que no apoye mucho los tacones en el piso, que me quedará sin zapatos y no habrá más; «después usarás pantuflas de lona y no serás como las otras niñas», como si yo alguna vez hubiera sido igual que ellas). Hasta que tropiezo y me canso de oír a tía y Samarina juntas en mi pensamiento, debajo de la goma, resbalando, haciéndome caer. Y dejo que ellas ganen. Y no juego más. Pero insistiré la siguiente tarde y la otra y la otra, a ver si esto no pasa. Aunque volverá a pasar, pues ya siempre pienso mientras salto, «que me caigo, que me caigo: ahorita me caigo». Y no llego a recordar cuándo sucedió por primera vez.

Dos caravanas más hemos formado para ir al campamento. Para agrupar la última, mamá vino a la capital con tío Luciano y tía Eusebia, que la acompañan en este tiempo, y también don Pancho, con sus mulas, caminó hasta el campamento desde el lugar donde no le permitieron que su coche se adentrara más. Hubo menos guardias custodiándonos que la primera vez porque iba poca gente. Ahora la caminata se hizo más larga y penosa. Había que ir despacio debido a las mulas de don Pancho y nos quedábamos atrás. Aunque fue inútil llegar antes o después, pues entre registrarnos y descansar nos transcurrió la hora de regreso de los prisioneros a lo largo del trozo de cerca donde les permitían apoyarse a mirar. Allá lejos iban de espaldas. Era imposible distinguirlos entre las carretas y los árboles. Habían doblado por un trigal que los volvió borrosos, como si al pasar ellos el trigal los tragara.

La segunda caravana se componía de nosotros y dos familias más solamente. Otra vez habían aplicado «la ley del pelotón» allí, en el barranco. Enormes cartelones lo anunciaban por las esquinas. Luego, la reseña aclarando

haber enviado los presos al «Tribunal de Represión» y que no eran necesarias más visitas. Por lo que la caravana disminuyó. Nosotros no recibimos noticias de papá y teníamos miedo de que él no estuviese. Al final nos acompañaba un solo guardia. Se portó bien. Nos hizo preguntas, nos daba estímulos, y fue agradable comprendernos, saber que no nos acechaba, sino que me enseñó el fusil sin amenazas, como una curiosidad. Al fin llegamos. Creo que él también estaba ansioso por enterarse de algo. Eran menos los presos que cruzaron y divisamos a papá. Sí, papá era aquel desconocido. Pero siempre se parecía a él. El mismo modo de ser él. (Pensé en cuántos años sin verlo. No, no son años. ¿Qué es un año? Me pregunté muchas veces qué quiere decir un año y me extrañé de no saberlo. Es tiempo, mucho tiempo sin verlo. Pero, ¿qué es el tiempo? Y nada más supe que él todavía era papá.)

Le permitieron aproximarse a diez pasos de nosotros. Estaba pálido y también mudo, como si no tuviera memoria y por eso no pudiera hablar. Y además estaba inmóvil. Nos aproximamos a la cerca. Había mucho silencio de no vernos nunca. No tuvimos tiempo ni valor sino para mirarnos. El guardia también. Lo supe porque recostó el fusil en las cercas como si le molestase. Papá dijo: «la niña» intentando explicar algo; pero no continuó. Y esas fueron las únicas palabras allí. Después tiraron a papá de un brazo y él se dejó llevar como un enfermo, como un loco, con la boca abierta: caminando de espaldas, sin mirar atrás, sin entender. Recordé aquel loco que tragaba papeles. Pero él estaba así de no tragar nada. Mamá iba a gritar y no pudo. Entonces se desmayó. Mientras alejaban a papá, él fue de nuevo una sombra dentro del trigo, en las espigas. Vi que la sombra se agarró a las púas de la cerca. Hasta que se hizo de noche.

Abuelo atendía a mamá, acostada sobre la yerba. Me senté a su lado. Arranqué puñados de yerba y me puse a masticarla. Mamá lloraba. Imaginé ser la yerba del camino. Y quise que fuera de noche por última vez.

Allá marchan los camellos en fila enorme, camino de la montaña. Encorvados desde el Africa. Parecen riscos. Van a paso lento, mirando al suelo sin cesar. Pero vienen del desierto y traen las vejigas fuera. Allí almacenan el agua para las jornadas largas, por donde no hay ni una aulaga que les sirva de alimento. La aulaga es una planta que da flores y espinas grandes. «El aire es aburrido, la arena es un misterio», pensarán ellos. De sus hocicos rosados parece salir una fuente y a la vez un desierto. «Estos dromedarios», dice abuelo, «son más duros que mi paleta.» Y es un acontecimiento, entre los camiones de guerra y los árboles, mirarlos desaparecer a lo lejos, siempre más a lo lejos, hasta donde sus patas de piedra lleguen, transportando armamentos, transportando sus jorobas. Si descansan un momento en su marcha serena los curiosos se sientan alrededor de sus zancas. Entonces ellos levantan el hocico, alto, como queriendo rehuir el olor del grupo. Yo aprovecho y los miro; tienen paz, comen espinas, son viejos y están conformes; siguen adelante sin saber de otro camino ni de otra labor. Pienso en el interior de sus gibas, en sus desiertos. Adentro de ellos son como una noria: tendrán un escondite de agua y también barquitos de papel y arañas de largo cuello como molinos de viento que les dan frío.

Me alejo imaginando si yo fuera un camello: un desierto, una aulaga, todo lo que ellos tragan para convertir en silencio.

No quiero ya hablar con nadie. Me asusta lo que puedan decir. Pienso que me echarán la culpa de algo. «Si no has hecho nada, nada», repite una voz mientras duermo. Pero al despertarme la cara de todos es dura y como el sol no sale el aire es duro y a la hora de comer también el puchero es duro. No venden carbón para los fogones y la chimenea se descascara sin el humo, se vuelve un avión negro que bajará a aplastarnos; y nuestros dientes también se descas-

cararán. Andamos por la casa, es como si estuviésemos ausentes. Nadie da de comer a las gallinas, nadie riega el nisperero ni camina de una esquina a otra de la casa después de la comida. Abuelo se queda mirando el tazón vacío de avena como si fuera algo más que el fondo del tazón, como si fuera una puerta de salida. Y lo hurga con el dedo dándole vueltas.

Maruca se ha cortado las trenzas. Ya cuando se pone nerviosa no tiene el gesto de tirárselas para atrás. No rompe los platos ni trae chismes, porque a nadie le interesan. Antes, cuando rompía platos, era estupendo el sonido que éstos hacían y el silencio de Maruca luego cuando la reñían, como si ella comprendiera que todo ha de romperse. «Responderé los platos cuando Arminio cobre.» Y no se hablaba más. Pero yo sé que por la noche trataba de pegar los añicos con la pasta que abuelo usa en sus albardas. Ahora, como imita sin protestar la actitud de los demás, el lugar vacío de sus trenzas es una sombra. Y va dejando de ser rubia. Y su mirada azul se ha vuelto sigilosa porque ya no es transparente.

Hasta las formas de Yolí y de Chicho se han distanciado. Queda el destiladero con sus gotitas limpias, cayendo monótonas, llenando lentamente el cántaro de barro; queda el nisperero que sigue dando sus frutas verdes y maduras y alguna ropa de mi hermanito que todavía se seca tendida en los alambres próximos a la aljibe. Todo esto suelta un sabor familiar, como antes, cuando uno se pasea por aburrimiento hasta el corral o el gallinero; o si no, al ir al retrete. Allí hay que subirse sobre un cajón que es viejo y podrido. Mientras estoy de cuclillas, me aprieto las narices con los dedos a causa de la peste y me pongo a pensar en la muñeca, en una azotea o en cuando íbamos de excursión. También, para no oler, aguanto la respiración y dibujo en la pared con pedacitos de tiza o hablo sola. «Yo soy la

señora de la casa. Vamos, niñas, respeten y hagan las cosas que yo mando. Si no, si no... Mira, tú, anda y vete por calabazas. Las usaremos de sombrero para ir a la fiesta de nuestro vecino don Roque. ¿Van a cocinar por fin sus sesos, amigas mías? Ya los veo. Ese humo natural que respiran les hará bien. Serán ajusticiadas por él y morirán sentenciadas por «la ley de las pestes». ¿Que quién ha dicho que las leyes tienen pestes? Malditas, tontas, ¿qué saben ustedes de la Ley?» Y así imagino que las castigo, que las humillo, aunque no estén allí ni me oigan nunca. Hasta que alguien pasa al corral y para disimular tarareo la tonada de «rocío ay mi rocío», o «a la rueda rueda» o aguanto la respiración como si no estuviese. Pienso entonces que aquí todos se ocultan, que no hay nada que hacer.

Pero yo creo que sí. Recuerdo que papá pedía algo con los ojos desde donde apenas lo veíamos. Lo miro otra vez con el azadón inclinado y lleno de arañazos de tropezar con las alambradas, impedido de pasar a vernos, sucio, siendo ya una costra, otro cuerpo, un disfraz de agujeros; siendo cada vez más pequeño, como si lo hubiesen tratado de apabullar, de clavar contra un muro y se volviera de herrumbre. Empiezo a inventar juegos, escarbo dentro de los corrales, atravieso las mariposas con un alfiler, destornillo viejos juguetes, los dejo sin resorte, mojo en gasolina los queridos muñecos que quedan hasta cuartearlos.

Y de nuevo vuelvo a recordar. «Tiene que haber un modo de salvarlo, tiene que haber un modo», me digo. (Los aleros con sus dibujitos parecen caras mohosas; el granizo las alumbra. También en los helechos blandos han salido unas formas que parecen ojos. Eran los uniformes, era este patio, la tinaja de agua, Chicho de mameluco, la calle que no existe.) Papá miraba en el campo como si descubriera la salida de una trampa. Si quiso decirnos algo y entonces yo no entendí, quedo mal con él, él se morirá. Sin nuestro auxilio, no saldrá de allí. Esto es lo que aquí no saben, esto es lo que aquí no quieren saber.

Busco alrededor en quién apoyarme, hablo con Geira. Trato de poner a tía de mi parte mientras cose, hablándole poquito a poco, en voz baja, porque si no tío se convertirá en un ogro y me mandará a la acera para que no despierte sus niños; y la prima tiene ahora pirulines que chupar y no me oye. Se ha quedado atrás de mí siendo la niña que ha de reírse y jugar siempre. «Es linda, es tan linda.» Como si nada más tuviera que ser eso. Ya no estamos más juntas. Y tía es un tren, tía es un buey gordo que muge sin cesar, tía es la máquina de hacer calzoncillos. Se detiene un momento para escucharme y después vuelve a ser un tren, un buey otra vez. Con más paciencia que antes. (Porquería, porquería.) El campamento se ha metido en mi cabeza. Imagino que todos se fijan en mí, como si el campamento fuera mi invento. «Cállate, no molestes, deja las cosas en su sitio.»

Y otra vez sueño con un dedo grande, grande, que se detiene en mí acusador. «Carroña, carroña de muchacha ésta, que aquí mando yo y no se habla más d'eso», dice abuelo. Y me amenaza golpeando el asiento con la paleta, y empuja con sus callos durísimos la agujona, como si yo fuese el cuero de la albarda y quisiera clavármela. (Basura, basura.)

Tendré que...

Cuando toqué a la puerta era porque yo regresaba de La Laguna para estar de nuevo con mamá. (No estaremos lejos más. Quiero tocarla, estar cerca y decirle que la extrañaba mientras dormía. Si sufro le diré: «hazme un cuento», como siempre he deseado, y la miraré zurcir para darle importancia. Ella entenderá que soy «su muchachita» igual que Chicho era y haré que al mirarme me siente sobre sus rodillas y sonreirá pensando: «mi niña ahora está más en mí» y me abrazará mientras zurce. La recordaba así, teniéndole mucho cariño una tarde en la montaña y antes de

salir para aquel baile de máscaras cuando me apretujó contra el disfraz.) Después estuve mirando brillar la carretera llena de rocío y cerré los ojos para llegar más pronto. Pero al abrir la puerta, ella dijo: «volviste» como si no hubiese tardado y fuera natural, en esa hora de la noche, que yo me despertase imaginando tocar a la puerta y que ella abriera. (Adiviné que odia a tía porque fue la última en tener a Chicho vivo.) La prima Ronda la ha acompañado todo ese tiempo y dormía en ese momento. Mamá tenía puesto el camisón amarillo de seda fría y encaje que prometió no usar más para hacerme con él un vestido de domingo. Con el colchón los hilos de la tela se han separado y en algunas partes ya mi vestido tendrá rendijas feas. Lo que asoma ahora por las rendijas son sus huesos. A causa de que el subsidio familiar es poco no podemos nunca comprar cupones extras para el racionamiento.

Tuve ganas de regresar con tía hoy por la mañana. Pero me puse a ver dormir a mamá que estaba tiesa y muy callada y tuve pena. Me levanté, abrí la gaveta y acaricié una cuchara pequeña. Luego la mordí hasta que me dolieron los dientes y la eché al agua, en la vasija de la tortuguita, que dormía también.

Desde la ventana alta de enfrente alguien lanzaba un gato a la calle. A través de los cristales de la ventana vi cómo se aplastaba contra el faro. Una tripa brincó lejos y quedó allí inmóvil. Parecía un dedo pero también un cristal de faro. Es la vieja Serrucho, la que se acuesta con los gatos. Los recoge, les da de comer muchos días carne de otros gatos anteriores que conserva en el hielo; les pone nombres raros (Matrad, Ezel, Disán, Zilpa) y cuando se encariña con ellos los mata. El primero se llamaba Allon Bacuth. Tenía unos ojos blancos que siempre la vigilaban y ella le agradecía esto. «Porque la gente dice que estoy loca y no se acercan. Pero los gatos me miran fijamente y entonces ya no importa y cambia la vida para mí.» Al hacer el cuento llora quejándose hasta que pierde la voz. «Todas las semanas

le inyectaba de mi sangre para darle fuerza porque yo quería que hablase. Pero aquella vez que quise traer otro gato para que él no se sintiera solo se me tiró a la garganta. Estuvo luego escondido tres días en la tuna y se ahorcó enredándose adrede en la cadena del pozo. Allon Bacuth», y lo llama sin cansancio. Cuando lo recuerda da grandes gritos junto al pozo y tienen que atarla. «Por eso los mato, los mato», dice, y sólo ella conoce la razón. Seguramente anoche recordó a Allon Bacuth. Luego bajó a recoger el nuevo aplastado. Y después, la luz del cuarto se apagó.

Por aquí los chiquillos se burlan, pues pasa con sus batas largas, caminando como un general, y su peste es antigua. La molestan poniéndole motes que no entiende, pero ella los mira sonriendo y saludando con la mano.

Vieja Serrucho. Ella está loca, pero ahora duerme allá arriba.

Ya empezaron las clases y es necesario ir otra vez al colegio. He de cargar todos los días mi maleta desfondada. He de caminar deprisa y tropezar y caerme siempre porque se hace tarde, mientras voy a la tienda por los mandados. He de memorizar las ocho asignaturas faltándome cinco libros que me prestan de mala gana, porque voy de casa en casa y debo esperar a que mis compañeras ya no tengan ganas de seguir estudiando; pero a veces ellas tienen ganas de estudiar hasta por la noche y tengo que regresar sin ellos. He de soportar a Paca y a las demás gastar bromas acerca de los codos de mi blusa, que se han roto, cuando no se dicen cosas al oído para que yo no las oiga, dando siempre la impresión de que hablan de mí. Aunque yo no me molesto y esto sólo me hace entorpecerme en la Aritmética. Los números se revuelven y se desbaratan en mi memoria a la hora de la clase y tengo que tropezar con ellos como si fueran piedras, hasta que alguna me acusa de copiar y me

hace descender tres lugares en la lista y acabo de rodillas sobre la arena en el rincón. A la salida juego en el Parque con niños desconocidos que me respetan y no me preguntan nunca nada; juego a los boliches o me detengo a mirar el campeonato de golf. Y así me calmo. Los deportistas son extranjeros, visten de blanco, hablan otros idiomas y se ríen felices con sus ojos azules. A veces llevan perros grandes que ladran y también ríen, y como yo los acaricio por verlos mover el rabo pintón, los turistas me dan monedas. Además me gusta perseguir la pelotilla de golf cuando la lanzan con fuerza y verla temblar en los bordes del hoyo, hasta que cae. De este modo trato de divertirme. Después me refresco el pelo en la fuente y doy una gran carrera, tiro las bolitas de eucaliptos, levanto el polvo con los pies, arranco puñados de yerba, persigo a las palomas. Veo aparecer la carretera de los Campitos, que son esos montes enrollados en vegetación donde a veces hemos subido a merendar y busco allá arriba la torrecilla del Hotel Quisisana donde el sol baja a esconderse. Este sol me recuerda el sol de Juan Sisí.

(Y a la vez el camino del Tiburón.) (Y la guerra.) Y todo.

Cada vez que hay desfiles patrióticos a los que el colegio debe asistir, yo no sé qué hacer. Algún día me han permitido no ir, pero de cualquier modo pierdo puntos ya que las otras protestan. Desde que me entero hasta que recorremos la rambla de un lado a otro para rendir homenaje a las estatuas o subimos calzadas interminables con nombres de generales, todo ese tiempo un líquido frío se endurece dentro de mi cuerpo, como si un sable estuviese parado en mí. Claro que depende de don Gustavo, de si me pasa la mano por el pelo. Esta es la señal de que terminaré sentada en sus piernas y luego allí me pedirá noticia de la primera idea que se me ocurra, pues le gusta saber lo que uno

piensa al ponerse en sus rodillas. «Necesito no ir», diré; y su cara larga se estirará más, dando a entender que está asombrado. Luego se sonreirá extrañamente hasta que su cara se reduce a la mitad y golpeará mi cara con ritmo. «¿Dónde? Ya comprendo: el desfile, ¿no? Sí, comprendo», y pellizca y besa las mejillas y por fin promete que dependerá de la gimnasia, como si esto para mí fuera un juego. «Si mueves el cuerpo con flexibilidad de arriba a abajo, te dejaré escapar tan pronto empiece el desfile.» Y al anunciar los tacos el jaleo asqueroso yo procuro saltar al interior de un cantero, donde las matas pueden taparme, y a veces estoy allí un gran rato observando el comportamiento de la gente. «Saltimbanquis.» Y me pongo a imaginar seguido que alguien va a dar un traspies, y quisiera formar zafarrancho. Y para no sentir rabia me pongo a mirar las trenzas rubias y afiladas de Carola que la vuelven tan solitaria. Entonces ya no oigo más. Salgo del escondite y camino, subo las mismas calzadas, pero ya no me canso, llego hasta donde se huele la mugre de los barcos, miro hacia el fondo de los balcones y veo cuando alguien se desviste delante de un espejo, aspiro el hedor que desprenden los corredores húmedos de las ciudadelas, recorro la ciudad. A menudo encuentro un perrito y quisiera, como la vieja Serrucho, tener un nombre para él, porque se rasca con una fuerza que debe lastimarse. «Perro.» Pero él está distraído y se golpea con su rabo. Desde el interior de la casa gritan: «Pazguato» y él se levanta contento porque ése debe ser su mote y entra.

Así fue ayer. Pude escaparme. Sin embargo, cuando hay que ir al desfile es distinto: andar estúpidamente cantando himnos y detenerse donde el sol se desploma en todas direcciones chorreando asco, pudriendo mi blusa, que ya es tela de cebolla. Pienso qué bueno fuera ser el nombre de la calle o el recuerdo patriótico que ellos conmemoran o la rambla. El momento más difícil es la hora de cantar el

himno. Siempre son varios o si no el mismo que se repite. Tengo que alargar el brazo y empinarme si me colocaron en un lugar donde mi voz se oiga y cantar alabando la patria, oír cómo mandan que «inflamemos el pecho cara al sol con la camisa nueva» y toda esa retahíla de alabanzas. Mientras mi blusa ya casi no existe y papá se pudre quién sabe dónde. Y sin darme cuenta aprieto la boca con rabia y el puño con más rabia y solamente pienso en morirme, cerrando los ojos. Hasta que llega don Gustavo a darme golpecitos con la varilla y a recriminarme; pero yo no entiendo nada. Por fin aquello se termina.

Al regreso nos permite descomponer la fila. Detrás, todo es una fiesta de sonidos sucios. Bisbiseos apestosos, como los de la iglesia. Empiezo a coleccionar las envolturas plateadas de los chokolatines para hacer una pelota grande, que luego teñiré con tinta negra, y recojo además las cajas vacías de cigarros. Dividiéndolas en numerosas anillas que tía entrelaza en hilera hasta el suelo se hacen hermosas cortinas de colores que suenan con el viento y se rajan con las rozaduras. De esta manera trato de olvidarme de lo ocurrido.

Cuando era más chica no había desfiles patrióticos. Entonces la patria existía callada y no era necesario gritarle nombres porque cada cual sabía su sitio y la guardaba. Pero después vino la guerra que fabricó soldados y al invocarla ellos se dieron cuenta que estaba escondida y no la encontraron, por lo que hubo que hacer «Movimientos» a modo de barrenos. Y el ruido de los barrenos ahora es terrible y los turba y ellos andan a tientas con sus sobresaltos. Todos han ensombrecido a la patria «y estamos jeringados, jeringados», dice abuelo. Y luego añade entre dientes, con voz ronca y firme: «jodidos».

Abuelo debería ser un general.

Allá lejos tocan la diana. Es la antigua cárcel cerca del mar, donde papá estuvo preso. Ahora parece cercano. «El eco del mar se acerca de pronto mugiendo como un buey sobre el chasquido de las hojas secas. El estallido va y viene en este retiro y aclara la cabeza», dijo él una vez. El soldado de guardia anuncia el amanecer al sueño de los otros y su hora de relevo. Pasa un coche de caballos. Me recuerda la gota de agua cayendo en la tinaja. Los escucho huir pisando mi cráneo. Encima de mi cráneo están cruzando los caballos y tocando la diana. Oigo levantarse todos los soldados, tomar el fusil y prepararse para sus quehaceres domésticos en la prisión. El humo del puchero ya está en los oídos y es como otro clarín y el único momento familiar de todos. Recuerdo el cloc-cloc del puchero enfriándose el día que me dieron un plato. Seguramente era puchero de gusanos. El humo calienta ahora de pasada las herraduras de los caballos, que se vuelven de corcho para andar de noche. Es tiempo de madrugar entre los centinelas a la sombra del mar. ¿Qué más pasará entre ellos? Ya papá no está allí, ni se sabe dónde. Pero hay otros, y esto da trabajo. El coche se aparta con el galope de sus caballos y me deja atrás. Sin embargo no hay nada que hacer.

Un tranvía vuela lejos también, dentro de la montaña. Entra en un túnel largo y allí se vuelve torpe como un ciego. El aire lo traspasa y él grita; es el mismo aire que llega hasta mi cortina. «Tren ruso.» Alguno de sus pasajeros divisa mi ventana abierta y piensa: «un viejo salió a refrescar sus ideas». El tranvía me trae a la memoria el balido de una oveja cuando se extravía.

Es otra cosa la vida de noche. Algo sucede a pesar de la calma. No sé. Es que otros hombres caminan más solos. Pueden ellos imaginarse más lejos de lo que están. Las ranas, un pájaro despierto y los que no pueden dormirse, los grillos ocultos en la tinaja, las calles que se pierden en las esquinas, el «tren ruso» que silba. Lo anunció la diana. Los trenes. Ellos sí son libres como los imagino en los

libros, y no irán a parar dentro de la cárcel ni del mar ni de nada. Su quehacer es otro: huir, huir. Dentro de la oscuridad forman esa geometría: ir y volver sin cansarse, sin preguntar. Y mientras dormimos ellos atraviesan toda la noche. Entonces sueño con un dedo grande sobre el vacío, detrás de mis ojos, donde ya no alcanzo a mirar la distancia que acaba borrándolos y tropiezo siempre con la casa de enfrente. Vieja, descascarada, pero sin caerse de una vez.

Ha vuelto el invierno y con él la época de esas viejas que duran todos los inviernos tostando castañas sin arrugarse más. También llegó la época de las hojas húmedas tocándonos la cara. Ayer era sábado y fui a cobrar el jornal de papá, por lo que necesitaba atravesar la Plaza del Príncipe. Los sábados son días extraños. En verano son los más secos y en invierno los más húmedos. No sé, pero siempre de la mañana a la noche espero llorar. Algo debió suceder en un sábado antiguo. Acaso me llevaron a papá ese día o acaso me tuvieron encerrada en la alacena hasta el anochecer; o en un día así hubo carnales y no tuve disfraz como Geira. Pero cuando iba al periódico ayer no pude evitar esconderme detrás de la glorieta y ponerme a atender la coral que ensayaba en los altos del museo. Tan cerca de los árboles temblaba y me helaba. Me asombró porque en mucho tiempo esto no sucedía. Quería seguir escuchando. Recordaba cuando iba con tía a la iglesia y a la casa de don Pancho, tan oscura. Me acerqué para saber lo que cantaban. Toqué al viejo que cuidaba la puerta. «Es una cantata de Bach, el ratón del órgano.» Yo nunca había oído que los ratones hicieran cantata. «El era una cuerda larga, larga, que vibraba sin descanso», prosiguió, y me di cuenta que hablaba de alguien. «Esa es toda su historia. Oye qué escalas, qué frases...», y alargaba su oreja hacia la escalera. No escuché frases pero imaginé que él sí podía escucharlas, y esto me conmovió. Todavía pregunté si tenía que ser siempre a muchas voces. Me pareció hermoso y deseaba que nunca

cambiase. Pero el viejo ya no me oía. La coral se volvió un susurro de voces roncadas y me sentí arropada. Atravesé la glorieta. Desde allí se divisaban los altos del museo. Todos cantaban contemplando un punto lejano y parecían dormidos. Pensé en Bach como si lo conociera. Me había quitado el frío y hubiese querido darle un abrazo. Refunfuñé por tener que ir al periódico. Ya Porcel estaba repartiendo los sobres. Yo tengo vergüenza de pedir el nuestro que don Leoncio nos sigue entregando por lástima, y Porcel lo comprende. Al verme en la puerta fingiendo que miro el tránsito de la calle, se acerca familiarmente y dice con naturalidad: «mira, ya lo había guardado para ti». Y como yo quiero salir huyendo él me aguanta por un rizo, asombrado de que me marche tan pronto. Entonces me lleva a tomar café con leche o a comprar si trabaja horas extras, una pulsera o lazos para el pelo. Yo no sé cómo agradecerse y lo miro fijo. Porcel es muy feo. Hace tiempo iba a casa los domingos a tomar sus copas. He oído comentarios acerca de que se emborrachaba. Un día que estaba borracho me regaló un balón de colores. A menudo he pensado que él es triste a causa de su nariz, que un pelotazo le aplastó sobre la boca cuando era niño. Dice chistes y antes nos divertía. Pero en sus ojos pequeños ya deja de reír si nota que uno lo observa. Y es como si fuera otro.

Ya el sueldo está distribuido pero yo pienso que no existió. Nunca sale del sobre una parte para mejorar mi uniforme o adquirir un vestido nuevo. Nadie trabaja para ganarlo. La sombra de papá en la imprenta del periódico no es suficiente para que su máquina suene y rinda una labor. Mamá siempre me manda a mí a cobrar. Claro, es más cómodo para ella. «Los niños son diferentes; con ellos por el medio las cosas se resuelven sin embarazo.» Sí, como si no me avergonzase estar allí antes que todos. Los hijos de los demás van porque es el día de estar abundantes de dinero y pueden permitirse antojos. Y yo los sigo sin querer. Y luego cuenta de que eso nos lo entregan por lástima; y escuchar el ruido de las máquinas, luchando

porque ellas no revuelvan el recuerdo de papá que sube y baja entre sus brazos de hierro. Pero después me acostumbro y no importa, no importa. Ahora es invierno y esto para mí es como tener otra frente. Habrá neblina y lloverá tanto que tendré que usar las botas.

Volvíamos del cementerio y al doblar la esquina por donde el camino deja de ser piedras y humo de entierros recientes, me puso contenta ver un circo instalándose. Pero estaba triste porque la tumba de Chicho, que no es de mármol como las otras sino un montoncito de tierra, estuvo mal cuidada desde la última visita (para eso le damos dinero al que se encarga de limpiarla). Además, como había llovido, estaba enfangada. Sólo unas mariposas amarillas revoloteaban alrededor con timidez; y en un surquito de agua, cerca de las margaritas que allí han crecido solas, se bañaba un pájaro. Esto me hizo pensar que era agua de muerte y no de lluvia. Estando allí me dieron ganas de aplastar con los pies esa parte baja del cementerio que nos tocó y que da siempre la impresión de hundirse, a ver si se acaba de hundir. También me dieron ganas de sembrar un níspero por ver si echa raíces y crece frondoso y la tumba no luce así, tan vacía entre las otras, como si Chicho no estuviera debajo. Aunque dudo mucho que esté. Mientras mamá y tía lloran yo imagino que él no está allí. Aunque seguramente esto es debido a que no vi cuando lo metieron dentro.

No muy lejos hay un panteón parecido a una mansión de muchos pisos, que pertenece a una sociedad de enterradores. «Descansando allí es posible no estar del todo en la tierra —me explicó tía— pero la mensualidad es elevada para nosotros.» Afuera, encima del celador brilla un letrero de bronce: «CABEN MIL.» Una vez entré para ver si se estaba mejor y luego he seguido entrando a robarme flores, pero todo es tan blanco allí que da miedo. Sólo que puedo robarme flores nuevas del color que prefiera, y clavarlas

luego por los tallos sobre Chicho escarbando un poco la tierra húmeda. Entonces parece que han subido desde el fondo.

El cementerio es pequeño y estrecho. Al entrar esta mañana, el campanero explicaba a su amigo que pronto sería necesario ampliarlo sobre las malezas exteriores a los muros, diez metros cuadrados hacia el norte y siete hacia el sur. (Yo no quise pensar con este cambio adónde iría a parar Chicho.)

A veces las varas de piñón con que lo hemos rodeado y los pinos vecinos suenan como si fueran mástiles y uno recuerda el mar. El campanero tiraba de una cuerda, interrumpiendo con su rudeza aquella música. Un tamtam duro, que por momentos se volvía ligero «doblabla» despidiendo a alguien. «Ya no hay donde poner tanto estiércol», dijo. Y añadió que, para colmo, arriba de la porquería había que formarles aquella brisa celestial, dándole sin descanso a la cuerda, para adormecerlos bien y que no molestasen de noche. Luego, mientras seguía tirando de la cuerda como de un trapecio, le aconsejó al amigo que se largara porque todavía iba por el tercero y que eran ocho. «Yo creo que se mueren más de una vez, los desgraciados.»

Sentí asco del viejo pero no dije nada. Cuando Chicho entró a ocupar su puesto, todo fue más silencioso. Como hoy llovía, y aunque me dejaron afuera con abuelo yo me di cuenta de que no hubo campana porque el campanero no había llegado aún. Y todo fue tan simple.

Es lamentable que tenga que haber cementerios. Pero también es razonable que los haya, pues no van a dejar los cuerpos descubiertos en cualquier sitio.

A la postre todo es razonable. Todo debe ser del modo que es.

Reconocí el circo tan pronto dejamos atrás el cementerio. Era el mismo al que abuelo nos traía hace años. Recordé la nariz del payaso, la estatura de los cuatro enanos jugando a la rueda alrededor de un mono zancudo, la voz ronca de la cotorra que hacía imitaciones. De pronto me entraron ganas de reír. Los gitanos colocaban la carpa y parecían más viejos y morenos. Pensé en su poder de adivinarnos la vida entre las manos y en una gitana que, siendo yo pequeña descubrió asombrada mis líneas. Los animales salvajes crujían encerrados. Varias niñas de trenzas muy largas cruzaron brincando entre sus collares. ¡Qué bueno poder visitarlo. Suceden tantas magias en un circo!

Hemos recibido un telegrama. Mamá no se atrevió a abrirlo. Sacude en el aire el sobre transparente que asoma borrosa nuestra dirección. Al hacerlo él suena como un cristal que se rompe. (Siento miedo por la actitud de mamá, pero yo prometí nunca más tener miedo.) Debe haber andado de mano en mano y de oído en oído por todo el mar, por dentro de la tierra. Pero hay que abrirlo. Es un sobre importante. Acaso anuncia que papá ya viene y aunque mamá tiemble como si estuviera encerrada ahí dentro, hemos de abrirlo. Ella mira hacia el fondo del patio, lo pone contra la luz, lo revuelve, tantea la noticia como si pudiera tocarla. No sabemos de papá hace ocho meses. Yo comprendo su temor pero estoy impaciente. Pienso en lo que nos dijeron por un aviso escrito, después de aquella visita al campamento: «No lo busquen, ya es inútil.» Pienso en esto y recuerdo que, de no buscarlo, ahora hay conformidad en nosotros. A falta de preguntar por él y de ir a visitarlo, ha disminuido nuestra esperanza de verlo. Y así la costumbre de papá ha disminuido. Pero aquí delante está el sobre amarillo que lo anuncia de nuevo y hay que saber pronto qué dice. Porque es de él, sí, viene de lejos. Su figura que ya se iba haciendo borrosa se aviva otra vez.

Me siento mareada. Creo escuchar sus cuentos los días de estar escondidos en El Barbado: «tienes que aprender a mirar como una niña.» Creo caminar sobre la pared, sobre la cabeza de mamá. Por la calle pasa un billettero pregonando treinta y cinco mil novecientos treinta; oigo «golpes», muchos «golpes». Me parece ver a papá cerca mandando a que juegue más y a que gire con el pelo suelto y vestida de lino igual que entonces. Lo veo asomado al borde de la montaña para enseñarme la significación de las cosas y señalarme la tierra ancha y verde, la tierra oscura. «¿Quién ha hecho tanto?» «El misterio, el misterio.» «Y el misterio, ¿qué es?» «El misterio es todo.» Y papá extendía el brazo quedándose mudo.

«El telegrama, el telegrama, el telegrama.» Sí mamá. (Yo andaba dentro de papá, en la montaña.) No sirve, no dirá nada, nada, está sucio. ¿Qué puede ser un telegrama al regreso de la montaña? «Abrelo, mamá, de una vez, ábrelo.» «Toma, tú.» «¿Qué, qué quieres?» «Tú, yo no puedo.» ¡Mamá...! «Hay que leerlo, yo no puedo. Lee tú.» Son unas letras torcidas sobre el papel amarillo borroso. «Desterrado en la Península cuarenta años El Comité punto.»

Mamá, ¿te has quedado muerta? No repitas más «cuarenta años el Comité». Es un telegrama, ¿comprendes? Un telegrama. ¿Cuarenta años, el comité, el pelotón? Una ley, mamá, una ley. Mira, no creas lo que dicen. Es sin importancia, seguramente un truco para que no lo busquemos. Pero vas a ver que lo encontramos, como sucedió en otras ocasiones, ¿recuerdas? cuando había listas y hubo que entrar en aquella cárcel negra y nos abrazamos al encontrarnos debajo del vitral y así estuvimos mucho rato y papá estaba vestido de listas por vez primera, ¿recuerdas?, ¿recuerdas?

Hay que volver, tengo prisa. ¿A dónde hay que volver? «Es el planeta, mi niña, el de después.» Papá, sí el planeta. ¿Quién vigila y me llama? Tengo nudos en la frente, tengo sangre en la frente y un zumbido espeso me viene de adentro: desde allá abajo llaman, desde donde el fantasma rígido almuerza huesos. Ahora a El Barbado le crecen barbas y es un ciempiés que me persigue, un gigantesco ciempiés. Me arde el sol, hay que correr. Me cogerán pero yo no tengo culpa, ninguna culpa. Estoy engomada y no podré gritar. No he podido crecer. Yo soy un agujero, un punto.

No, mamá, él no ha de volver, él está dentro de un cuchillo que va a parar al polvo y yo estoy allí con él. («Niñaniña, es el otro planeta, el otro.») El comité, el pelotón. Ven, mamá, tú harás de guardián, tú comerás nuestros huesos. Cuenta conmigo ahí, en la baranda de la azotea. Uno, dos, tres, hasta cuarenta. «Cuarenta años.» Igual eran los palitos que hacía cuando empecé a contar. Uno, dos, tres, cuarenta números. «Si no, si no... De rodillas toda la tarde allí, allí.» Cuarenta, cuarenta. Siempre se me olvidaba, siempre de rodillas. ¿Uno dos tres cuarenta años? Hay un llamado que viene de lejos a través de una barba y de un cuchillo. ¿No oyes, no oyes «niñaniñaniñaaaaa»?». Península punto. Punto, punto. Y se acabó. Dicen que en la Península por dondequiera se alzan montañas difíciles de escalar y que hay que subirlas atados a la cola de los caballos; y que el Generalísimo tiene allí muchas minas que se tragan a los hombres como bestias, se los tragan. «¿Y si no vuelve más?» No importa, mamá, no importa. A mí me llaman de más lejos. ¿Me extrañarás? Tengo sangre en la frente. ¿Ves, la ves? No es el sol encima de la baranda, en la azotea. No mamá, es sangre, sangre de papá. «El telegrama, el telegrama.» Uno dos tres cuarenta. Me llevan mamá ¿no lo oyes? adonde el misterio, después del planeta, cerca de la plazuela, a jugar sobre el planeta húmedo a que hago rayitas: uno dos tres cuarenta, como si aprendiese a

contar de nuevo. Quieres venirte a buscar un corredor conmigo en el herrumbre, un corredor que vaya a parar al fondo y nos haremos los muertos ¿quieres? Fíjate, primero uno va poniéndose rojo y luego hay un guardia que lo apaga a uno envolviéndolo con una niebla y uno se borrará ¿comprendes? Tú te quedarás quieta bajo la niebla, como yo me estoy. ¿Ves, me ves? Es la ceniza del pelotón que me envuelve. Entra por los ojos y no veo me tapa no veo. De allí dentro viene un olor a basura —yo lo sé, lo sé bien, desde antes lo sabía— a basura vieja, basura de nosotros, olor a ceniza de papá. Porque esa niebla que nos envuelve es la ceniza de papá que ya se ha vuelto una isla en el barranco, una isla en el planeta. ¿Me encuentras, puedes tocarme, puedes verme? Quédate tú, mira cómo por entre los cuarenta palitos de la baranda viene Chicho corriendo, rodando dentro de la tinaja de agua. No vengas tú. Cuarenta años mira el sol, camina por las calles, la gente siendo la gente, en el mismo lugar el cielo y la ciudad, los perros rascándose el rabo y abuelo vivo en sus albardas cada día; cuarenta años escupe, pásale pestillos a la puerta, como es natural, y duerme, cuarenta años duerme y harás lo que hay que hacer, lo que todo el mundo hace. Espera espera y envejece en tu cráneo el planeta («el otro, mi niña, es el otro»). Pero papá no ha de volver, nada volverá del tiempo, es inútil. No hay de donde volver. Ponte a mirar las arañas en el techo.

«Niñaniña, ¿no sospechas? aún es la lluvia de zinc y el ruido del cañón silba entre las plantaciones. ¿No vienes para hacer rayitas, no vienes al planeta? Yo iré, me iré, mamá. Es al doblar de donde pienso, en la trinchera de títeres. Iré en el tren lisiado, en el espejo. Ahora es invierno, los caminos tienen charcos y es bueno viajar por los árboles sucios que se mueven hasta el cielo. Abuelo sabe dónde. El tiene una guitarra de pies rotos que sabe, tirará de mí por las espesas veredas sobre los surcos de helechos. Nos saldrá al paso una tropa de cabras igual que un agua mansa (como aquella vez, aquélla) y en sus cuernos me embarcaré hasta

que se forme el gran viento. («¿Abuel, me duermes, me duermes abuel?») Lo veo ya, primero, levantará los huesos secos y duros que me golpearán. Ya siento que me golpean. La lluvia los ha ablandado y no duelen. En la niebla parecen bichos, están mojados y se pegan al cuerpo. Sí, ¿no oyes? me llaman desde más lejos. Es el guardián, su basura, el gran viento que está junto al barranco cubriendo la estación hedionda del «pelotón», donde me gustaba pensar que papá nunca estuvo allí muerto.

Iré y entonces el gran viento vendrá revuelto desde el fondo.

Y yo estaré mirando hacia abajo.

Nivaria Tejera nace en Cuba en 1933, de padre canario y de madre cubana. Al año y medio su familia se traslada a Canarias (Tenerife), donde les sorprende la guerra civil. Su padre es encarcelado hasta 1944, año en que regresan a Cuba. Desde los 15 años empieza a escribir. Su vocación se afirma al viajar a París en 1954. Desde esa fecha publica en revistas cubanas como *Ciclón* y *Orígenes*, en revistas latinoamericanas diversas, en revistas y periódicos franceses como *Les Lettres Nouvelles* y *Les Lettres Françaises*. Además de *El barranco*, publicada primero en París, en 1958, en traducción de Claude Couffon para la colección «Les Lettres Nouvelles». Reeditada en Cuba en 1960, Checoslovaquia, otros países del Este y después en Las Palmas en 1982, ha publicado otras novelas, como *Le Ravin* (París, 1958), *Somnambule du Soleil* (París, 1970), traducida al español y publicada por Seix Barral en 1971, ganadora del premio «Biblioteca Breve 1971». En 1985 reedición en Francia de *Le Ravin* y en 1987 publicación de *Fuir la Spirale* en las ediciones Actes Sud. En próxima edición *Espero la noche para soñarte Revolución*. Entre sus libros de poemas, destacan *Luces y piedras*, en 1948; *La gruta*, en 1952; *Alba en el niño hidrópico* (La Habana, 1953), *Innumerables voces* (La Habana, 1962), *La Barrera Flúidica o París Escarabajo* (Zaragoza, 1976), *Rueda del Exiliado* (Portugal, 1980) y *Martelar*, Ediciones Poéticas, Tenerife.



Biblioteca Básica Canaria

1. *Historia de la Literatura Canaria*: María Rosa Alonso Rodríguez.
2. *Romancero Tradicional Canario*: Maximiano Trapero.
3. *Lírica Tradicional Canaria*: Maximiano Trapero.
4. B. CAIRASCO DE FIGUEROA: *Antología*.
5. Antonio DE VIANA: *Antigüedades de las Islas Canarias*.
6. Silvestre DE BALBOA: *Espejo de paciencia*.
7. Fr. Andrés DE ABREU: *La vida de San Francisco*.
8. Cristóbal DEL HOYO, Vizconde de Buen Paso: *Carta de Madrid*.
9. José DE VIERA Y CLAVIJO: *Historia de Canarias*.
10. José CLAVIJO Y FAJARDO: *El pensador*.
11. Tomás DE IRIARTE: *Fábulas*.
12. Nicolás ESTÉVANEZ: *Mis memorias*.
13. Benito PEREZ GALDÓS: *La Fontana de Oro*.
14. Luis y Agustín MILLARES CUBAS: *Antología de cuentos*.
15. Benito PÉREZ ARMAS: *La vida, juego de naipes*.
16. Angel GUERRA: *La Lapa y otros cuentos*.
17. *Ensayistas canarios*: Alfonso Armas Ayala.
18. Miguel SARMIENTO: *Obra narrativa* (Antología).
19. Domingo RIVERO: *Obra Completa*.
20. *Antología de la Poesía de finales del siglo XIX*: María Rosa Alonso Rodríguez.

21. Manuel VERDUGO: *Obra poética*.
22. Tomás MORALES: *Las Rosas de Hércules*.
23. Alonso QUESADA: *Insulario (Verso y Prosa)*.
24. Saulo TORÓN: *El caracol encantado y otros poemas*.
25. Francisco IZQUIERDO: *Medallas y otros poemas*.
26. Claudio DE LA TORRE: *En la vida del señor Alegre*.
27. Emeterio GUTIÉRREZ ALBELO: *Enigma del invitado, Romanticismo y cuenta nueva y Campanario de primavera*.
28. Fernando GONZÁLEZ: *Obra poética*.
29. Agustín ESPINOSA: *Lancelot, Media hora jugando a los dados y Crimen*.
30. Josefina DE LA TORRE: *Antología*.
31. Domingo LÓPEZ TORRES: *Obra Completa*.
32. Pedro GARCÍA CABRERA: *Entre cuatro paredes, Transparencias fugadas y Dársena con despertadores*.
33. Pedro PERDOMO ACEDO: *Antología*.
34. Pedro LEZCANO: *Paloma o Herramienta*.
35. Agustín MILLARES SALL: *La palabra o la vida (Obra poética)*.
36. Félix CASANOVA DE AYALA: *Poesía*.
37. Manuel PADORNO: *Obra poética*.
38. Arturo MACCANTI: *El eco de un eco de un eco del resplandor (Obra poética)*.
39. Luis FERIA: *No menor que el vacío*.
40. Justo JORGE PADRÓN: *Antología poética 1971-1988*.
41. Lázaro SANTANA: *Obra poética*.
42. Eugenio PADORNO: *Teoría de una experiencia (Obra poética 1964-1988)*.

43. Juan JIMÉNEZ: *Itinerario en contra (Obra poética 1961-1975)*.
44. Isaac DE VEGA: *Fetasa*.
45. Rafael AROZARENA: *Mararía*.
46. Alfonso GARCÍA RAMOS: *Guad*.
47. Juan Manuel GARCÍA RAMOS: *Malaquita*.
48. J. J. ARMAS MARCELO: *El árbol del bien y del mal*.
49. Luis LEÓN BARRETO: *Las espiritistas de Telde*.
50. Juan CRUZ RUIZ: *Crónica de la nada hecha pedazos*.
51. Luis ALEMANY: *Los puercos de Circe*.
52. Nivaria TEJERA: *El barranco*.
53. Víctor RAMÍREZ: *Cada cual arrastra su sombra*.

Se acabó de imprimir
el día 13 de marzo de 1989,
en los talleres de
MARIAR, S. A.,
de Madrid.

El barranco vio la luz en el otoño de 1958 en su primera edición. El libro fue una revelación que los más eminentes críticos —como Max-Pol Fouchet— saludaron con entusiasmo. Robert Sabatier, para quien lo maravilloso infantil constituía ya un tema novelesco privilegiado, escribió en la revista *Le Temps des Hommes*: “Ignoro cuál será la suerte en Francia de este maravilloso relato. Considero que es el libro más sutil, más delicado, más verdadero que he leído desde hace mucho tiempo. Él me trae la más terrible de las acusaciones contra la guerra: la de una niña sola entre las ruinas. Inseparable del año 1936, documento más real que tal o cual historia que pretenda contar”.



Biblioteca Básica Canaria



VICECONSEJERIA DE CULTURA Y DEPORTES
GOBIERNO DE CANARIAS

socadem